

Isidro Cano Ibáñez

A un abrazo de distancia



*Fondo Editor Cooperativo
Los Juegos del Temps*

Cano Ibáñez, Isidro

A un abrazo de distancia / Isidro Cano Ibáñez

1a ed. - Editorial Ciudad Gótica, Fondo editor cooperativo Los Juegos del Temps ,2020.

292 p. ; 20 x 14 cm. Narrativa contemporanea

2020 Editorial Ciudad Gótica

Fondo editor cooperativo Los Juegos del Temps

Dibujos: Sergio Ferreira

Esta obra esta sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-Si-nObraderivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> o envíe una carta Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.



Isidro Cano Ibáñez

A un abrazo de distancia





Isidro Cano Ibáñez

Nació en Badalona (Barcelona) en 1971.

Desde el año 2006 es trabajador familiar de la cooperativa Suara, realizando la atención domiciliaria de las personas en situación de dependencia y riesgo de exclusión en Barcelona y Ripollet.

Es diplomado en traducción e interpretación de inglés y francés por las universidades de Bristol Polytechnic (Inglaterra) y Rennes (Francia) y licenciado por la Universitat Autònoma de Barcelona.

Actualmente, compagina su actividad laboral con la composición literaria y la creación de música de cantautor.

Ha publicado “La brisa abre las puertas que el viento cierra”, 2017.

Agradecimientos

A Ita, Elisa e Irene. Sois mis luceros cuando es negra noche y el sol de mis mejores días.

A mis padres, Paquita y Desi. Me habéis ayudado a enseñarme que dios no está arriba sino en el corazón.

A Sergio y Kari. Sois mis hermanos de la vida y me enseñáis con vuestra guía cómo hacer de la escritura y la composición una herramienta de dignificación y justicia social.

Gracias, Sergio por el maravilloso prólogo y los dibujos.

A aquellos que cuidan y son cuidados. Que somos todos en algún momento de la vida.

Me enseñáis a valorar que si no vives para servir es que no sirves para vivir.

Gracias por acompañarme.



Cuando la realidad quiere volverse ficción

De la eternidad al tiempo

¿Qué es un libro de ficción? ¿Una propuesta artística para aceptar como posible lo imposible? No, no. No me alcanza. Mejor decir que es una puesta en juego de elementos que quizá no combinan en la realidad material pero sí lo hacen dentro del libro. El tema es ¿para qué? Nos podemos ver tentados a responder esta breve pregunta desde el rol del entretenimiento, en el que la literatura no tiene un para qué y cumple con la industria cultural, típico en sociedades y tiempos capitalistas como estos.

¿Lograremos, entonces, crear una obra de arte apuntando a ese fin, llamémosle, hedonista? Quizá la piedra arrojada que es el libro tenga un corto recorrido y no dé en el blanco.

Isidro Cano Ibáñez, en este trabajo de la imaginación, el buen uso del idioma, la creación de personajes y el tratamiento de un tema tan complejo como es el de la enfermedad, no se apoya en ese solo criterio, quiere más, y lo logra. Isidro hace arte porque consigue utilizar los poderosos extractos de la creación literaria para volverlos sus argumentos, los hechizos de la poesía para fundamentar el poder sobrenatural de los personajes, y la crudeza del desvalimiento para hacer, de aquellos personajes, personas contundentes, vivas, que pesan, cantan, sudan, cocinan, abrazan y excretan, sin imaginarse observados por el escritor que los narra o el lector que, a partir de ahora, va a desvelarlos.

Pero todavía hay más. En “A un abrazo de distancia” ocurrirá el regreso de los ausentes, la coreografía de los fantasmas, el diálogo con los muertos. No sólo como evocaciones de la memoria. No, no. Los muertos saben de otros caminos para volver a nosotros, y de otras puertas de entrada y salida donde consumir su trasiego. Isidro, aprendiz de todas esas artes, es testigo de que cualquier persona, más de una vez, ante el panorama de la enfermedad, se levanta de su cama a la madrugada, cruza la medialuz del velador encendido, zozobra en los pasillos de su propia casa y, por fin, mide su estatura opaca con la estatura de sombra de su

muerto, ese con el que hace tantos años no conversa, y que ahora, materialmente, se refleja en el centro de una de sus lágrimas de desahogo, luego serán el abrazo y el perdón.

La música es otro túnel que va de la eternidad al tiempo, pasadizo de niebla por el que no sólo los muertos, sino también sus compadres, los ángeles, harán la aparición vindicante, facilitando una segunda oportunidad, cuando los últimos días o las últimas horas configuren un tiempo de sobra para balancear las cifras en rojo del libro mayor, donde sea la vida también la que inscriba un activo y un pasivo, porcentaje de alivio ante el gravamen de una ausencia.

Las partes del todo

La labor del escritor, como en todo oficio, requiere de la técnica. Destacan en este libro ciertas pericias que facilitan predeterminadas intenciones. Una de ellas es la de pendular, sin fórmula de anuncio, por los parámetros del género narrativo, yendo del cuento a la nouvelle, haciendo de cada unidad el capítulo de una obra mayor,

En la primera parte, la historia de Joan, el uso de la imagen visual es fórmula de avance. Pero, como en todo el volumen, no será directa la apelación al recurso, cada

uno de los cuentos no logrará simplemente la construcción detallada de una o más imágenes, sino que la imagen visual querrá volverse el signo de algo que la supera, vector que traslada un mensaje que apenas cabe en él y explotará ante los ojos del lector en su evolución palabra por palabra.

A esas imágenes, a mí se me antoja comprenderlas -porque así las veo en mi mente- como verdaderas pinturas renacentistas, por sus colores poderosos del tipo de Fernando Yáñez de la Almedina, su realismo al modo de Juan de Juanes, su clima a la manera de Luis de Morales, su doliente desnudez a la usanza de Rodrigo de Osona y la mística carnadura al estilo del Greco.

En la segunda parte (que sólo necesita de un relato para ser desarrollada), Anna tendrá un papel testimonial a la vez que protagonista, hablará desde bambalinas pero también de cara al público, mejor dicho, ni siquiera deberá hablar para decir. Desnuda y bañada en lágrimas, será capaz de emerger de las sombras, pararse en el centro del escenario e interpelar, con grito mudo, a media Europa -y a todo el primer mundo- por su condición de mujer, extranjera, y pobre, prisionera en su atávica matrioska, hija de otra como ella, madre de otra como ella.

Queta y Salvador, en la parte final, no pasarán por nuestra matriz de percepción sin rayarnos el vidrio, sin marcar-

nos los naipes, sin cambiarnos una o dos notas de nuestra partitura preferida. Salvador y Queta se nos meterán en la sangre como un virus, y sólo cuando hayan cumplido su labor contaminante, se irán habiéndonos transformado. Nos dolerán, nos extraviarán en la realidad, nos demandarán en el silente momento de la lectura, pero pasado el sacudón nos dejarán más fuertes. Su tremenda historia, que es una fábrica de amor, es asimismo una totanerada, una murcianada fina y homogénea, la muy acertada puesta en escena que va desde la composición del espacio literario a la proliferación sin tasa de los personajes del sainete dramático: allí hallarán su caldo de cultivo. Ya contaminados y con los primeros temblores, diremos “¡quiero más!”

Libro espejo

“A un abrazo de distancia” es un tratado del olvido y la memoria, esas dos caras de una sola medalla. Hace eje en el amor para hablarnos del destierro que implica la enfermedad, cuando su consecuencia última es la amnesia.

No se queda, entonces, a medio camino entre el libro producto y la frustración del arte como meta. Este libro llega por momentos a pararse sobre la línea del horizonte.

Exactamente ése es su autor, el tipo que se trepa a la cornisa de una verdad que todos sabemos, que está allí, pero que por mayoría decidimos jugar a que la ignoramos. ¿Qué otra cosa ocurre con el deterioro y la decrepitud?

Por suerte, la poesía, la narrativa, la literatura, el arte, disponen de agentes de vislumbre, hábiles mandados a olfatear el rastro de la vida en los confines de la vida y venir a relatárnoslo. Provocadores de la alegría en la penumbra de la jubilación, hackers de los complejos softwares del alzhéimer, capaces de decirnos que si bien la muerte y la desmemoria, como feroces perros, nos marcan el territorio con su orín pestilente, nosotros, hasta el último día, seremos dueños de reírnos de ellos meándonos de risa de nosotros mismos, y bien haya Dios quien nos cuide, para enseñarnos a entrar en el olvido con una mirada, con una caricia, repletas de identidad y de memoria.

Sergio Ferreira

*Espectros y nieblas
custodios de la Montaña Mágica
no dejéis que el Cristo
de los brazos abiertos
abandone el Templo
y baje al valle*

*porque un dios no aguanta
lo que aguanta su pueblo*

JOAN

El encuentro

Los de la secta de las seis¹ somos gente especial. Se han hecho estudios sobre el comportamiento de los grupos humanos pero ninguno, que yo sepa, como el que llevo a cabo cada mañana en el autobús y prosigo en el metro. Puedo afirmar -y tengo pruebas de ello- que el *homo madrugator* se divide en cuatro grupos: el que se levanta alegre, el que se levanta a secas, el que sigue roncando y el que está más cansado que cuando se acostó porque apenas pegó ojo. Yo, como buen *voyeur*, me levanto de un salto y con salero -si ustedes son de cualquier otro grupo, que sepan que soy el típico cojonero que silba contento una melodía pegadiza hasta fundir las pocas neuronas que hacen guardia en sus

1 Concepto ideado por Jordi Basté, locutor de RAC1.

apagados cerebros.

Todos formamos parte de alguna secta. Sí, sí, ustedes también. No tienen más que salir de casa un día a una hora distinta -¡qué digo una hora, con quince minutos bastará!-. Experimentarán la sensación de estar fuera de lugar aunque sea la misma parada y el mismo autobús. Porque los homínidos y femínidos de esa franja horaria han creado su propio ecosistema y no es fácil que a uno lo admitan así como así.

Pienso en estas cosas tan útiles para la humanidad mientras observo al Melenas. Es un chico de treinta que nunca se sienta en el vagón y dice que sí como un poseso mientras escucha a Sepultura o Ántrax con unos cascos de los ochenta. No me pregunten por qué pero yo, que voy escuchando sonatas de Bach, lo saludo y me pongo también a pegar cabezazos. Acto seguido, miro al *homo roncator* de enfrente y no es que le tenga ganas pero me voy a ver obligado a levantarme en dos minutos y arrearle un soberano empujón antes de que se pase de parada. Y sé que me sonreirá agradecido por el zarandeo. Ni yo lo comprendo ni el tipo tampoco. No conseguimos encontrar una explicación inteligente a este comportamiento solidario. Quizás responda a un mecanismo ancestral. Quizás hace diez mil años ya hubiera un cavernícola roncando al calor de un fuego y el

colega le pegara un bastonazo para no ser comido por algún antecesor del tigre. Es un extraño instinto de supervivencia que no me salvará la vida pero sí de saltarme la parada el día que me pase al grupo de los que duermen poco y mal. Y no tengan la más mínima duda que el tipo de enfrente se levantará *instintivamente*, abrirá la mano y torcerá la lengua a cámara lenta antes de hacerme un solidario *¡venga, que te presento a mis cinco!* Y ya les avanzo que pondré cara de tonto enamorado.

Ahora voy camino del domicilio de Joan. Y voy contento porque la arquitectura musical bachiana me ayuda a reflexionar y ordenar pensamientos. Las estrategias que utilizo para abordar los conflictos y situaciones de las personas que atiendo son como la técnica del contrapunto. En el domicilio, existen diversas melodías que suenan distintas y de manera independiente. Cada una de ellas parece molestar a las otras y, de ahí, la sensación de tensión ambiental y ruido que siento los primeros días de un nuevo servicio. Todo compositor de cuidados debe identificar las melodías emocionales, entender cómo funcionan e interactúan para acompañarlas y empezar a tejer sobre la partitura del domicilio el equilibrio armónico, poco o mucho, que algún día tuvieron y que la enfermedad ha desdibujado. Y yo, que

siempre sigo los consejos del gran Maestro alemán, aplico sus técnicas para entender los tres portazos con los que Joan me recibió la semana pasada.

Me encanta la gente que no me deja entrar de primeras porque, tras el aparente gesto de protesta contra la injusticia de su situación, se esconde una persona que ha perdido su secta diaria. Admitámoslo: por encima del individualismo, los seres humanos estamos programados para necesitarnos. Y Joan, quiera o no, tiene nuestra primera necesidad, que es la pertenencia. Ahora sé que, más allá de desplantes y portazos, Joan está deseando, sin saber porqué, dejarme entrar. Podría haber dicho -y motivos no faltan- que dimito y que otro apechugue con el servicio. Pero no existen causas sino personas perdidas. Y yo puedo acompañar a Joan a que busque la brújula que en algún cajón del corazón esconde.

Presiento que este servicio me absorberá la sangre y las fuerzas por lo poco que pude ver el día en que Enric, el hermano de Joan, nos abrió la puerta a mí y a la coordinadora para pactar horario y tareas. Recuerdo un largo pasillo y un comedor, ambos con las paredes forradas de madera de oscuro roble. Y éstas, a su vez, de fotos artísticas que ya han mudado el blanco y negro por el ocre y lienzos, muchos lienzos sin marco repartidos entre paisajes exóticos y bodegones. También objetos, no de recuerdo, más bien

de museo, procedentes de infinidad de lugares del mundo, muchos de ellos, repetidos. Y un dato importante: Joan tiene un cociente de inteligencia de 156, como reza en un certificado sobre el reposacabezas del sillón articulado del comedor. Frente a éste, un reloj de estación de tren inglesa y el retrato a escala real de una mujer: su madre.

De aquella visita salí con varios indicios y muchos interrogantes que han convertido mis reparadoras noches en un colchón de faquir: puedo deducir que es una persona cuya inteligencia le ha permitido tener un trabajo de responsabilidad gracias al cual ha podido llevar un ritmo de vida elevado y viajar a menudo fuera de España en los años oscuros de la dictadura franquista. Intuyo también que no es un coleccionista a pesar de las apariencias sino una persona que le gusta acumular para ostentar; responde a un perfil clasista basado en la posesión de objetos y en el alarde de su capacidad intelectual -de ahí el certificado a la vista de todos los imprudentes que lo han visitado a pecho descubierto y han fracasado por no estar a su altura-. Debe de haber llevado una vida sofisticada, desordenada e intensa dado que el párkinson tiende a cebarse en personas que han dormido poco y a deshoras. Es mucho aventurar pero es posible que sea un espíritu libre incapaz de mantener relaciones que mojen sus alas y le echen el lazo. Y lo más

importante: Joan ya no tiene secta pero sí un hermano al que necesita y una madre a la que necesita y adora. Pero ella no está en casa. Sólo sé que está ingresada porque el servicio que he de realizar va a su nombre, Julia M., a la espera de que valoren el grado de dependencia del hijo y pueda así obtener un servicio propio. Me imagino su cara postrada en el sillón contemplando el reloj y el retrato de su madre con la angustia de saber que ambos se le escapan.

Decía que gracias a las técnicas de Bach he podido preparar una estrategia para que Joan me deje al menos sacar la batuta de cuidador para ayudarle a poner cada nota en su sitio. Hoy me presento en el portal convencido de que conseguiré ver algo más que su larga silueta marcada en la manta de franela sobre una cama de ochenta.

Pero antes, concentro mis pensamientos en una pregunta: ¿cómo es posible que una persona tan dotada e independiente se encuentre a merced de otras personas y... tan sola? Una posible respuesta es que el párkinson que lo está destrozando apareciera antes de lo que el expediente indica. Y una respuesta segura es que su situación emocional se empezó a guisar a fuego lento mucho, mucho antes. La enfermedad se ha limitado a añadir a la receta un poco de *¿por qué a mí?* o tal vez unos granos de *me lo merezco*.

Ahora sí, hago mis respiraciones de rigor y pulso el bo-

tón del interfono.

-Bon día, Isidre -es la voz de Enric, el hermano. Alguien le debe de haber avisado que la cosa no avanza.

Cuando llego al rellano, emergen sus ojos azules y vienen a mi encuentro antes de que pueda siquiera acercarme a la puerta. Agradezco que Enric busque un espacio fuera del alcance de su hermano, porque corro el riesgo de perder la confianza de Joan antes, incluso, de tenerla. En estos casos, conviene hablar poco y bajo. Pero hoy no hace falta. En el piso de arriba, debe de haber alguna nini² haciendo los coros a una canción de Justin Bieber con la música y las hormonas a todo trapo -este no es precisamente el tipo de tensión ambiental y ruido emocional que me esperaba encontrar en el domicilio.

-Ho...hola, Isidre -Enric intenta hacerme llegar su voz-. ¿Qué vamos a hacer? Mi hermano sigue encerrado y lleva así dos semanas. Casi no come -la expresión de Enric es de una preocupación contenida. No se deforma, más bien es formal. Está claro que la rama masculina de la familia está acostumbrada a reprimir las emociones.

-Si te parece, vamos a simplificar el asunto. A ti te ha tocado asumir el papel de cuidar a alguien que tiene la pinta de haber ido a la suya toda su vida. Antes de seguir, quiero

2 Nini: adolescente que ni estudia ni trabaja.

que sepas que admiro tu trabajo y sé que habrás tenido tus más y tus menos con Joan porque sois muy diferentes, ¿verdad?

El semblante de Enric empieza a desencajarse como una plastilina, no sé si por la vecina o porque no da crédito a este bálsamo para su mar de fondo. Por fin, un suspiro alivia la combustión interna de este cuidador a quien nadie cuida.

-No nos hemos llevado bien, nunca. Y ahora, esto...

-Y ahora, esto, sí, pero no estás solo aunque así lo sientas. Vamos a intentar llevar el barco adelante sin que nadie se ahogue en el intento, ¿vale? Pero antes, quiero preguntarte por tu madre. No sé nada de ella.

-¿Por mi madre? -Enric se siente descolocado porque le asalta con el otro frente abierto que tiene. Me lo imagino yendo como una peonza del domicilio a la residencia y vuelta a empezar día tras día-. Se encuentra mejor, gracias.

-No te pregunto por preguntar. Quiero saber si su salud no tiene un pronóstico de muerte cercana y perdona que sea tan directo pero necesito saberlo ahora.

-Estuvo por un infarto en el Clínic pero ya se ha recuperado.

-Y ahora descansa en la residencia porque Joan está como está.

Ni siquiera he hecho una pregunta. La cabeza de Enric asiente con cada una de las palabras que debo de haber robado de sus labios. ¡Cuántas veces habré visto la misma película! Enric padece el mal del hombre cuidador. El vidrio de sus ojos refleja que no está programado culturalmente para cuidar. Ha tenido que aprender sin libro de instrucciones y con sus propias manos a cambiar pañales y sábanas, a poner lavadoras cada día y triturar la comida, a masticar la rabia de la impotencia. El tono de una voz en tensa calma apenas puede contener las aguas revueltas de la soledad y el sentimiento de culpa. Enric se siente solo porque ha tenido que renunciar a los amigos para sentarse a los pies de una cama; solo porque se ha tenido que tragar mucha bilis con cada insulto de su hermano menor; y culpable porque no le han llegado las fuerzas para mantener a su madre en casa ni las horas del día porque tiene que ir a trabajar para mantener a su propia familia.

-Está bien. Has hecho lo que has podido, Enric. Creo que ya es hora de que hagamos un nuevo intento. Ahora te propongo que entres y le digas a tu hermano que yo tengo algo que él quiere. Si te pregunta qué es tan solo dile que me importa un bledo si se quiere duchar o no, que hay cosas más importantes. Después te explico cómo trabajo y qué propongo pero tengo claro que la enfermedad no afec-

ta a uno sino a todos y que esto sólo funciona si trabajamos en equipo. Y ahora mismo, nos faltan dos miembros: Joan y, sobre todo, tu madre.

-No veo cómo, pero de perdidos al río -Enric se encamina a la habitación, situada a medio camino de un largo pasillo-. ¿No quieres esperar en el comedor? -Al final del túnel, el vidrio de la puerta del comedor amarillea el mediodía que entra por el balcón que da al carrer Comtes de Bell-lloc.

-No conviene. Ha de ser Joan quien dé el primer paso. Él hace las cosas porque quiere y cuando quiere, ¿no? Pues dejemos que lleve la iniciativa.

Desde el rellano me dedico a contemplar el pasillo con la incertidumbre de una espera que ya me parece eterna mientras la vecina sigue pinchando discos -ahora le ha dado por Lady Gaga-. El aire artístico y viajado que transpira parece haber competido durante años con la mano femenina de unos jarrones de flores aromáticas sobre el mueble del recibidor. Se diría que cada objeto haya nacido para ocupar un preciso lugar en la casa. Me puedo imaginar a Joan y su madre disputándose el buen gusto por decorarla al milímetro. A ojos poco entrenados, nada ha cambiado en el domicilio pero las flores artificiales de los jarrones han ido perdiendo la fragancia al tiempo que los cuadros, lienzos y

piezas de museo ganaban capas de polvo.

Debo de ser muy sensible pero me pongo en la piel de la casa y noto cómo sufre porque, huérfana, busca en sus entrañas los años de las luces, cuando recibía los mimos de sus inquilinos. De repente, se siente tan sola y culpable como Enric porque tampoco ha sido educada para cuidar sino para ser cuidada. La casa deberá asumir su nuevo rol familiar y ayudar en lo que pueda, dejándose extirpar la bañera para hacer sitio a un plato de ducha o arrancándose de la piel alguna puerta para que pase la silla de ruedas.

Todos vamos a ser necesarios, incluida la casa, y debemos formar el equipo cuidador de Joan y Julia, porque corremos el riesgo de que se pasen de parada en un metro sin retorno. Espero que mi estrategia funcione...

-Me ha dicho que pases -estaba tan absorto hablando con la casa que me he asustado al oír la voz esperanzada de Enric-. Ya me dirás cómo te va. De momento, ya le has tocado la fibra...

-Porque sabe que no le vengo a tocar otra cosa aunque todo se andará si se tercia. Como soy mala gente, ahora te echo de tu propia casa. Es mejor que nos dejes solos. A las parejas les sobran los testigos en su primera cita. Dejemos que el destino nos una y puede que nos enamoremos y todo. ¡Quién sabe!

Enric sonríe por fin. El rostro y su lenguaje corporal se han relajado. Ya ha dado el primer paso para su terapia aunque no sea consciente. Una simple palabra en el momento adecuado puede sanar una persona o, al menos, sacarla de los pensamientos cíclicos de la soledad que llevan a la depresión.

Por fin, se hace el silencio en el edificio y sus manos me hacen un gesto del tipo *aligera, chico, que esto no va a durar mucho*.

Tal como entro en escena, Enric me toma el relevo en el rellano. Desde allí, observa, muerto de curiosidad, cada movimiento.

- Oye!  Y la bata?  No te la pones? -definitivamente, estoy echando por tierra la imagen que tiene de un cuidador profesional así que, antes de acercarme a la habitación, vuelvo a la entrada porque no quiero que Enric se vaya sin demasiadas respuestas y con muchas preguntas.

-Dime, Enric.  Cu nto tardaron los médicos en encontrarle el párkinson? Porque el servicio va a nombre de tu madre y Joan parece que lleva bastante tiempo afectado.

-Hace un par años -que es lo que pone el expediente-. Al principio, decían que eran nervios. Después, que era psicológico. Incluso lo visitaron psiquiatras. Su inteligencia despist  a todos hasta que un día se quedó parado en un

semáforo sin poder avanzar ni retroceder. Como un palo, lo llevaron al Hospital de Sant Pau y allí dieron con la tecla...

-Con tres o cuatro años de retraso, ¿verdad? -una vez más, le robo las palabras de su boca. No es que lo tenga por costumbre, de hecho, lo detesto, pero hay un cliente en la habitación que espera con impaciencia escuchar mi oferta. En este negocio, todos nos jugamos los próximos años.

-Ahora te sigo. Tú piensas que no te puedes presentar con una bata blanca que no le hace ni pizca de gracia.

-Eureka. Veo que vamos a formar un buen equipo.

Pero tengo otra razón. No sé mucho de la vida que ha llevado Joan, pero parece un sibarita al que le gusta que le sirvan. Está acostumbrado a jugar con la gente porque tiene las armas para hacerlo. Le gusta conseguir cosas, comprarlas, coleccionarlas. Yo no voy a servir a tu hermano. Lo voy a retar, le voy a disputar su trono y hacer que exprima las neuronas, que se levante para decir *aquí estoy yo*. Quiero que me vea como un rival digno. Así, quizás me gane su respeto y podamos empezar a trabajar de igual a igual. Le voy a dar un motivo muy poderoso para que espere con ansia que yo entre por esta puerta cada día. Y llegará el momento en que se abrirá y podremos trabajar todo aquello que lo hace encerrarse en sí mismo.

-Vete tranquilo, Enric. Y coge fuerzas, que esto va para largo.

Pero Enric se resiste a marchar y camina lentamente hacia el ascensor. En el último suspiro, cambia de opinión y baja por las escaleras. Supongo que es de los que caminan para pensar.

Ahora sí. Después de tres días fallidos, tengo luz verde para poner el pie en el refugio de Joan. Respiro hondo y doy tres toques a la puerta de la habitación pero no la abro.

-Pasa, *home*, que no te voy a comer.

-Hola, Joan. Ni yo tampoco me como a nadie. Un poco más y me jubilo antes de conocerte. Ya era hora.

El aire del habitáculo es denso y cargado de un fuerte olor a orina y transpiración. No me atrevo a dar un paso sin localizar el orinal. No vaya a ser que lo vacíe de un punterazo...

-Anda y da la luz -la voz de Joan es muy nasal, como si estuviera resfriado, y baritonal, con un marcado acento catalán.

-Mejor doy la luz antes de andar -no puedo ver su expresión pero sé que no ha pasado desapercibida la forma en que he dado la vuelta a su frase.

Mi mano derecha tantea la pared en busca de un interruptor algo tímido...

-No te molestes. No hay luz en el techo. A tu izquierda.

-Ah, ya veo.

Es mentira porque ni veo ni sé lo que me señala pero acepto el reto de disimular mientras mis dedos avanzan por la izquierda palpando el aire. Por fin, localizo una lámpara de pie con la pantalla de tela. Sé que es antigua porque tiene flecos y, si tiene flecos, el interruptor ha de ser de cuerda.

-Tápate los ojos, que llevas mucho tiempo en la oscuridad.

Joan se ha incomodado, quizás, por el comentario porque oigo un golpe de tos seguido de un cambio de postura brusco en la cama. Mi tono directo también le molesta pero, entiéndanme, no tengo más remedio que tutearlo si quiero que el plan funcione.

La bombilla de vela de cuarenta vatios pinta con su luz trémula una habitación hecha a imagen y semejanza del pasillo y de su dueño sin llegar a perfilar los habitantes de las estanterías y lienzos. Los marrones y claros imponen su tiranía sobre bodegones, fotografías en blanco y negro y piezas de coleccionista. ¡Hay tantas cosas que quisiera preguntar a los objetos de este pequeño museo! Seré su cuidador pero, en estos momentos, no he de olvidar que soy tan solo un invitado y sería descortés destripar las intimidades de Joan sin habernos conocido. Así que dejo para más tarde el interrogatorio a la casa y observo, a la derecha del

escenario, una cama individual demasiado pequeña para el cuerpo de metro noventa que soporta. Unas manos de pianista luchan por no dejar escapar una manta de franela negra. Sobre éstas, un cuello tapado por una pequeña toalla a donde van a parar las aguas de unos labios en fase off.³

-*Estic fotut*. Me estoy muriendo. ¿Qué puedes ofrecer a un muerto?

El rostro de Joan está tan descompuesto por los temblores que me resulta difícil definir sus rasgos naturales. La barba apenas deja entrever una nariz de tamaño draculiano y amortigua el sonido de la mandíbula inferior que hace castañetear con violencia los dientes. La imagen no ayuda pero estoy contento porque sé que sus labios dicen una cosa y el corazón otra: él me ha dejado entrar en su mundo cuando peor se encuentra porque está desesperado por vivir.

-Te propongo un camino que no va a ser fácil. Y yo te puedo acompañar si quieres. Quizás tengas miedo a morir pero sé que tienes pánico a vivir así. Escucha, Joan. Yo no te voy a traer a ningún Dios. Tú, que *ets tan llarg com un Sant Pau*,⁴ ya tendrás tiempo allí arriba para pedirle cuentas

3 Según la sintomatología, el párkinson alterna fases ON y OFF durante el día. La fase OFF es aquella en que la persona tiene mayores síntomas, entre ellos, la salivación constante y los temblores.

4 (cat.): Eres muy alto.

y preguntarle *por qué a mí*. Pero sí puedo ayudarte a contestar *por qué así*. Oye, me acerco un poco más, que hay muy poca luz y no nos...

De repente, el cuerpo de Joan se tensa a las órdenes de un castañeteo de dientes cada vez más frecuente. Las manos estrangulan el borde de la manta, dejando al descubierto unas suelas del número 45 con uñas desatendidas. Ahora, no sólo contemplo la pequeñez de la cama sino también de la habitación ante la imponente figura de este catalán de sesenta años que tuvo que ser todo un seductor en sus buenos días y mejores noches. Al mismo tiempo, pienso en la pequeñez de Joan ante un párkinson demasiado agresivo para los años de enfermedad, según mi experiencia.

No hay mucho margen. En cinco minutos, Joan no podrá seguir escuchando nada y yo me confundiré entre sus fantasmas. Sus ojos, a los que no consigo asignar un color concreto, telegrafían la crisis que se avecina. Aprovecho, ahora que ya no me miran directamente, para seguir con mis pesquisas a los objetos. Me paseo por la habitación y me acerco a las primeras caras que Joan saluda por la mañana y reza por la noche: un rostro joven y otro octogenario. Es un retrato de cuarenta por sesenta dividido en dos rostros de la misma mujer: Julia. Es su madre, sin duda, a decir de los rasgos y, sobre todo, de una calidad artística

tan voluntariosa como poco lograda. Porque tan solo una mujer que sea madre se prestaría a hacer de cobaya de un pintor amateur.

-Estás muy ligado a tu madre, ¿verdad? Sé que está ingresada en residencia pero no puedo cuidarte a ti sin ella. Hemos de empezar cuidando a tu madre y qué mejor lugar que en su hogar y junto a su hijo. Ella podría volver si buscamos una persona que os atienda a los dos. Ya habéis tenido a personas que han hecho tareas de limpieza por horas en casa pero yo hablo de una persona interina que pueda estar por vosotros dos. Con tu enfermedad, los horarios cambian y tienes necesidades imprevistas. Y tu madre, seguro que otro tanto. Yo podría hablar con tu hermano. Supongo que la residencia es privada y se debe de llevar todos los ahorros. Creo que se podría emplear lo que cuesta cuidar una persona en residencia en cuidar dos personas en casa. Y seguro que tu hermano lo verá bien. ¿Cómo lo ves tú?

Joan parece entrar en trance pero aún tiene fuerzas para despedirse de mí con el pulgar hacia arriba. He de darme prisa porque quedan algunos flecos para que este acuerdo prospere...

-Joan, ya te dejo tranquilo. Sólo quiero poner algunas condiciones. Es muy posible que no encontréis a la per-

sona adecuada ni a la primera ni a la segunda. Por tanto, paciencia y a seguir probando. Una vez que ya estéis bien cuidados tenéis que asegurarnos de que la persona no quiera marchar a los dos días. Tenéis que ofrecerle, además de la habitación, días de descanso y tiempo libre durante el día. Si la cuidáis, os cuidará bien, porque hay que cuidar para ser cuidado. Bueno, ya marchó. Hagamos una cosa: si mañana me abres, entenderé que seguimos adelante con el plan. ¡Ah!, otra cosa: mañana vendré antes para no coincidir con los temblores. Cuando ya sepamos cuál es el mejor horario para ti, adaptaré mi planning.

Ya, de camino al pasillo, echo un último vistazo a la habitación y me fijo en una torre de CDs al lado de la ventana. Entre un centenar de títulos, enseguida reconozco el amarillo y negro de la discográfica Deutsche Grammophon y no puedo resistirme a su atracción. ¡Vaya! Cuando me acerco veo que son las míticas grabaciones que Trevor Pinnock realizó de las obras de Bach con el English Concert. ¡Anda! Pues también las que hizo como solista para Archiv Produktion. Míralas. ¡Qué belleza! ¡Qué arquitectura musical! Y están todas: las tocatas y variaciones Goldberg, las partitas y sonatas. No salgo de mi asombro.

Quien más quien menos ha escuchado alguna pieza de Bach pero hay que ser muy friqui o experto para zamparse

la integral de obras para clavecín y gastar el lustre de las cajas de plástico de tanto escucharlas. He encontrado en el lugar más insospechado a un hermano de secta, a un bachiano. Y de los buenos. Y no puedo desaprovechar este filón de cociente 156. Imagínense lo que debe de saber.

-¡Ah! Y una cosita más, Joan: La *música de Bach es algo que hay que aprender*.⁵ Sólo te pido que me enseñes todo lo que sepas sobre él.

Esta vez, Joan no levanta el pulgar. Esta vez, su mano, que ya empieza a teñirse de oscuridad, tantea el aire y busca la mía. Yo me arrodillo y dejo que la encuentre. Ahora, Joan sonrío en mi dirección. Ambos sonreímos en la misma dirección, porque somos conscientes de que acabamos de crear un lazo que nos mantendrá unidos, fieles hasta el final. Y este final se me antoja que lo vamos a dejar para más adelante, no sé, digamos cinco o diez años. Quizás la enfermedad sea caprichosa y nos agüe la fiesta pero no podrá llevarse la lucha por la dignidad que vamos a librar, el amor de Joan por su madre, fuerte y cálido como las paredes de madera del pasillo, y el de Enric por su familia, tan inmenso que ha sido capaz de remar teniendo en contra el viento de Joan y la marea de Julia.

-Nos vamos a cuidar, *company*. Mañana seguimos.

5 Mozart *dixit*.

Pero mi nuevo Maestro y compañero, convertido en sombra errante, ya viaja preso en la barca de Caronte hasta el Hades del párkinson. Allá, en el inframundo, durante dos o tres horas, los demonios arrastrarán su cuerpo por los prados Asfódelos hasta desgarrarlo, arrancándole los gritos a tiras. Después lo entregarán como ofrenda a los pies de Érebo, el dios de la oscuridad quien, una vez más, decidirá devolverlo a esta parte de la Estigia para que sufra el martirio de saberse vivo y sentirse muerto, condenado a soportar la música pagana de la nini que ni duerme ni deja dormir y que ahora vuelve a hacer temblar el techo de la habitación.

La mano de Joan me aprieta con fuerza y yo me siento en el filo de la cama. Ahora es cuando más necesita que me quede a su lado. Esto no está escrito en ningún manual pero un cuidador sabe que siempre ha de tomar partido por la persona más allá del planning y papeles oficiales. Quiero acompañarlo en su viaje al infierno porque es aquí y ahora que toma sentido ser cuidador y persona. Así que decido parar relojes y máquinas y permanecer en la habitación.

Joan me suplica que le coja la mano, que no lo abandone a sus demonios. Pero antes, busco el concierto para dos violines BWV 1043. Espero que su tonalidad en re menor sirva de bálsamo contra los bramidos de la nini. Por fin, empiezan a fluir el perfume de la música. Con las prime-

ras notas, me agencio un cojín, corro a apagar la lámpara y vuelvo al lado de Joan. Esta vez, me siento en el suelo porque la cama no da para más. Ahora sí, cojo la mano de Joan y la acaricio.

Sobre un escenario a oscuras, nuestros cuerpos se encogen y entran en la crisálida del sueño. Los violines hacen volar sus cometas por el cielo de la habitación con el *vivace* y Bach juega a dibujar armonías en su partitura de estrellas. Cuando comienza el *largo ma non tanto*, ya no estamos. Nuestras almas ya viajan al lomo de las cuerdas que baten sus etéreas alas de corcheas y semicorcheas, dejando atrás el reino de las tinieblas.

Es en momentos como este, sentado en un frío suelo al lado de un orinal, a oscuras y acariciando una mano que me siento más frágil y, sin embargo, aún más feliz, porque Bach interpreta las notas tal cual las dibuja en el cielo pero es Dios quien crea la música a través de sus manos. Y Dios siempre compone sus mejores obras en los lugares más insospechados.

Un cuento de navidad

Cuando salí por la puerta del centro donde me formé, llevaba en la mochila varias lecciones que no estaban escritas en ninguno de los libros de trabajo familiar. Porque eran lecciones de vida transmitidas de viva voz, consejos para no perderse en una profesión que puede ser tan solidaria como solitaria. Siempre recuerdo el día en que Miquel, mi profesor y, desde entonces, compañero, nos recomendó a los estudiantes que cada día cambiáramos de asiento en el aula para no acomodarnos en un lugar o en una idea. Nos dijo que, aunque siempre realizáramos el mismo recorrido entre domicilios, debíamos cambiar de acera porque aquello que vemos es siempre parcial y es bueno pasarse a la acera de enfrente para ampliar miras y estudiar las situaciones desde varios puntos de vista. No sé si a ustedes les pasa pero, cuando sale alguna noticia en la televisión de algún suceso en un paraje conocido, a uno le resulta difícil identificar esa misma imagen de la pantalla con la imagen que tenemos en

nuestra retina del recuerdo. Es todo cuestión de perspectiva, ¿verdad? Por ello, a la vieja lección materna de *si no sabes algo, pregunta* añadí la prudencia miqueliana del *no te quedes con un solo punto de vista y observa de cerca y de lejos antes de actuar*.

Así me presento a las siete y media de la mañana en el carrer Comtes de Bell-lloc, frente al balcón de Joan. A estas horas de diciembre, la oscuridad de la noche me permite desplegar mis habilidades de observador profesional sin ser tachado de *voyeur* o acosador por ningún bolso de abuela justiciera. El servicio no comenzará antes de mediodía, coincidiendo con la tregua que el párkinson le da a su paciente, pero tengo por costumbre contemplar el domicilio al que acudo a horas distintas porque consigo una información muy valiosa que, de otra forma, no podría conseguir, información que las personas ocultan en mi presencia. Y sobre todo, veo actuar a la gente de manera espontánea. Es cierto que la observación se entrena con el tiempo pero he de confesarles que, dándole la razón a la abuela del bolso, lo mío tiene mucho de una curiosidad que ya venía de serie cuando me fabricaron en un bloque de pisos de la Badalona inmigrante. Desde la barandilla del balcón de un octavo piso, tenía una altura de miras privilegiada que me permi-

tía estudiar las hormiguitas de barrio obrero que entraban y salían de los portales, se sentaban a pasar la tarde en los bancos ajardinados charlando y comiendo pipas, mientras los críos jugaban en la acera a pegarle patadas a una botella de plástico contra una persiana o a saltar a la cuerda.

Y todo ello, ambientado con el ruido y el viento de un tráfico en plena expansión y el ir y venir de máquinas y *currantes* que pavimentaban la calle un día para abrirla al siguiente. Desde aquella *ventana indiscreta* aprendí a usar las gafas de lejos a medida que el barrio aprendía a ser ciudad. Y también aprendí a estudiar metódicamente las costumbres de las figuras del edificio de enfrente que trajinaban, ajenas a mi curiosidad enfermiza.

Heme aquí, cuarenta años después, haciendo de mi pasión un oficio, el de espía profesional. Cierto que es otro bloque y otras las figuritas que van y vienen de cada cajoncito del edificio pero no deja de ser la misma acera de enfrente y el mismo chiquillo de aquel balcón fantaseando sobre la vida de los otros.

El bloque de Joan ya empieza a vestirse de Navidad. Las farolas de la calle ondean a media asta para ceder su esplendor a unos balcones de los que cuelga un Papá Noel subiéndose por una escalera. Engalanados con luces led de todo a cien, parecen pesebres vivientes a ojos de los pocos

que paseamos a estas horas. Las figuritas se desplazan por el domicilio y hacen parpadear las bombillas de las habitaciones. En el quinto piso, hay un pastor que se ajusta el cuello de la chaqueta del pijama. Después, asoma la cabeza por la ventana, tose y escupe sus bronquios sobre el carro de un recogedor de chatarra africano que se afana en remover los contenedores antes de que llegue la competencia del clan rumano. El fumador enciende un cigarrillo y lo chupa en modo turbo. Luego, apunta con la colilla en mi dirección y desaparece.

Puede ser que el niño Jesús naciera puro y santo pero la mayoría somos como este fumador: débiles y pecadores. Así, cada año, cuando comienza el adviento, nos arrepentimos para volver a pecar cuando acaba la Navidad y el pesebre se desmonta. Pero el de Joan no está montado. Tras las plantas mustias y una pequeña mesa con dos sillas plegadas contra la pared, no hay pastores ni reyes con presentes a sus pies. Ni siquiera luces de navidad que lo alumbren. Tan sólo una vela frente al sillón articulado. La expresión de Joan es la de un niño que envejece con cada fase off del párkinson. Puedo oír el morse de sus ojos, ver las manos que perfilan espectros en el aire, sentir incluso el temblor de su cuerpo lacerado por los demonios y sombras. La trémula luz de la vela contempla, atónita, cómo la llama de la enfermedad

hace sudar a cada poro de los cinco kilos de piel, erosionando, centímetro a centímetro, desde las almenas, la gran torre humana. Joan se derrite como la cera. La vela lo sabe. Él también. Por eso, ambos rezan y maldicen la Navidad.

Por suerte o por costumbre, pronto llegará un ángel con las primeras luces de la mañana y barrerá con sus alas el cielo del comedor pero sigo dándole vueltas a la imagen de este pesebre que me tocará visitar cada día. Me pongo en la piel de Joan y me duele aún más porque, en un giro copernicano, no es su madre la que espera la llegada del hijo sino justo al revés. Tan sólo rezo -y maldeciré si no sucede así- para que Julia deje pronto el exilio de la residencia y vuelva a casa.

No puedo entretenerme más y ya empiezo a desandar mis pasos hacia el carrer Berlín cuando, de repente, se enciende la luz de la habitación de matrimonio. Pronto identifico una silueta de media altura y más bien ancha de espaldas y de barriga cervecera que está cambiando sábanas. Veo que su hermano Enric ya se ha puesto manos a la obra. El viernes pasado, cuando por fin pude entrar en el mundo de Joan, Enric, que debe de ser otro curioso incorregible, se quedó en el portal a esperarme. Hablamos de la simbiosis entre su hermano y su madre y no tardó en convenir que

Julia podría regresar a casa si encontraban a una cuidadora interina.

Pero no esperaba tal rapidez. Es evidente que Enric se ha quitado un peso de encima: el peso de la culpa. Últimamente, había tomado decisiones, digamos, impopulares, aunque bienintencionadas, que lo habían puesto al borde del precipicio sentimental. Y no sólo por su familia materna. Él tiene mujer e hijas, según me dijo, y, cuando uno tiene dos casas pueden surgir fricciones. Quien más quien menos ha experimentado las tensiones que surgen entre la *vieja* y la *nueva* familia por detalles que, a ojos de uno, son insignificantes. ¡Quién se salva de decir *Pues anda que tu madre...*! o escuchar coletillas del tipo *¡Es que tu marido es un poco especial!* Y es que cuando pensamos como hijos no solemos pensar como padres. Enric, que es hijo y padre, está en plena crisis familiar, intentando gestionar una casa sin que afecte a la otra. Créanme, cuando llegan los remolinos todo el acuario se altera y nadie ve con claridad entre las aguas turbias. Veremos a las doce cómo de turbias o claras están las aguas de este servicio...

-Bon dia, Joan. ¿Cómo te encuentras?

Estoy seguro de que se encuentra mejor. Aunque en el mismo sillón y postura, su semblante es otro. De otro

modo, no me arriesgaría a empezar el servicio con la pregunta.

Como el primer día, hoy no me fijo en el mobiliario ni en los objetos de la estancia. Quiero que le quede claro a Joan que estoy aquí y ahora con él y por él y que no moveré una pestaña sin su permiso. Pero he de dejarle muy clarito también que no vengo a servirle. Porque no es lo mismo servir que ser útil. Y si no, miren ustedes a Enric, que ha sido muy útil a su madre y hermano y, sin embargo, no ha hecho lo que ellos pedían. Porque servir implica acatar por decreto las órdenes de alguien. Otro ejemplo es el mismo Joan, acostumbrado a disponer de los demás a voluntad y, sin embargo, aquí está, desatendido. Su intransigencia le ha llevado a que las personas que se han propuesto ayudarlo establezcan una mera relación mercantil sin llegar a descubrir las verdaderas necesidades.

No les propongo un juego de palabras sino una reflexión de fondo: ¿qué es lo que Joan necesita?; ¿cómo puedo ser realmente útil? Cuando una persona se cierra en banda tengo muy claro que tiene unas necesidades mayores que las inicialmente supuestas. Si yo miro el expediente de Joan, tengo señalados unos objetivos y unas tareas que no se pueden realizar aunque los profesionales las hayamos pensado para responder a su situación. Pero lo esencial es muchas

veces invisible a los ojos, como dijera algún joven príncipe, y yo he detectado otras necesidades que el silencio oculta.

No hagan caso de la famosa pirámide de las necesidades de Maslow⁶ porque Joan, como la mayoría, tiene dos necesidades más importantes que el comer o el respirar, que son la caricia y el recuerdo. Créanme, pues he sido testimonio de personas que han dejado de comer y respirar porque ya nadie las acariciaba ni recordaba. Llenos están los cielos e infiernos de muchas casas y residencias de soledades y olvidos no deseados. Y Joan, que tiene espíritu de artista, debe de tener el cuerpo y el alma marcados con cicatrices por cada caricia perdida y por el público que ya no lo aplaude. Este Cristo del Tibidabo parece frágil de cimientos emocionales y se tambalea a cada ráfaga de viento adverso que lo cimbra sin piedad. Estatuas más altas han caído, pero ésta promete dar espectáculo si no volvemos a reforzar la autoestima de sus pilares con la mezcla adecuada de caricias y estimulación. Porque ambas cosas necesita, sólo puedo serle útil si lo acaricio al pasarle la esponja por la espalda, si lo escucho con una sonrisa y paro máquinas cuando nada importe. De todas formas, no sé hacer las tareas sin caricias

6 La pirámide de Maslow es una jerarquía de necesidades humanas que se deben satisfacer, desde las básicas fisiológicas y escalando de forma consecutiva por las necesidades de seguridad, de afecto y de reconocimiento hasta alcanzar la autorrealización.

ni escuchar sin una sonrisa. De hecho, para no caer en la tentación de la dejadez profesional, tengo el cristiano vicio de repetir en voz baja *tú eres Jesús* cuando atiendo, sobre todo, a seres frágiles y solitarios, como Joan. Y no falla nunca. Pruébenlo y verán que ir contra la voluntad divina de cuidar al prójimo te crea un remordimiento que te corroe como un gusano y no puedes pegar ojo en toda la noche.

Por extraño que parezca, la situación de Joan no es tan desafortunada. Y no lo digo porque un tipo como yo haya aterrizado en el momento justo sino porque va a recuperar en poco tiempo el beso de su madre y una mano con la que pasar las crisis del párkinson esta Navidad.

-Si quieres, me pongo la bata. Tú mismo...

El rostro de Joan, caído hacia un costado, reacciona instintivamente a la amenaza. Poco a poco, recupera su verticalidad hasta encajarse en el cuello. Su mirada azul se oscurece al ver el blanco nuclear de la bata, que ya asoma por la cremallera de la mochila. No es asco sino temor porque la higiene que se avecina va más allá de lo físico. Y más adentro.

-Tranquilo, que era broma, *company*.

Ya discutiremos con la coordinadora el tema de la bata y el miedo atroz que causa en algunas personas que han

sufrido las horas de espera en las camillas de urgencias, pero ahora es un momento importante en el servicio. Hoy, lunes, 4 de diciembre de 2015, iniciamos una nueva etapa de la relación entre cuidador y persona cuidada: el tanteo mutuo. En el espacio de uno o dos meses vamos a conocernos y decidir libremente si somos compatibles para continuar juntos durante más tiempo. Aunque tengo la impresión que no nos vamos a demorar en esta fase, pues la necesidad apremia. Y la soledad, mucho más. Además, no olviden que somos hermanos de la secta bachiana.

Decía que Joan me mira pero sigo sin conocer cómo es el Joan tras esa maraña de barba blanca y saliva espesada con pastilla de levodopa.⁷ Un cabello más cano que rubio intenta disimular con su media melena de rizados las entradas en las sienes y unas manchas verdosas repartidas por toda la superficie que no logro identificar.

-Joan, estás muy callado. Oye... ¿y este silencio? -y no lo digo por el mutis de Joan sino por el de la nini del piso de arriba.

-¿En qué época estamos? -intuyo que Joan quiere llevarme hacia su terreno y me propone un juego. Quizás sea mi primera lección.

7 La levodopa es el medicamento hasta ahora más eficaz contra el párkinson ya que palía la destrucción de las neuronas que producen dopamina, encargada de movimiento muscular.

-Pues en diciembre. ¿Tan pronto empiezan a contratar a vecinitas histéricas para la campaña de Navidad? Saco una botella y lo celebramos...

-No, hombre, no. No voy por ahí.

-No sé, dame pistas.

-Piensa como Bach -¡vaya cambio de tercio! Ahora caigo que no hay música en el comedor. La verdad es que esperaba algún concierto de violín en el ambiente para ahuyentar los malos espíritus.

-Ah, vale...-le doy vueltas al asunto. En mi oficio, estoy acostumbrado a ponerme en la piel de quien atiendo pero ponerme en la piel de alguien que no conozco es todo un reto-. Veamos, si yo fuera Bach estaría escribiendo alguna de las cuatro cantatas que he de componer cada mes para la Iglesia.

-Mentira. Primera lección: un músico se debe a quien le encarga y, en el caso de Bach, es la Iglesia y Dios. Repito la pregunta: ¿en qué época estamos?

Ahora mismo me siento como Ulises ante Polifemo porque no soy nadie ante la sabiduría de mi nuevo Maestro y sé que si no paso la prueba no me dejará salir de esta isla ni afeitarme esa barba que me impide ver el niño que lleva dentro.

-Veamos. He de pensar como el Bach creyente y su

paganini.⁸ Estamos en adviento -sonrío, seguro de haber pasado la prueba.

-Vaya, todo un genio. ¿Y qué pasa en adviento?

-Que nos preparamos para la Navidad. ¿Y qué más ha de pasar?

-Pues pasa que el adviento era *tempus clausum* -los latinismos no me asustan pero, en boca de alguien en su estado parecen ser palabras proferidas por un cuerpo poseído. Está claro que a este cerebritito le gusta construir laberintos mentales donde atrapar a los más tontos de su especie. Pero yo no le voy a dar el gusto.

-O sea, tiempo de arrepentimiento, penitencia y oración. En pocas palabras, el tiempo prohibido de la música. Y si no hay música en las Iglesias, tampoco en tu casa. Pues nos vamos a aburrir.

-Me sorprendes, Isidre.

Es la primera vez que dice mi nombre. A fe mía que lo he descolocado. Ahora se recoloca en el sillón sabedor que tiene ante sí un digno rival y no conviene ir de sobrado. Acabo de pasar a la siguiente pantalla. Joan no es luterano ni vive en Leipzig pero sí es un buen bachiano e hijo de cristiana. Ahora es mi turno...

8 Niccolò Paganini: violinista virtuoso y compositor de la Italia del romanticismo. Su apellido se ha reciclado para asimilarlo a pagador.

-Joan, ya es hora de que te conozca. Tú juegas con ventaja porque yo vengo afeitadito. ¿Qué te parece si te paso la máquina? Es justo, ¿no?

-La máquina no corta.

-Tú no te preocupes por eso. Es más sencillo arreglar una máquina que una persona. ¿Dónde la tienes?

-En el mueble del lavabo.

El lavabo se encuentra frente a la habitación de matrimonio. Ahora percibo que Enric se ha quedado sentado en la cama para no molestar. Lo dicho: es todo un curioso. Aprovecho para hacerle un gesto de *¿hablamos?*

Enric no tarda en acompañarme al lavabo. Cuando entra, yo estoy buscando la máquina de afeitar.

-Segundo cajón, caja negra. Es una Philips de las antiguas.

-Gracias, hombre. Ya estaba yo volviéndome loco con tanto trasto.

-¡Mira que mi hermano es raro! Pero tú no te quedas corto.

-Todos somos raros, Enric. Este país es un baile de máscaras. En la calle, todos bailamos al ritmo de los tiempos y miramos de aprender los pasos de la coreografía de lo que es correcto. Mira mi suéter -Enric intenta descifrar unas mayúsculas en cirílico-. ¿Tú sabes lo que pone? Pues

yo tampoco, ¿caso importa? Sólo importa ir a la moda. Después, de puertas adentro, no hay dos iguales. Cada uno es de su padre y su madre.

-Y aún así, no entiendo.

-No entiendes qué pretendo al trabajar de esta manera. Cuando llevemos un par de días más prometo explicarte lo que quieras pero la cosa es sencilla. Me encuentro a un tiarrón que, y no es por faltar, te saca medio metro y quiere morirse porque no quiere vivir así. Mi trabajo es hacer que, si se quiere morir, que no sea de pena y en la derrota. Nadie tiene una muerte digna si la vida no es digna. Y cuidar a Joan es ofrecerle las herramientas y las condiciones dignas para que pueda disfrutar hasta que echen la persiana Dios o los santos cojones de tu hermano, porque no me ha hecho falta verlos para saber que los tiene así de gordos.

-Como melones -Enric lanza una carcajada en sordina.

Me encanta ver esa expresión de entender y, al mismo tiempo, sentirse entendido. Mientras desmonto los cabezales de las aspas de la máquina, Enric me aborda con una noticia esperada.

-¿Sabes que lo que hablamos el viernes ya está en marcha? -pongo cara de sorprendido. Ahora no es cuestión de confesarle que lo he visto arreglar la habitación esta mañana.

-¡Vaya! ¡Eso es estupendo! ¿Y para cuándo tendremos a tu madre de vuelta?

-Muy pronto, tú confía.

-Si yo confío, pero no creía que iba a ser tan fácil encontrar a una persona interina.

-Ni yo tampoco pero fui a preguntar a la farmacia de abajo y allá me dieron las señas de una chica colombiana que había cuidado a otro hombre del carrer Badalona.

-¿Y cuándo empieza? Tendrá que arreglar ropa, la cama, las comidas...

-Empieza mañana. Hoy tenía que acabar de limpiar otra casa.

-Por cierto. ¿Tenemos palillos de dientes? Tu hermano utilizó la máquina hasta que se llenó de pieles. Se ha hecho una pasta que no hay forma humana de sacar.

Enric sale al comedor, le dice alguna cosa a su hermano y abre la puerta del mueble bar. Al cabo de nada, aparece con un botecito.

-Gracias, hombre.

Yo sigo peleándome con las ruedecitas, arrancándoles la piel a tiras y sin anestesia. De repente, oigo el zumbido de un móvil y me llevo las manos al bolsillo.

-No, no, es el mío -Enric me corrige y se refugia en la habitación para hablar con monosílabos. No tarda en

asomar el lustre de su calva bien hidratada. ¿Cómo puede ser tan diferente de su hermano? Se parecen *com un ou a una castanya*. Después vuelve con una gorra Gatsby gris enroscada en la cabeza.

-Bueno, Isidre. Te dejo con tus cosas. Me bajo un rato a despejar las ideas.

¡Por fin he restaurado esta pieza de museo! Si ya digo yo que es más sencillo reparar máquinas que personas... Ahora ya puedo presentarme con el aparato en el comedor.

-Vamos, Joan. Dale la extrema unción a tu barba porque le quedan pocos minutos. Pero antes, le echaré una tijera para rebajarla. No podemos pedirle milagros a esta máquina. La última vez que se usó la misa era en latín.

-¡No es para tanto! Por cierto, le habrás limpiado también el cortapatillas,

¿verdad? Es que la última vez que usé la máquina fue para raparme los testículos por una operación de próstata.

Me sorprende ver que Joan conserva el sentido del humor, aunque un tanto ácido para mi gusto. Ahora no puedo dejarle que gane, como siempre...

-Si crees que me voy a poner a vomitar sobre tu alfombra y lanzar la maquinita por el balcón, vas listo. Que sepas que a mí me operaron del ano y no tuve que raparme porque hace años que tengo el culo pelado de hacer servicios tan

bien perfumados como este. ¡A cortar se ha dicho!

A medida que acerco los filos de la tijera a la cara, noto que Joan la aparta instintivamente. Ya he visto esa desconfianza antes. Porque la confianza no se tiene, se aprende. Siempre digo que es como una lengua extranjera, que es más fácil adquirir en la infancia cuando el cerebro está desarrollando patrones y el corazón también. Detecto en Joan otro caso de niño adulto, que no recibió demasiadas clases emocionales y se volvió responsable y autodidacta antes de tiempo. Y los niños adultos crecen hasta convertirse en adultos niños, incapaces de confiar en nadie de buenas a primeras o de disfrutar con las caricias de un desconocido. Y hay mucha gente así, entre nosotros los cosmopolitas del mundo. Estas personas son muy hábiles y pasan desapercibidas sobreviviendo a base de máscaras. Suelen tener éxito profesional y dominan el escenario pero, en las bambalinas del hogar, tienen dificultades para mantener largas relaciones sentimentales, pues son eternas buscadoras de la belleza, el conocimiento y la perfección como antídotos a ese niño que nunca fue y ese adulto que nunca será. Imaginemos por un instante que ustedes fueran una estrella del rock en pleno concierto. No sé si se atreverían a lanzarse de espaldas al público esperando a que cientos de brazos frenaran la caída. Yo, no. Porque yo soy un poco, si no

bastante, como Joan. Por eso, lo comprendo y alejo la tijera inmediatamente. Necesita más tiempo.

-Vale, vale. *Cap problema*. Joan, si quieres, te sacó la barba con pinzas, y listos. No me mires así, que es broma, *home*. Vamos a probar con la máquina. Y reza para que no explote a media faena. No me gustaría empezar por una mejilla y dejar la otra sin afeitar.

A cada pasada, la máquina de afeitar va desvelando los secretos de una piel que ha permanecido oculta como el fresco de una iglesia románica. Predominan los tonos cobrizos sobre una tez blanca y fría. Estos colores de cuadro renacentista se ven, sin embargo, afeados por una rugosidad ganada a base de tabaco y nocturnidades. Echo un vistazo a las manos de Joan y sus dedos no tienen ese ocre de fumador empedernido. Se diría más bien que Joan fue un fumador social. Empiezo a especular con imágenes de su vida y me imagino a un tipo alto y rubio, vestido *a la mode* con ropa que traía de sus escapadas al extranjero, dejando que su aire nórdico campara a sus anchas por el Paral.lel y los guateques privados. Sin duda, hizo estragos entre las mujeres de buena vida y mala noche que jugaban a transgredir el orden social -y sexual- del entonces régimen franquista y católico. Cuando los años de soltero de oro perdieron su lustre ya era tarde para encontrar a una perso-

na con la que compartir una jubilación en ciernes. Quizás algún que otro escarceo amoroso con visos de estabilidad le hiciera comprender que ya nadie podría soportar sus rarezas. Para más inri, y coincidiendo con el retiro, llegó la enfermedad. Entonces, dejó su piso de soltero y se vino a vivir con su madre, con la que, de facto, ya compartía cocina, lavadora y una afición compulsiva por las tiendas de ropa y antigüedades. Sin vida social –ni relaciones sexuales- se acabaron las ganas de fumar. Porque solo fumar y fumar solo hace casi tanto daño como el recuerdo. El gusto de la nicotina ya no es el mismo.

-Vamos a tener suerte. Esta máquina está hecha una campeona. Oye, por cierto, no te pareces en nada a tu hermano.

-Es que no es mi hermano.

-¡Qué duro eres!

Apuro las últimas pasadas y siento que Joan está cada vez más incómodo. Sé que le cuesta dejarse ayudar, porque tiene un gran sentido de la intimidad y siempre se ha arreglado y aseado por sí mismo. ¡Cuántas horas se habrá encerrado en el lavabo para acicalarse! ¡Y cuántas peleas con su hermano por el mismo motivo! Cuando acabo, dejo el aparato en la mesita que custodia el brazo izquierdo del sillón y planto mis ojos frente a los suyos.

-Joan, no creas que yo te voy a hacer todo. Haré lo que no puedas pero te putearé hasta que decidas hacer lo que puedas.

-No es eso. Es que ahora soy uno más.

-¿Y qué quieres ser? ¿Uno menos? Mira, yo voy a estar a tu lado y siempre serás tú, ni más ni menos. Uno no deja de ser. Uno deja de hacer.

-He tenido una vida maravillosa y con todo lo que fui...

-Lo que pasa es que Dios es el mejor vendedor de enciclopedias del mundo. Ríete de los comerciales a domicilio, que a esos diablillos ya los ves venir desde la puerta del ascensor, pero ¿quién va a desconfiar de alguien con dotes de santo? Dios no es tonto. Primero te engatusa con el catálogo y las ofertas especiales y cuando ya estás tierno, te pone el contrato delante y te acerca el bolígrafo. Tú vas y lo firmas sin leer la letra pequeña. Y luego, pasa lo que pasa, que se te queda la cara de bobo cuando llega el banco a reclamarte los intereses.

-¿Y qué me queda?

-Veamos lo que tienes en el banco: si restamos a tu futuro la hipoteca de la enfermedad más los intereses de los sentimientos de culpa y autoconfirmación de la fatalidad, nos da un subtotal de... En serio, Joan. No debes nada a nadie, quizás algún que otro *gracias* o un *lo siento*, ¿verdad?

Pero sí tienes una gran deuda contigo mismo: puedes y debes decidir tú y nadie más lo que te queda aunque sepas que al final la muerte es una banquera a la que siempre le cuadran las cuentas.

Por unos segundos, las extremidades de Joan parecen anticipar el tránsito al infierno parkinsoniano, pero su mirada cristalina y el arcoíris invertido de sus labios me tranquilizan. Joan tiembla, sí, pero de emoción. Por vez primera, diría en años, alguien le está ofreciendo un contrato sin letra pequeña ni cláusulas abusivas.

-Por muy duro que sea, no dejes que el viento te lleve, no dejes que nadie ni nada te tumbe. Coge las riendas de tu vida y sonríe. Porque uno sonríe cuando lucha, y la lucha te hace libre. Yo puedo viajar a tu lado. Y quizás otros se sumen.

En ese preciso instante, escucho un juego de llaves que vuelve a rayar el marco de la puerta de la entrada al girar.

-¿Se puede?

Es Enric y no creo que suela pedir permiso para entrar en su propia casa... Desde el rellano, llega el sonido característico de los cojinetes y del caucho de una silla de ruedas. Sobre ésta, amanece Julia. Joan sigue mirándome, pensando quizás que sea otra mala pasada de sus alucinaciones. Yo asiento con la cabeza y sonrío.

Incrédulo, Joan deja caer la manta de franela a un costado del sillón, con la mirada clavada en la silla de ruedas, que avanza lentamente. Pero Julia no puede esperar. Sus manos apartan también una manta que cubre sus piernas y se incorpora. Ahora, vuelve a apoyarse en las paredes y marcos de un pasillo que conoce de memoria. El espíritu de Julia sobrevuela, etéreo como un arcángel, el pesebre de este cuarto primera. Ya se acerca al establo donde le espera su niño, cuyas lágrimas rebosan, regando sin remedio el rubor recién estrenado de sus mejillas. Joan agarra con todas sus fuerzas los brazos del sillón y se levanta, majestuoso y penitente, ante su madre reencarnada, dejando caer la toallita con la que siempre cubre el cuello para no manchar de saliva la camiseta. Ambos se miran y se palpan, acariciando, besando cada lágrima del otro como si fuera propia. ¿Acaso no son propias las lágrimas de un hijo o de una madre? Así, fundidos en un solo abrazo, la vida vuelve al hogar y recupera las buenas luces. Ahora Joan y Julia, Julia y Joan, detienen el instante, ajenos ya a su pasado y futuro. El presente es una única moneda que no conviene malgastar cuando ésta ha rodado tan cerca de la alcantarilla final.

Sin dar la espalda a los protagonistas, me borro del comedor. Mi trabajo, a través de las manos y el corazón de Enric, ha empezado a dar sus frutos. Hay que dejar que es-

tas semillas descansen y broten con el amor que la soledad y las inclemencias de la enfermedad les quisieron robar. Pero Joan despierta de su sueño para retenerme con una mano y decirme *quédate*.

-Joan, me quedaré con vosotros, pero a partir de mañana porque este momento os pertenece. Y no te olvides de Enric -éste me mira, agradecido- que ha sido quien lo ha hecho posible. Sois muy diferentes, pero eso da más mérito a todo lo que hace. Ya os pelearéis por otras cosas pero no dudes que tu hermano está por ti y por tu madre...

Joan, quizás por primera vez en décadas, dirige una sonrisa a ese tipo del pasillo al que llama hermano, a su manera.

-Eres un capullo. Me podría haber dado un ataque.

-Hombre, no esperaba besitos de ti, pero un *gracias*...

Yo me desentiendo de estos códigos fraternales para presentarme a su madre.

-Sra. Julia, ¡cómo me alegro de conocerla!

-No me digas de usted, por favor. Gracias, de verdad.

Ahora sí, cojo mis bártulos y me retiro al galope hacia la puerta, no vaya a ser que otra mano me vuelva a frenar y se rompa el hechizo del reencuentro.

En el rellano, empiezo a notar un cosquilleo irresistible y bajo por las escaleras para soltar los nervios. Ya, en el hall de

la entrada, me paro frente al espejo de la pared. No puedo creer la sonrisa que llevo puesta y las ganas de cantar que me han entrado porque sé que estas fiestas, la música volverá a inundar el comedor de esta casa aunque tan solo sea por fastidiar a la nini de arriba. También los guisos y especias. Por fin, podré encontrar la cocina con los ojos cerrados.

Ya, en la calle, cruzo la acera y vuelvo a contemplar el balcón de Joan y Julia. Nadie sabe cómo les irá con la nueva chica mañana, pero les puedo asegurar que este año el cuarto primera tendrá su pesebre. De momento, han rescatado a la virgen y tienen un nuevo *caganer*, con el culo muy pelado.

Que me perdonen los que practican el recogimiento y la contrición en tiempos de adviento pero yo marchó al trote cochineró hacia la boca del metro de la Plaça del Centre, dando cabezazos y tarareando el Mesías de Haendel. En casa, me esperan mi santa mujer y dos pastorcillas para engalanar el balcón con luces led. Eso sí, nada de Papá Noeles con escalera, que en casa seguimos siendo fans de los Reyes Magos.

Las valquirias

Barcelona es hoy una ciudad wagneriana. Wotan, el dios de los aires, ha soltado a sus tres hijas: Fría, Lluviosa y Ventosa. Las valquirias⁹ relinchan sobre las calles y fachadas de Sants, con los cascos de sus yeguas deshojando plataneros y toldos de balcón.

Ahora, la boca del metro de Plaça del Centre es una alfombra levantada donde cunde el desconcierto. Los desparaguados que decidieron no hacer caso del parte meteorológico corren como cucarachas sin antenas al grito de las guerreras, que husmean el miedo y se ensañan hasta saciar la sed de sus empuñaduras.

Pero aquello que es un castigo divino para muchos puede ser una bendición para pocos. Joan, para mi desgracia, no es de los que se arrugan ante el mal tiempo. En su caso, las nubes de febrero no harán sino añadir un aire épico a la

⁹ La Valquiria: más conocida como *La cabalgata de las valquirias*, es la segunda ópera de la tetralogía *El anillo del nibelungo*, de Richard Wagner.

escenografía de la obra que va a interpretar. Después de tres meses de ensayos entre los bastidores del domicilio, Joan dará sus primeros pasos en la calle. Hoy es tarde de ópera y este héroe de aspecto nórdico y templada voz de *tenore di forza*¹⁰ aspira a convertirse en el Siegmund del barrio. Tan sólo espero que a la valquiria del párkinson le entre el miedo escénico y se quede en casa tomando hidromiel.

No hace falta ser un lumbreras para saber que, tal y como está la calle, salir es un deporte de riesgo, pero la espera ha sido tan dura que un *dejémoslo para mañana* sonaría a traición por mi parte y provocaría una caída mucho peor: la emocional. Las últimas semanas, hemos tenido que posponer la salida porque su cuerpo daba más de no que de sí. Ambos hemos sudado la gota gorda para recuperar y reforzar la musculatura de las piernas con ejercicios de *pedalier* y circuitos de deambulación por el piso. *Cuanto más profundo sea el pozo de tu esfuerzo, más pura será su agua*, le repetía una y otra vez, mientras sus manos lloraban por encontrar un marco de puerta o un mueble donde apoyarse. Es cierto que ya podríamos haber hecho algún paseo con la silla de ruedas de su madre, Julia, pero a Joan no le gusta caminar con patas ajenas. Orgulloso como es, su ilusión es

10 Tenore di forza (o tenor lírico spinto): tenor de gran potencia en la voz y mayor capacidad de proyección que el tenor lírico.

salir por su propio pie del portal y que los vecinos lo vean resurgir de las cenizas.

Como no basta con ser consciente de los actos sino de sus consecuencias, antes de presentarme en el domicilio, repaso las notas de mi diario en el bar de Liu, un chino que me regala algún café y mucha información sobre los usuarios y posibles clientes de mala vida y peor salud. La verdad es que, a veces, parezco un empleado de funeraria, que sólo espera a que los tipos cascados caigan, como fruta madura, en mis manos. Intento buscar la razón personal -siempre la hay- que me lleva a mojar me por Joan y pasar cuatro o cinco noches a base de ibuprofeno.

Julián, un cliente fijo del bar -y fijo que será mi cliente si sigue *cuidándose* a base de cerveza-, le echa un ojo a mis notas.

-Tú estás cuidando a ese tío alto, ¿no? Sí, hombre, el Joan.

-Julián, que esto es privado.

-Pues yo te puedo decir un par de cosas. ¡Menuda perla! Claro, que si no te interesa...

-Ya que estás, no te cortes.

-Era un cierrabares de cuidado. Llegaba a primera hora. El tío se acostaba en algún banco de la calle a esperar a que el chino subiera la persiana. Se pedía un gintonic para

rebajar el pedo que había cogido en algún club de alterne. Luego vaciaba la tragaperras y se iba a sobar. Tenía suerte el cabrón, ¿sabes?

-¿Y cómo era?

-¿Que cómo era? Pues raro, todo él era raro. Se las daba de artista, ya sabes, llevaba lentejuelas, pantalones de campana, pendientes de cierre catalán... A veces, aparecía con algún colega, que se quedaba dormido en la mesa con el sonido de la máquina y un café sin tomar. Nunca lo vi con una mujer, y mira que era alto y guapo.

Con las ideas confusas y desechas como el cartón que he robado al contenedor azul para no mojarme, corro hasta la casa. Hoy me abre la puerta una mujer que no conozco. Es una nueva interina. Por el olor que procede de la cocina, le auguro un despido fulminante.

Joan me espera sobre ruedas en el comedor. La chica ya lo ha vestido. Observo que del bolsillo de su gabardina sobresalen las llaves de casa. De ellas, cuelga un llavero con dos dados de póquer. Por un momento, viajo en el tiempo y me convierto en ese colega que se duerme en la mesa del bar mientras el rey del Paralelo fuma un caliqueño y hace girar los dibujos de la máquina. Ahora, lo veo claro, como el agua que está cayendo. Joan es un jugador dispuesto a

arriesgarlo todo. Para él, la vida es un gran casino. Recuerdo que le dije a su hermano Enric que yo venía a retarlo, no a servirle. Entonces, ¿qué espera Joan de mí sino que arriesgue en esta partida? Porque, cuando los dados rueden, puedo perder el trabajo. Él lo sabe y disfruta viéndome romper las reglas.

Todos los usuarios nos ponen a prueba antes de abrir su corazón. Quieren saber si apostamos por ellos por encima de las tareas y protocolos. ¿Y qué saco yo si hoy apuesto por Joan y confío mi suerte a la suya? Espero que, por fin, me permita girar la llave de su cerrojo emocional y se muestre, al fin, sin máscaras. Porque una persona llena de máscaras alberga, por fuerza, traumas y oscuros pensamientos. En el caso de Joan, los indicios apuntan a que en el pecado está la penitencia. O quizás me equivoque y los culpables sean otros.

-Bon dia, Joan.

-¡Menuda pinta!

-Ya ves, me he peleado con un usuario y el tío me ha bautizado con la manguera de la ducha.

-Anda, arréglate, que nos vamos. Que yo también quiero que me bauticen.

-Sí, si ya sé que te gusta hacerte el héroe. Espero que

nadie nos grabe, porque igual salimos en la tele, por locos.

En la calle, las valquirias redoblan su relinche. Ya han sacado del carcaj rayos y relámpagos. Éstos retumban en las paredes de la casa y despiertan a Julia, la madre de Joan, que descansa en la habitación.

-¡Isidre! -el tono de su voz augura una reprimenda.

-Bon dia, Julia.

-No os vayáis muy lejos.

-Seguro que no pasamos de la puerta.

Me duele echar mano de las mentiras, por muy piadosas que sean, pero es lo único que se me ocurre para que descanse y se vuelva a dormir. Cuando vuelvo al comedor, los pies de Joan traquetean de impaciencia.

-No te quejarás de la escenografía. ¿Has visto lo que te espera?

-Sí, mi libertad.

-Pues te la vas a tener que ganar.

-Como siempre.

-Como nunca, créeme.

Ya, en el ascensor, Joan castañetea ante el espejo. Yo estoy a su lado pero él ha borrado mi imagen, buscando la suya. Porque el primer abandono de una persona que depende de otra para poder peinarse, es su propio reflejo.

Uno ya no lo necesita. Y no sólo es el primero sino el más doloroso, pues la imagen que está al otro lado es nuestro mejor amigo, ése que se enfrenta a nosotros y nos dice la verdad, aunque duela. El otro es el único que puede ver más allá de nuestra máscara. Nos ha visto crecer, reír y llorar, y conoce nuestras miserias y miedos.

Joan extiende sus finos tentáculos hacia la plana superficie como si quisiera extraer el relieve de su *alter ego*. Pero la realidad es tan fría como el objeto que toca y acaba por contraer el brazo, llevándose la mano hacia una mejilla. Ahora, los dedos palpan su propia cara, inspeccionando cada detalle, cotejando cada arruga con la del espejo.

-No sé si vale la pena.

-Si no pudieras, no te hubiese puesto la miel en los labios, *company*. A ese rostro le quedan fuerzas y cojones.

-Como dos melones -Joan no da putada sin hilo. Si supiera Enric que su hermano le roba hasta las palabras, sólo para fastidiarle...

El ascensor ya ralentiza su caída y el artista aprovecha para respirar profundamente antes de saltar a escena. Tras una larga temporada alejado de los teatros, espera reencontrarse con su querido público. Y no va a defraudarlo.

El aire fresco de la portería nos pone en antecedentes de la batalla que se avecina. Las hijas de Wotan se percatan

de nuestra salida y dejan a medias la masacre de los desparaguados. Sus espadas brillan en nuestra dirección, pues quien desafía a su destino es pieza de caza mayor.

-Joan, vamos al parque.

A lo largo del camino, sorteamos charcos y algún que otro excremento de perro que nadie recoge cuando llueve. Joan tiembla. Difícil saber si de frío o de emoción. A la altura del carrer Alcolea, su diestra se eleva con fuerza hasta casi tocar las hélices del paraguas que he acoplado a la silla. El rostro parece estar cosido al forro de una capucha cabizbaja.

-¿Qué pasa?

Joan se descubre con la misma mano de dar el alto. Las mejillas han mudado del tono núbico por la falta de sol de los últimos años, a un blanco casi níveo, que sólo presagia el vómito.

-Tranquilo, es normal -muchos presos se marean en espacios abiertos tras una larga condena-. Paramos bajo ese balcón, ¿vale?

Después de dos o tres pausas y *un tu puta madre* a un taxista con pocas luces y mucha prisa, llegamos a la barandilla que cerca el jardín del carrer Fígols. Me ha costado encontrar un parque con barandillas a la altura adecuada.

-¡Ea! Ahora toca bajarse del burro.

Joan visualiza el circuito. Es un cuadrilátero de arbustos y setos abonados con chicles y colillas. A unos treinta pasos, divisa un gran obstáculo: una motocicleta encadenada a la barandilla. Joan mastica en bucle unos extraños vocablos, algún conjuro en la lengua ancestral de los héroes, inaccesible a mortales como yo. De repente, sin esperar a que la silla de ruedas esté frenada, aparta el paraguas y se pone manos a la obra.

Las piernas titubean en el arranque pero el cuerpo consigue estirarse como un acordeón que coge aire lentamente. Ya no hay marcha atrás para Joan. Ni para mí. La suerte está echada.

-¡Vamos, ya es tuyo! Dale a esos pinreles¹¹, *que el camí fa pujada i me'n vaig a peu*.¹²

Pero no me escucha. Ni siquiera me oye. Joan trata de auscultarse. En el pecho, siente cómo el plomo de sus pies tritura a cada paso el tapiz de hojas y ramas. Yo me limito a escoltarlo, con la silla de ruedas bien pegada a sus pantorrillas.

Los otros personajes de este paisaje de invierno detienen su carrera, atraídos por el magnetismo del artista. Las agujas

11 Pinreles: pies, en gitano.

12 *Joan Manuel Serrat: de la canción "Me'n vaig a peu": ...però no vull que els teus ulls plorin / digue'm adéu / el camí fa pujada / i me'n vaig a peu.*

del tiempo se distorsionan, convirtiendo sus corazones en un reloj daliniano. Yo no sabría decirles -¿acaso importa?- si son diez o quince los minutos que hemos tardado en llegar a la moto. Es una Kawasaki de gran cilindrada, que se me antoja insalvable. También para el público que se come las uñas bajo el chaparrón y me lanza los primeros piropos.

¿Pero no ves que se va a caer, hombre?

No entienden cómo este lazarillo no hace ver a su Don Quijote una realidad que, cegado por su misión, se empeña en negar.

-Company, resérvate. Ya la pasaremos otro día.

Estoy tentado de embestirlo con su Rocinante con ruedas para hacerlo sentar pero su afilada nariz ya apunta al manillar del endiablado monstruo mecánico y empieza a tirar de sus huesos.

Joan es sólo un hombre y un hombre solo jugando contra cartas marcadas. Sabe que no podrá ganar la última partida. Nadie puede. Pero sí quiere decir alto y claro que no merece perderla, no hoy.

¡Coño! ¡Que se está cayendo!

El nudo corredizo de espectadores se va estrechando peligrosamente y algunos ya se arremangan al ver que Joan

vuelve a hacer el acordeón. Éste descansa los brazos y la cabeza sobre el asiento de la moto, antes de dar el do de pecho y lanzarse a culminar su proeza.

El cabrón lo está maltratando.

Seguro que quiere cargárselo

para quedarse con el piso.

-Oye, Joan, que hoy no salgo vivo...

Pero Joan ya ha alcanzado la luz trasera de la moto y no parará hasta bordearla.

Ayudadle, que yo me encargo del chico.

Justo en el instante en que acaricia con la puntera de su zapato la otra orilla, Joan se gira levemente y me dedica una sonrisa traviesa.

-¡Por mis cojones! -grita con el impulso final.

-¡Por tus melones! Me vas a matar.

Al fin, Joan hinca la rodilla sobre las hojas. Yo me apresuro a rescatarlo antes de que me linchen pero él me aparta. Quiere estar solo sobre el escenario. En el acto final, el héroe necesita repasar cada una de las derrotas sufridas. Sus lágrimas recorren los nervios de las hojas hasta emponzoñar el agua de un charco. Joan peina la superficie y se hace un espejo, que muestra la viva imagen de su conciencia.

Ambos lloran.

-Joan, lo siento, de verdad. Tendríamos que haber esperado a mañana. Sabía que te podías caer y me equivoqué.

-No, Isidro. Tenía que ser así. Nadie me enseñó a caer, pero tampoco a levantarme. Hoy he aprendido que para levantarse hay que caer primero.

Ahora, Joan mira al Joan del espejo y sonrío. Ambos sonríen. Después, observo cómo se lleva las hojas a la nariz para extraer su vaho, cómo abre la boca para absorber cada gota de lluvia. Por fin, ha encontrado un motivo para luchar.

El público ya no aguanta en la butaca y asalta el escenario. Un tipo se abalanza sobre mí y me zarandea con saña mientras el resto lleva al mártir en volandas hasta la silla de ruedas. Cuando me vengo a dar cuenta, su metro noventa vuelve a encoger en el asiento y temblar bajo el paraguas.

-El chico no tiene la culpa -gracias a Dios, Joan no abandona a su lazarillo y amansa a los fieles.

-Hoy ha llovido bastante, Joan. Volvamos a casa.

-Y más que va a llover a partir de hoy.

Ahora, sé que Joan será imparable, y nuestro vínculo, eterno.

La costurera

Barcelona siempre ha sido una ciudad textil o, al menos, hasta finales del siglo pasado, cuando los telares emigraron primero para desaparecer después en las periferias del Vallés y el Maresme. Aquí, el textil se construyó con un ejército de costureras y niños, que se hacinaban en los millares de talleres clandestinos insalubres a cambio de un pedazo de pan duro y mucha humillación.

Bien lo saben las manos de Julia. Ahora manejan dos agujas cilíndricas de lana, que parecen estar cosidas a sus dactilares.

-Isidro -la madre de Joan me sobresalta, adormilado como estaba en el sillón articulado de Joan-. ¿No vais a salir hoy?

-Eso dependerá del atasco. Tu hijo está en el wáter metiéndose agua caliente, a ver si consigue desembozarse.

-Entonces, ya no salís.

En la puerta del lavabo resuenan los aires de una or-

questa de viento que no acaba de afinar. A la composición le falta algo de verdura y la mucha agua que Joan no toma por culpa de la disfagia.¹³

Julia prosigue con su labor, punto revés, punto derecho, sin quitarme ojo. Ahora que estoy en el lugar de Joan, me pregunto qué pensará él del jersey de lana que le está tejiendo cuando la primavera ya ha empezado a vestir las plantas del balcón. Conocer a Joan es conocer a su madre y la única respuesta que se me ocurre es que ella trama algún plan, pues nunca da puntada sin hilo. El jersey es de lana gruesa y las agujas, del número cinco.

Cuesta creer que esta octogenaria de aspecto noble y frágil sea tan retorcida como Joan pero cuesta aún más, imaginar que sus ojos azules y alicantinos sean los de esa niña que vieran, por primera vez, la gran ciudad a los doce años. La pequeña Julia se presentó con una carta de recomendación del alcalde para trabajar de costurera en casa de una familia rica del carrer Ferran. De vez en cuando, vuelve a contar la historia, su historia...

*Mi padre murió joven y mi madre, viuda como era,
pensó que yo era más estorbo que ayuda en el pueblo
y que no servía para cuidar los naranjos.*

Así que me enviaron a mí y a mi hermana, Lupe,

13 Disfagia: dificultad o imposibilidad de tragar.

a la ciudad a cambio de alojamiento.

Los días que libraba, iba a trabajar con Lupe a los pequeños talleres clandestinos del Paralelo...

*Hacíamos vestidos y apaños
para las artistas del Molino, ¿sabes?
Nos pagaban una miseria pero
así pudimos juntar un dinero
para irnos a una pensión.*

A su madre le decían que estaban bien con la doña y le enviaban alguna foto con la cofia...

*Cuando se vino a dar cuenta,
ya lo teníamos todo cosido, y bien cosido.
Yo me ganaba la vida en un buen taller
y me pagaba las clases de modista.*

Su hermana, al igual que Joan, había heredado los pajaritos y la vena artística por parte de madre y pronto pasó de coser lentejuelas a ponérselas como bailarina en una compañía de varietés ambulante.

-Hijo -mala señal cuando alguien te asciende-, ya me queda poco en este mundo. Sufro por Joan. Se va a quedar solo y no sé si aguantará. Ya lo viste, que tuvisteis que sacar-

me de la residencia para que levantara cabeza.

Ahora, las manos de Julia dejan sobre su falda el jersey y las agujas para coser sus dedos se cosen a los míos. Ya suenan las fanfarrias desde el lavabo y Joan no tiene espera. Lleva más de media hora pegado a la taza del wáter y el párkinson no le deja fuerzas para limpiarse. Se me acabó el descanso físico, aunque no el emocional, pues Julia lleva días intentando arrancarme del corazón una promesa de ocho hilos.

-Si tú le ayudas a vivir, yo podré marchar en paz. Lo vas a hacer, ¿verdad?

Miro con ternura a esa madre que utiliza todo su saber para despachar su último pedido.

-Julia, ¿dónde estoy sentado?

-En el lugar de Joan.

-Y muchas veces me siento en tu lugar.

Ahora comprende. La sonrisa de Julia ilumina el comedor y sus manos vuelven a hacer, felices, lo que siempre hicieron: dejarlo todo cosido, y bien cosido.

-¡Ya voy, *company*!

El cigarrillo

Los jardineros del ayuntamiento han dado por inaugurada la primavera. Como cada mes de abril, decenas de jubilados se congregan alrededor de los jardines de Sants para llevarse a casa las plantas de la temporada pasada que los operarios arrancan.

Pero, en Plaça del Centre, no habrá cambio de vestuario, porque el año pasado plantaron lavandas y romero, más resistentes a los avatares de la vida en la ciudad. Antes de empezar mi jornada, me impregno las manos de su perfume, pues el olfato es un sanador poderoso, y el más divino. No tienen más que preguntar a Adán qué pasó aquella tarde de primavera en un banco del Jardín del Edén. Él no sabía que estaba mal contemplar con ojos lascivos un cuerpo desnudo, palpar sus senos o saborear el sexo de su costilla hasta enseñarle el gemido del placer. Cuando su padre los sorprendió, el castigo fue de aúpa y todos los sentidos fueron atrofiados. Todos, menos el olfato.

Antes de llamar a la puerta de Joan, me huelo las manos y pienso que esta casa necesita aromaterapia. Estos últimos días, me preocupa su estado de ánimo. Mientras Julia cose el regalo de despedida a su hijo, éste lucha por recuperar sensaciones. Y qué mejor manera que echarse la mano al paquete del calzoncillo y esperar a que suene la flauta. Yo le repito *cuanto mayor sea el pozo de tu esfuerzo, más pura será su agua* pero él se esfuerza y no hay forma humana de que consiga bombear una sola gota de su interior.

Si el párkinson resulta ser un arma de destrucción masiva para la sexualidad, en el caso de Joan, la cosa se complica aún más. Homosexual confeso desde hace un mes, no hay manera de que se concentre con dos mujeres en casa: su propia madre e Isabel, la cuidadora interina. Por si fuera poco, la chica no para de echar Ambi Pur de garrafa por toda la casa para disimular los efluvios de orina y sudor de Joan, provocando olfatiga a su nariz y un coma inducido a su *sex appeal*.

-Está en su habitación -Isabel respira cuando yo aparezco, pues mi trabajo es su descanso.

-De acuerdo. No creo que salgamos. Hoy toca ducha. Marcha tranquila y coge aire, que ya le iré echando un ojo a Julia -la madre sigue jugando a la esgrima con sus dos floretes de tejer lana.

De la habitación, emerge el Sanctus de la misa en si menor de Bach en la gloriosa versión de Harnoncourt. Si Joan está haciendo lo que yo pienso, hoy tampoco habrá fumata blanca...

-Hola, Joan. ¿Buscando ángeles en el techo?

Su delgada silueta permanece tiesa como un palo bajo la manta. Sin embargo, un leve serpenteo en las oscuras aguas de la franela lo delata: una mano bucea hasta el pene. Sobre el pecho, una foto.

-Nada, ni con foto ni con música. El canario está muerto.

-Pues tendremos que hacerle la autopsia para dictaminar el día y la hora de la defunción.

Desde hace días, sabía que este momento iba a llegar. Una situación como esta pondría en jaque los principios y miserias de cualquiera. En mi caso, tengo un conflicto entre mi escala de valores y la herencia cultural que llevo pegada, lo quiera o no: por una parte, sé que mi prioridad ética es el respeto incondicional a la persona que cuido y eso implica que su dignidad está por encima de todo; por otra, me cuesta tomar medidas creativas que podrían ser mal vistas o criticadas por mi entorno social y laboral. Hasta ahora, he contemporizado a base de bromas porque necesitaba tiempo para vislumbrar el efecto mariposa de los posibles caminos que se me ocurren (incluso, el que

conduce a no hacer nada). Y creo haber encontrado uno, que si funciona...

-Vamos a ver, *company*. Al canario hay que seducirlo antes de darle alpiste. Desde luego, no con una misa, aunque sea de nuestro querido Bach. Oye, ¿qué foto tienes en la mano?

Joan la deja boca arriba. Es el retrato de Adrien, la pareja de su vida.

-¿Me prestas una de esas fotos que os hacíais en vuestros viajes?

El día que me dijo que era homosexual, cosa que ya intuía, me sacó una caja de zapatos con fotos en blanco y negro. Así conocí a ese tipo bajito y de aspecto gitano por el que había perdido los vientos una noche de correrías en el Paralelo. Él fue quien le metió el gusanillo por la fotografía y los viajes.

-Sírvelo tú mismo.

De los pedacitos de vida busco, entre centenares, un instante erótico, una imagen que huelga a sexo. Tal como voy descartando fotos, se las paso a Joan para que las revise. Por fin, encuentro lo que buscaba. En el reverso de la foto, una fecha: marzo de 1972. Y un lugar: acantilado de Sakoneta, Guipúzcoa. Creo que ya tengo la escenografía montada pero me sigue faltando la banda sonora. Adrien es francés

y se me ocurre buscar música en francés de aquella época. No tardo en ubicar un par de casetes de Jacques Brel sobre la estantería, al lado del reproductor portátil.

-Joan, tengo un plan. Lo haremos en la ducha. No, no, no esperes que yo sea tu organillero, que tengo mujer e hijas.

-Pues mira que he conocido a muchos organilleros con mujer y hijas.

-No me tientes, que me las piro.

-¿Y qué propones?

-Ya lo verás. Tú déjalo en manos del Instituto Andrológico Isis.

De camino al baño, Joan dedica una mirada traviesa a su madre, que lo observa con desconfianza. Se parecen bastante. Se conocen demasiado.

-A ver si te cortas el pelo ya, hijo.

-A eso íbamos, señora -acabo de perder parte del factor sorpresa.

Ya, en el cuarto de baño, entramos directos a la ducha. Joan se muestra decepcionado cuando me ve con la máquina preparada.

-¿Y este era tu plan? ¿Cortarme el pelo?

-Tú confía en los expertos. Ahora dime un número del cero al nueve.

-Un roscó, igual que mi hermano.

-Pues un roscó. Voy a buscar un par de cosas y rapamos.

Al poco, aparezco con el radiocasete. La foto va escondida en el bolsillo trasero de mi tejanó.

Como no sé en qué estado habrá dejado la enfermedad el cuero cabelludo, prefiero no arriesgarme y empiezo a reducir la mata de pelo con el número seis de la Philips. Después, paso al cuatro...al tres...al dos...

-Pasemos a la siguiente fase.

Joan no se inmuta. No puede haber decepción en quien nada espera. Su mirada se distrae, perdida en su reflejo, que parece juzgarlo desde las verdes aguas de una baldosa. Por fin, los cabezales del casete empiezan a hablar francés. Ahora es el momento de pasar la máquina de afeitar sin el regulador de corte. Poco a poco, la voz del macho alfa de Jacques Brel penetra en cada poro hasta erizar su vello, mientras yo efectúo movimientos rotatorios al compás de la música sobre la incipiente calva. Buena o mala, la suerte está echada. Sólo cabe esperar que la vibración del aparato haga mella en mi cliente. El sexo, al igual que el hambre, está en la mente, y el cerebro de Joan tiene hambre de sexo, así que practico el masaje una y otra vez por la zona occipital derecha hasta que, por fin, se activan las endorfinas. Lo confirman unos labios que dejan escapar la saliva acumulada.

-Bueno, Joan, el doctor Amor dice que ya estás listo para la fase tres. Hagamos el remojón.

Con la silla de ducha de espaldas a la manguera, dejo que ésta me tome el relevo con el masaje. Sus finos dactilares de agua tibia recorren la columna vertebral de arriba abajo, electrizando el cerebro y conectándolo con el valle de sus nalgas. En ese momento, el pene despierta y llama a su amo, que, presto, acude a darle consuelo.

Mientras se inician las primeras escaramuzas y el vapor se condensa, saco del armario del espejo el esparadrapo y unas tijeras y fabrico cuatro esquinas a la foto del bolsillo.

Ya me dispongo a colocar la foto frente a Joan cuando suenan las inoportunas notas de *La dame patronnesse*¹⁴...

*Pour faire une bonne dame patronnesse
il faut avoir l'oeil vigilant*

-¡Qué malo eres haciendo planes! -Joan, en vez de incomodarse, se ríe por mi torpeza-. No, no, déjala un poco más.

-Joan, que se me va a estropear el invento...

*Et un point à l'envers et un point à l'endroit,
un point pour saint Joseph,
un point pour saint Thomas*

14 *La dame patronnesse* (La dama patrona): Para ser una buena señora patrona / debes estar siempre alerta... / Un punto revés y un punto derecho / un punto por san José / un punto por san Tomás

Entre la ya espesa niebla del baño, corro el riesgo de que aparezca la imagen de Julia, sentada en la tapa del wáter con sus agujas de lana y el jersey de su niño, mientras Joan se masturba. Aunque a éste no le parece importar, yo no aguanto más y avanzo la cinta hasta la canción que buscaba...

*Quand on n'a que l'amour
à s'offrir en partage
au jour du grand voyage
qu'est notre grand amour¹⁵*

La canción no es eterna, así que me apresuro a pegar la foto frente a los ojos de Joan. Éstos se abren como platos.

Por fin, la niebla se lleva el espectro de Julia y aparece Adrien con el torso desnudo y un calzoncillo sospechosamente abultado. Su cuerpo descansa en posición de Maja Desnuda al filo de un acantilado. El mar está rabioso y revienta el verde risco con el envite de sus olas. Las gotas de agua salada salpican la desnudez salvaje del francés, que fuma un cigarrillo y sonríe con picardía a su fotógrafo.

Quand on n'a que l'amour

15 *Quand on n'a que l'amour* (cuando sólo nos queda el amor): Cuando sólo nos queda el amor / por ofrecer y compartir / en el día de nuestro gran viaje / que es nuestro gran amor...cuando sólo nos queda el amor / mi amor, tú y yo / para que exploten de placer...

Mon amour, toi et moi
Pour qu'éclatent de joie...

Los párpados de Joan empiezan a mariposear frenéticamente, seccionando la imagen fija en fotogramas, que ya se proyectan sobre el vapor condensado del cuarto de baño, echando abajo las cuatros paredes. La mano derecha acelera el viaje a aquel Jardín del Edén. El viajero ya vuelve a sentir el frío metal de la cámara fotográfica mientras le ruega a Adrien que pare de moverse o la foto saldrá borrosa. Éste le dice que se deje de fotos y le ofrece un lugar sobre el lecho de hierba fresca. Joan lucha contra el instinto animal y se afana en la tarea. Apenas la acaba, ya se encuentra, con el torso desnudo junto a su amante, dando rienda suelta, ahora sí, a los sentidos. Sus labios recorren cada centímetro de piel francesa, borrándole la sal con las papilas de su lengua. Ahora, descienden por el pecho de Adrien, extrayéndole el encendido palpito de la entrega. Y, por fin, el pene. Joan huele el perfume de su sexo y lo guarda en el tarro de los recuerdos. Después, se lanza de cabeza a coronarlo.

Mientras espero el regreso de Joan al cuarto de baño, aprovecho para limpiar el suelo de la ducha con la manguera y darle la vuelta al casete.

-¡Ay, lo que yo daría por un cigarrillo! –por fin, baja a la Tierra y sonríe.

-¿Te parece poco el que te acabas de fumar?

-No sé cómo darte las gracias.

-Las que usted tiene.

-Y usted que las vea.

Joan vuelve a sonreír con una broma que es muy de su estilo.

-¿Sabes? Creo que te voy a dejar un rato. Estás bien acompañado, ¿no? Le diré a tu madre que vas a probar a ducharte solo.

-Tengo mucho amor guardado.

-Tómalo con calma, que *una flor no fa estiu*.¹⁶ Pero no te pases ahora al sexo tántrico, que soy muy malo mintiendo y, si tardas, la dame patronnesse puede aparecer para pincharte los colgantes con las agujas.

*Oh, mon amor
mon doux, mon tendre,
mon merveilleux amour*¹⁷

Los primeros compases de *Les vieux amants* son un

16 Una flor no hace primavera.

17 *Les vieux amants* (los viejos amantes): Oh, mi amor / mi dulce, mi tierno / mi maravilloso amor... / del claro alba hasta el final del día / te sigo amando / tú sabes que te amo.

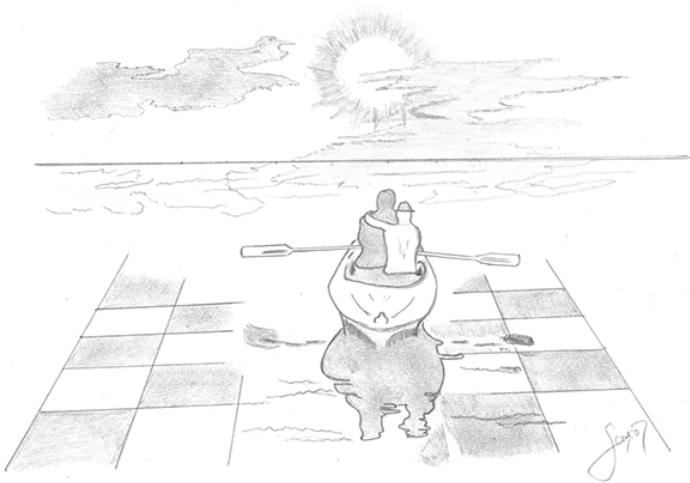
nuevo billete de ida que Joan no va a desaprovechar.

De l'aube claire jusqu'à la fin du jour

Je t'aime encore

tu sais je t'aime

Adrien le espera, quizás, con su cigarrillo en mano, en la estación de Montparnasse, como aquella primera foto del 68 que Joan me mostró. Pero ésa, es otra película.



Los secretos

-Joan no está. Se lo han llevado a urgencias.

Acabo de llegar y las palabras de Enric no hacen sino confirmar mis sospechas. Los últimos días, una infección pulmonar había llevado de cabeza a toda la familia. La ambulancia mal aparcada en el portal a las siete no podía significar otra cosa: hoy no tendré servicio.

-No, no te marches todavía, Isidre. Quería hablar contigo de algo...

-De algo que tiene que ver con tu hermano y no puede esperar, ¿verdad? -los nerviosos párpados de Enric dejan de mariposear-. No te sorprendas, hombre. Está claro que la cosa es seria porque sé que Isabel se ha quedado con él en el hospital para que tú puedas hablar a solas conmigo. Bueno, tú dirás.

-Joan te ha enseñado bien -una sonrisa traviesa desviste el posado de la noticia que se avecina-. Joan no tiene párkinson. Tiene párkinson plus.

-¡Mierda! No sé qué decir... ¿Cuánto le queda?

-Uno año o dos, *a tot estirar*. Pero él no lo sabe.

-Me lo imagino.

-Ni lo ha de saber -ahora amenaza, mientras me pasa una mano por el cuello-.Y, mi madre, tampoco.

-Aunque pienso que deberías decírselo, puedes marchar tranquilo. Se acerca la hora de la comida de tu madre y veo que Isabel no dejó nada listo en la cocina.

No deja de sorprenderme cómo Joan y Enric, siendo agua y aceite, han heredado la misma habilidad para atarme de pies y manos con sus secretos.

-Puedes marchar al siguiente servicio, si quieres.

-Me quedaré un rato más, si no te importa. Necesito masticarlo todo. Esto, no hay forma humana de tragárselo sin más.

Me sabe mal por Enric, pues un secreto no tiene amo sino huésped. Con el tiempo, se convertirá en su negra sombra, una más de las que sobrevuelan el cielo del comedor. Ésta esperará con paciencia a que Enric tome el relevo de su hermano en el sillón y la fruta madure con la carcoma del remordimiento. Después, lanzará su zarpazo final y saldará cuentas hasta hacerle enfermar.

Ahora que me he quedado solo, puedo oír la respiración profunda de Julia, que duerme, alejada de los últimos acon-

tecimientos, en su cuarto. Sentado en el sillón articulado, cierro los ojos para pensar. Y pienso que no necesito, más bien me urge, saber cómo acompañar a Joan, pues no sé si seré capaz de llevar esta losa sobre mis labios hasta el final. Si al menos pudiera compartir el peso con alguien...

-No, Lupe, no lo veo claro. El chico... -quien sí parece tener compañía otra vez es Julia, que, ironías del destino, ha confesado más cosas a la familia con sus delirios que en toda su vida-. *Germana*, nos queda poco tiempo, lo sé.

La curiosidad me hace levantar del sillón y acercarme a los pies de la cama. Quisiera saber algo más de ese chico. Puede que sea alguien que no conozco todavía. Julia morsea con los párpados y labios. En un arranque de tos, abre los ojos de par en par y los planta en mi dirección.

-Hola, Julia. ¿Cómo has dormido?

Pero Julia vuelve al trance que tiene pendiente con su hermana Lupe. Ahora mira a la puerta de la habitación de al lado, donde ésta pasó sus últimos años.

-Pero el chico no está preparado. ¿Tú crees? Isidre no lo sabe. Ni lo tiene que saber, por ahora. Dejemos que Joan se lo diga.

Trampantojo

Hoy ya tenemos en marcha el ensayo general de Semana Santa. Las rondas y vías centrales de la ciudad siguen inyectando el necesario dióxido de carbono al sistema circulatorio, pero en respetuoso silencio. Se diría que los conductores, que cada año tienen pocos días de vacaciones y menos sueldo para pagárselas, ya han empezado el recogimiento y la contrición para convertirse en los costaleros de esas maletas que pesan como un remordimiento.

En los bares de Sants, las hormiguitas obreras le roban el mando a distancia de la tele al camarero y suben el volumen. Después, empinan las antenas para captar la banda sonora de esta época del año, escrita e interpretada por la chica del tiempo y el tradicional *si bebes, no conduzcas* de la DGT.

Esta vez, he decidido dejarme llevar por la corriente y voy a unirme al éxodo de cosmopolitas hacia otros pueblos de la piel de toro. Y me siento culpable porque sé que Dios

no se encuentra en una concurrida procesión sino en la soledad de personas, como Joan.

A él no le hizo gracia saber que me iba a Ávila, pero la verdad es que necesito coger fuerzas, después de las presiones emocionales a las que me he visto sometido en los últimos días, sobre todo, por parte de Enric y su intento de comprar mi silencio con la amenaza de exigir a Serveis Socials que me sustituyeran si revelaba a su hermano su verdadera enfermedad. Pero Joan, al igual que Messi, siempre va dos jugadas por delante de los demás. Los síntomas, cada vez más virulentos, y la ineficacia de las pastillas le habían llevado ya a escribir su propio epitafio. Al salir de su última visita a urgencias, lo primero que le soltó a su hermano fue un balsámico *¿cuánto tiempo me queda?*, que me liberaba del compromiso.

De regreso a su habitación, apagó la luz y puso en marcha el dueto para flauta y arpa de Mozart. Como buen hijo de costurera, se esperó a que la flauta tejiera el bello *andantino* entre las cuerdas del arpa para hacerme su propuesta: *tengo cuentas pendientes y no quiero marchar así*.

Cuando uno decide ser cuidador, se expone a ser el Ciri-neo del que sufre. Por eso sé que en Ávila, aunque mis ojos vean a Cristo en cada una de las estaciones del Via Crucis, mi corazón verá transitar a Joan, subido a hombros de los

costaleros de la Santísima Orden del Párkinson. También pensaré en Julia, esa santa matrona que lo verá arrastrar el leño camino al Calvario sin poder hacer nada salvo abrazarlo.

-Bon día, Isabel.

-Hola, Isidro. Menos mal que has llegado. No sé qué le dijiste el viernes pero Joan no ha salido de la habitación y casi no ha probado bocado. Me pidió que le comprara un bote de pintura de ésas que brillan por la noche y que le quitara todos los pongos¹⁸ de las estanterías. Después, se encerró. Sólo se escuchan cajones y el interruptor de la lámpara, que se enciende y apaga.

-Tranquila, compañera. Le puse deberes. Después comerá.

Joan parece haberse tomado en serio el primer trabajo que le encomendé para poder acompañarlo: busca imágenes que resuman tus momentos más duros, tus miedos. Vamos a trabajar estas cuentas pendientes.

-Isabel, dile a Julia que ya le he enhebrado el hilo. Ella lo entenderá.

De fondo, se escucha el estridente choque de floretes en

18 Objeto inútil, generalmente, regalado, que no tiene utilidad aparente y no se sabe dónde colocarlo. Suele acabar teniendo una función decorativa.

las manos de Julia. Madre e hijo, cada uno desde su rincón de la casa, maquinan su despedida. Y yo, soy cómplice de ambos.

-Hola, *company*. ¿Puedo pasar? -el trajín del interior me da a entender que la obra no está acabada-. Bueno, me espero un poco. Voy a saludar a tu madre.

-No, no. Está bien. Pasa. Ya he acabado... o eso creo.

Al empujar la puerta, ésta hace lo propio con un montón de fotos y pinturas. Uno a uno, los pedazos de vida, caras y lugares que desconozco, han salido de los cajones del armario hasta enmoquetar el suelo. La tarea no debe de haber sido sencilla - nunca lo es-. Son objetos vivos los que voy a tener que pisotear si quiero llegar hasta Joan, cápsulas de un tiempo que habrá visitado por última vez y que el siguiente inquilino de la casa tirará al contenedor de enfrente, pues nadie quiere objetos que hablan de vidas ajenas.

Al verme, Joan esconde las manos bajo la manta, culpables como son del desorden. Con un leve gesto de cabeza, me manda sentar a los pies de la cama.

-Ya sabía yo que no te podías esperar a que yo volviera de comer cochinitillo de Ávila... Cuando se te mete algo en el entrecejo.

-Cuidao, que fuiste tú el que me hinchó la cabeza.

Los ojos de Joan recorren las paredes de la habitación, invitándome a seguirlos. Observo que ha descolgado los cuadros salvo el de sus dos madres, la Julia joven y la octogenaria. En su lugar, seis fotos. Están dispuestas a modo de pasajes de una iglesia. No parecen seguir una línea de tiempo -las fotos en blanco y negro y las de color están mezcladas- y, sin embargo, sé que existe un orden, siempre existe en el caótico mundo de Joan.

-Anda, que me quiero sentar, ayúdame.

Joan se retuerce, se estira como un acordeón hasta conseguir deshacerse de la manta. Después, se agarra de mi brazo y su tronco se incorpora, pivotando sobre el callo del coxis, fruto de las horas de sillón.

-Veamos, discípulo. He aquí una pequeña exposición de mis callos emocionales.

Observa las fotos y el cuadro.

Con Joan nada es lo que parece y ésta no es una exposición sino un laberinto tan retorcido como su creador. Sé a ciencia cierta que, aunque consiga salir airoso, me espera un final por nocaut.

Pero, ¿por dónde empezar si aquél al que ayudo me abandona a mi suerte entre recuerdos que no he vivido?

-Ponte la música que quieras. Que lo vas a necesitar.

Sigo el consejo de mi maestro y elijo, cómo no, la

flauta y el arpa de Mozart. Él resopla un *ya sabía que lo escogerías*. Ante mí, tengo un total de seis fotos, tres a cada lado del cuadro de las dos Julias. Mi primera conclusión es que Joan tiene mucha mala leche -y poco sexo-, pues hay cinco personajes sin lugar y dos lugares, uno de ellos, sin personajes. Así, es muy difícil ubicar a unos y a otros. Está claro que no puedo estudiar el conjunto como si fuera una mera exposición. Siempre hay un enfoque psicológico en las creaciones de Joan. Me inclino a pensar que las fotos de la izquierda son un conflicto emocional, y las de la derecha, otro. Estando en el centro, Julia representa el nexo de unión entre ambos.

El grupo de la izquierda está formado por la foto de un sacerdote rodeado de niños, un seminario -a juzgar por los portones coronados por una cruz y custodiados por las banderas de una orden religiosa y la franquista-, y la estampita de un Cristo de brazos cruzados sobre el corazón. Lo llamaremos grupo religioso.

El grupo de la derecha es el familiar. Está formado por la foto de un hombre, sin duda, el padre, pues es la viva imagen de su hermano; la de una plaza de pueblo, con una fuente de dos bocas con un santo en su vértice; y la foto de una mujer que, por el extraordinario parecido a Joan y su madre, podría ser Tía Lupe.

-Joan, si salgo de ésta, ya me puedo jubilar. Veamos: creo que hay dos deudas pendientes. Tengo algún indicio de una de ellas pero, de la otra, ni idea. Me tendrás que dar alguna pista, maestro.

-Apaga la luz y verás.

Si tenemos que quedarnos a oscuras para ver, es que todos estamos ciegos. Poco a poco, a medida que mis ojos se desintoxican de la luz de la lámpara de tela, aparecen finos trazos de pintura luminiscente sobre los personajes y escenarios de las fotos. Sé cuánto tiempo -dos días y tres noches-, pero no alcanzo a imaginar cuánto esfuerzo le habrá costado al pulso de Joan controlar los temblores del párkinson para crear este nuevo conjunto pictórico.

Su significado oscuro e inquietante. Es evidente que la música de Mozart ya no cuadra con la obra, así que le doy al stop -hay momentos que no necesitan banda sonora, y el que estoy viviendo merece un largo silencio-. Joan sonrío, pues sabe que ahora estoy entrando en el verdadero laberinto. A medida que proceso los cambios, mis pensamientos basculan de la inquietud al temor. Ahora que mis manos y pies se congelan, empiezo a comprender: Joan, a su manera, ha creado un trampantojo para decirme que aquello que la gente ve o siente respecto a él no coincide con la realidad.

Si la manta oculta las divinas manos del artista, la más-

cara de su inteligencia y don de gentes se las ha apañado para esconder sus demonios. Hasta ahora, que tomo conciencia de su encargo: quiere un análisis profundo de los sentimientos de culpabilidad que los traumas le han causado. Así que me dispongo a realizar una nueva autopsia en busca de esas llaves y cerrojos que no había podido ver hasta ahora...

Tenemos un conjunto de seis cuadros y el retrato de Julia.

De izquierda a derecha, tenemos al Cristo de la estampita, que ha estirado los brazos, convirtiéndose en el Cristo del Tibidabo. Sobre la palma de sus manos, sendos fajos de libros que se empeñan en robar la horizontalidad a los brazos que los soportan (cerrojo uno: Joan recibió una educación en una institución religiosa, donde sufrió numerosos castigos, quizás por su rebeldía natural).

La segunda pintura, el seminario, aparece con la silueta coronada por una cruz, ahora, invertida. Las dos banderas del frontispicio siguen haciendo guardia. En el interior del edificio, dos estancias: un gran dormitorio repleto de literas y niños; una estancia pequeña, adjunta al dormitorio, donde yace un sacerdote con los ojos abiertos. Los niños están dibujados en zigzag y sus labios muestran miedo. La habitación del sacerdote está llena de dibujos fálicos y símbolos

contranatura (cerrojo dos: Joan estuvo en un internado y sufrió maltrato o abusos sexuales, al igual que otros compañeros, por parte del sacerdote, quien nunca duerme. El lugar de los hechos es su pequeño cuarto).

Si yo fuera Julia, me inquietaría al ver que el conjunto *religioso* que tengo a mi izquierda se completa con el dibujo del sacerdote, ahora dotado de una cornamenta de cabrío, una cola, y un gran falo. El engendro agarra por el cuello a un par de angelitos, uno de ellos muy alto. Así señala Joan al culpable de los abusos sufridos.

No es un detalle menor, y menos en este caso, que la bandera del águila franquista aparezca, luminiscente, a un costado del portal, al igual que la de la orden religiosa. Joan denuncia el pacto de silencio entre la Iglesia y el régimen, un paraguas bajo el cual se ocultaban los atropellos impunes y sistemáticos a un pueblo en el limbo entre la posguerra y la predemocracia.

-Joan, ¿quieres explicarme las tres primeras pinturas de la izquierda? -debo saber si voy por el camino correcto...

-¡No! Al final.

Detecto en la ondulación de ese *¡no!* que quien habla no es Joan sino el fin de la inocencia y el comienzo de una vida que se invirtió como la cruz que contemplaba en la pared del pequeño cuarto mientras el monstruo de la so-

tana lo penetraba. Ahora quisiera estallar y gritarle que si no me da más detalles, dimito, pero no debo, ni puedo, pues, el misterio ya me ha atrapado y sólo puedo huir hacia adelante, acompañando a este rostro en la oscuridad, que amenaza con hacer estallar la esclusa de sus lágrimas.

-¿De verdad que no quieres explicarme...?

-¡Al final, he dicho!

-Vale, vale. Sigamos, pues.

En el centro, el retrato de las Julias ha sido contorneado sin más. Ningún rasgo interior está resaltado (este cerrojo queda para el análisis final).

A su derecha, comienza el grupo del conflicto familiar la figura del padre. El trazo del pincel está muy marcado, como si Joan quisiera señalarlo con el dedo. Incrustados en la cara, dos cuencos negros y profundos y unos labios enfadados. A sus pies, una mujer arrodillada que llora y alza los brazos. Es Julia, que implora clemencia. No hay contacto físico entre ellos, tampoco objetos o señales de maltrato (cerrojo tres: el padre es el detonante de un trauma; y llave uno: él no es el que lo inflige. Es un alivio descartar al padre como abusador).

Para la siguiente imagen, el artista ha escogido el pincel más fino. Es una obra de puntillismo con el paisaje del pueblo y su fuente. El cuadro parece cobrar vida gracias

a su claridad y nivel de detalle (llave dos: el pueblo es un buen recuerdo para Joan, seguramente, el lugar de veraneo habitual). Al lado de la fuente, Joan ha incorporado a un niño que, abrazado a la cintura de una mujer, sonrío. Ella, también lo envuelve pero con la mirada apuntando al cielo. Deduzco que es Tía Lupe que, al igual que su hermana, Julia, es consciente del injusto internamiento de Joan. Ella intenta disimular delante de él, porque el pueblo ha de seguir siendo un refugio, una tregua y nada, ni nadie, han de mancillar esta foto de infancia.

La séptima y última pintura es la más enigmática. En su versión diurna, era la foto de Tía Lupe y, sin embargo, Joan ha dibujado a Julia en su lugar, en pose de virgen renacentista. Una especie de aura envuelve el semblante de delicados trazos. La *finezza* de Joan alcanza su máxima expresión en la bondad de los ojos y el perfil de unos labios amorosos que vierten su amor sobre una cuna vacía (llave tres: Tía Lupe -o Julia- recordará a Joan como aquel niño cariñoso que voló del nido, exculpándolo de todo mal y travesuras).

-*Company*, esto no me lo has puesto fácil. Pero no esperaba menos de ti.

Tengo la impresión de haber realizado un análisis a la altura de las expectativas, pero aún no he conseguido

editar las imágenes diurnas y sus homólogas nocturnas y convertirlas en fotogramas de una sola película. Me temo que Joan quiere solucionar muchas cosas de un plumazo y no va a ser posible. Ésta será la primera de varias sesiones de psicoterapia y coaching espiritual.

-Tú dirás.

-Te confieso que, por más que lo intento, no sé relacionar los dibujos de la izquierda con los de la derecha. Puedo intuir que tu padre es causante de tu internamiento y que Julia y Tía Lupe no estaban de acuerdo. No encuentro explicación al retrato de Julia, allí en medio de todo. Es el único que has perfilado lo justo para que brille. Ni siquiera te has molestado en dibujar el interior de la cara. Tienes cartas guardadas y ya es hora de que las empieces a mostrar. Lo podemos hacer con luz o así, a oscuras.

Joan no habla pero sé que ha elegido la noche para iluminarme a la vez que esconde sus lágrimas.

-Recuerda que no voy a juzgarte, sólo voy a poner un poco de aceite a la bisagra de tu corazón para que lo abras a tu ritmo.

-En mi partida de nacimiento pone que nací en Barcelona, y no es verdad. Yo nací no sé dónde y vine a Barcelona a los pocos días. Julia y Albert -es la primera vez que Joan pone nombre a su padre- me inscribieron. Antes, uno

podía decir que había parido en casa con la ayuda de la vecina, ¿sabes? Enric nació a los dos años. Los primeros tiempos fueron buenos: yo iba a un colegio del centro y tenía buenas notas. Pero pronto pegué el estirón y empecé a hacerme el machote con los demás. En clase, los profesores me castigaban haciéndome repetir la lección como un loro y yo los castigaba cambiándole la letra al himno o durmiendo en las horas de misa.

-Vamos, que no eras, lo que se dice, una joya.

-Y mi padre se enteró.

-Pero no te pegaba, ¿verdad?

-Pues, no, pero hizo algo peor.

-Te mandó a un seminario. ¿No querías caldo? Pues toma dos tazas.

-Y me mandó lo más lejos que pudo para que no tuviera la tentación de escaparme a casa, ni mi madre de ir a buscarme.

-De ahí las peleas entre ella y Albert...

-Eso es.

-Joan, hasta aquí es lo que he podido extraer de tus imágenes. Además de los abusos y castigos en el seminario, claro. ¿Quieres hablar de ello?

-Mejor dejarlo para otro día.

-Llevas toda una vida dejándolo para otro día...

-No sé cómo seguir.

-Empieza por esa fuente en la plaza del pueblo. Es un buen recuerdo de infancia, ¿no?

-Sí que lo es. Todos los veranos, me iba con Tía Lupe al Castell de Guadalest, en Alicante. ¿Sabes? Allí empecé a pensar que algo no iba bien. Mis padres se quedaban con Enric, y yo, desterrado con mi tía. Decían que el aire de la Marina Baja me templaría el carácter.

-Y pensaste que...

-Por alguna razón, mi padre no me quería.

-Entiendo. ¿Y qué me dices de la última foto, la de Tía Lupe? La has transformado en un gran dibujo de Julia. El amor por ella está fuera de toda duda. Siempre ha velado por ti. Ella intentó que no te internaran. Nunca he visto fotos de tu padre por la casa. Supongo que Julia nunca le perdonó lo que hizo. Y tú tampoco.

-Lo peor que le puede pasar a un niño es no saber el porqué de las cosas.

-Y no lo supiste hasta más tarde, quizás cuando tu padre murió...

-Mucho más tarde. Cuando Albert falleció, Julia llamó a Tía Lupe, que ya estaba demasiado vieja para subirse a los escenarios. Ella se instaló en su habitación.

-Sí, la misma habitación que no quisiste que ocupara

nadie cuando tu tía murió, aún a riesgo de perder a todas las interinas de Barcelona. Suerte que Isabel se conforma con el cuartucho que le dejaste.

-Es verdad. Una santa.

-¿Por lo de la habitación o por aguantarte? -el humor es buen ungüento para un corazón inflamado.

-¡Qué malo eres!

-He tenido un buen maestro. Y después volviste tú. ¿Por qué? ¿Te dejó Adrien?

-No, fui yo. Él supo desde el principio lo de los abusos y me ayudó a disfrutar del sexo pero yo no puede superarlo del todo y un día seguí mi camino.

-¿Y te dejó marchar?

-Lo entendió. Él podía escuchar mis preguntas pero no podía darme las respuestas que yo esperaba encontrar en esta casa.

-¿Y te las dieron Julia o Tía Lupe?

-No fue nada fácil. Enric lo complicaba todo. Con él, siempre por casa...

-¿Y por eso le odias?

-Yo no le odio. Más bien, al contrario.

-¡Quién lo diría!

-Él también es esclavo de los secretos. Me sabe mal pero no sabe la verdad, y así ha de seguir.

Joan hace ademán de pasar una mano por mi cuello, como hiciera Enric, y antes, Julia.

-No, no hace falta que me ahogues, hombre, que soy un tumba. Pero él también juega a esconder cosas, como tu enfermedad.

-Lo sé. Todos sabemos jugar en esta familia pero es mejor que esta última mano la gane él. A veces, conviene perder.

-Ahora no te sigo, Joan.

-Quiero que en mi esquela de la Vanguardia escribas: *Aquí yace Joan A. R., un hombre que no aportó ningún cambio significativo a la Humanidad, pero tampoco la empeoró.* No me puedo ir dejando odio y culpa como herencia. Este será el último secreto de mi familia. Y si algún día escribes mi historia, más te vale cambiar los nombres y lugares.

-*Capito*. Si hace falta, te pondré falda y peluca para que permanezcas en el economato.¹⁹ Pero el secreto no morirá contigo. Desengáñate, porque lo único que vas a conseguir es que tu hermano sea un eterno buscador, como lo has sido tú. Peor aún. Él sí que no podrá encontrar respuestas a su desasosiego cuando ocupe tu sillón. Y te odiará. Y el odio lo contagiará a su descendencia, que también intentará bus-

19 Permanecer en el economato: léase, permanecer en el anonimato. Expresión acunada por Gomaespuma, un dueto de humoristas.

car respuestas. Como ves, no comparto tu idea. Si quieres marchar en paz, habla con tu hermano. Él sufrió tu pérdida cuando tú estabas en el internado y quiere quererte.

-Ahora sé que porqué estás aquí conmigo. Para joderme hasta el final -Joan se ríe ajeno, por un instante, a los fantasmas luminiscentes.

-¡Qué cansado estoy de los artistas! Pero no nos vayamos del tema, Joan. Prosigue con tu confesión, que estamos en semana santa y aún nos quedan unas cuantas estaciones de tu Vía Crucis.

-*Como decíamos ayer*,²⁰ volví a casa, pero Julia y Tía Lupe siguieron con la boca cerrada por no hacer daño a Enric.

-El mismo error que ibas a cometer tú, ¿verdad?

-*Touché.*

-¿Y cuándo lo supiste?

-Tía Lupe se moría, embriagada por años de culpa y alcohol barato. Un día, me la encontré en su habitación discutiendo con Julia a grito pelado: *¡Lo ha de saber! ¡Lo ha de saber ya!*

-Y tú entraste...

20 *Como decíamos ayer*: Fray Luís de León (1527-1591), el gran humanista, regresó a su cátedra de Historia en la Universidad de Salamanca con esta expresión, después de cinco años de estar en prisión por traducir fragmentos de la Biblia, en concreto, el Cantar de los Cantares, a la lengua vulgar.

-Entré de un portazo que casi tiro a Julia al suelo. Hicieron que me sentara, como estás tú ahora, ¿sabes? Y me dijeron que Enric no sabía, ni debía saber nada de lo que iban a contar.

-Y te pusieron una mano al cuello para que no se te olvidara. La táctica me suena.

-¡Ja! ¡Muy gracioso! Así no se puede trabajar, Isidre...

-Vale, ya me callo.

De repente, escucho los pies de mi compañero que buscan la horma de sus zapatillas de microfibra. y noto cómo el colchón de la cama desciende bajo mis nalgas cuando se levanta. Sus dedos palpan, de memoria, el mueble y cogen un pequeño objeto. Lo siguiente que recuerdo es un pincel invisible que empieza a escribir sobre el cuadro de las dos Julias cuatro letras: L U P E.

-Joan. No entiendo.

-Enciende la luz.

-¡Mierda! –me siento culpable. No he sabido frenar mi curiosidad y el Joan que ahora sostengo es un reo al que he intentado arrancar la confesión. ¡Y a qué precio! Joan llora, desconsolado, desmaquillado. Sus piernas se tambalean, amenazando con desplomarse el castillo de metro noventa.

-Ve a la habitación de Julia.

-Pero, primero, te llevo a la cama, *company*.

Los escalofríos se ceban conmigo camino a la habitación de Lupe. Acabo de dejar a Joan cubierto con su sudario de franela y temo encontrarme con el espectro de su tía, cuando empuje la puerta. Pero antes de abrirla, cojo aire y llamo, porque es un lugar sagrado. Desde el comedor, la voz de Julia -que me debe de haber saludado al pasar- parece advertirme de algo, pero ya es demasiado tarde. La puerta se ha abierto. Ante mí, no hay una habitación sino un santuario. Sobre el mueble de la cama, varios premios y recuerdos de las giras. Decenas de desconocidos sobre escenarios de poca monta cuelgan de las paredes. Sin embargo, entre el ocre del tabaco que las ha colonizado, observo un único espacio blanco de cuarenta por sesenta. Aquí hubo un cuadro. Pero sigo sin comprender o... no quiero comprender. La idea que se está fraguando en mi interior me abruma hasta el ahogo. De pronto, las fotos y dibujos de la habitación de Joan empiezan a cobrar sentido. Ahora, he de volver con él lo antes posible. Ajeno al resignado llanto de Julia, cruzo el comedor y el pasillo, en busca del antiguo huésped de ese cuadro.

-Joan, no me lo puedo creer.

-Descuelga el cuadro de la pared y acércamelo... gracias.
Las manos de Joan se abren para acunarlo.

-Este cuadro no es de Julia sino de Lupe. ¿verdad? Y tú

te lo trajiste a tu habitación cuando ella murió.

Sus ojos miran al cielo de la habitación como si pidieran permiso para descender a cámara lenta y encontrarse con los míos. Del reverso del cuadro, extrae una foto y me la ofrece con un pulso firme que contrasta con su trémulo cuerpo, que ya empieza a entrar en fase off del párkinson. Es Lupe, sentada sobre una cama de hospital. En sus brazos, sostiene a un bebé recién nacido.

-Esta es la foto que me dio aquel día que entré en la habitación. La sacó de debajo de la almohada. Se la hizo Julia, el mismo día que Lupe le hizo prometer que me cuidaría. Fue el único recuerdo que tuvo de su hijo en sus giras, lo primero y último que besaba cada día. Isidre, Lupe es mi madre.

-Joan, no sé qué decir...

Ni falta que hace, porque Joan ya vuelve a ser el niño de la foto. Ahora, repasa cada rasgo, cada contorno de Lupe. Y sonrío. Sí, sonrío y llora al mismo tiempo. Madre e hijo se acarician y besan lejos de este maldito mundo que los separó. Yo me retiro y les dejo solos para que recuperen el tiempo perdido. A partir de ahora, guardaré la foto de este reencuentro bajo mi almohada para asegurarme de que, el día que muera Tía Julia, alguien corra a escribir en una esquila de la Vanguardia que Julia R. M. fue una mujer que

sí consiguió hacer algún cambio significativo a la humanidad con minúsculas.

Último acto

Son las 22.50 de un 22 de junio. Este año, el tórrido comienzo de verano asegura que la verbena de Sant Joan será una noche de almas en vela. En el carrer Comtes de Bell-lloc, el calor derrite la intimidad del vecindario, dejando al desnudo las ventanas. Desde la acera de enfrente del edificio de Joan, a merced de oídos insomnes y abochornados, se pueden oír las apneas -esas hijas nunca reconocidas- y, de paso, los trapos sucios de cada casa que duermen sin sábana.

En el balcón de una cuarta planta, una pequeña farola de pared se inclina sobre una mesa de madera de teca, maltratada por la intemperie y las copas derramadas. Esta veterana, que hace tiempo perdió un taco, disimula su cojera apoyándose en el enrejado de la barandilla. Sobre un improvisado tapete, bailan tres copas de cava Parxet, una coca de frutas de medio quilo y un cenicero. Completando el perímetro de la mesa, tres sillas y Joan, el vecino de las

piernas largas. ¿Quién puede sospechar que ésta será la última noche que sus rodillas se desollen con los bajos del tablero? En media hora, saldrán de la casa para no volver.

En la quietud de la noche, Joan huele la piel de un cigarrillo antes de encenderlo. La primera calada destensa ligeramente unos maxilares que llevan días mascando la tragedia. Ahora, la mirada *joaniana* abre el zoom para realizar una panorámica del barrio. Sus ojos trascienden las hojas del platanero de la acera opuesta y se plantan en el jardín de lavanda de Plaça del Centre. Allí, dejan que el humo negro expulsado por las narinas se concentre para poder proyectar el holograma de una hoguera.

Cuando ésta aparece, la rodean tres generaciones de vecinos, que han trabajado, codo con codo, durante un mes, para recoger y apilar muebles viejos y palets. Con las caras encandiladas, se abrazan, satisfechos, renovando así sus lazos de barrio obrero ante el fuego purificador.

Joan se suma al corro. Ahora, vuelve a ser el niño que celebra su santo con los compañeros de trastadas, Lluc y Julián. Los tres se retan a saltar por encima de las astillas ardientes que se desprenden, ante los ojos inquisidores del vecindario. Orgullosos de la proeza, se retiran a un rincón de la plaza para celebrarlo con un furtivo caliqueño.

De pronto, el estruendo de unos petardos en la papelera de la esquina reactiva el parpadeo de los ojos de Joan y la hoguera se esfuma. Su cigarrillo, sobresaltado por la gamberrada de los críos, deja caer las brasas del recuerdo sobre el cenicero de los días perdidos. Joan sonríe con ironía. Contempla el montículo de polvo gris que ya rebosa, al tiempo que se vuelve a llevar el cigarrillo a la boca para aspirar el último hálito de nicotina. Éste lo dedica a Adrien.

Ahora, coge una bobina de celuloide titulada *Mon petit amour* y la acopla en su proyector emocional de ocho milímetros y espera a que el humo del cigarrillo haga el resto. Poco a poco, sobre la densa niebla, se proyecta una Plaça del Centre en estado líquido. Los adoquines parecen hundirse bajo aguas marinas, y los bancos y quioscos navegan, sin ancla ni capitán, rumbo al horizonte del carrer Vallespir, hasta convertirse en destellos bajo la gran luna de agosto. Del blanco faro, la noche recorta una negra silueta. Es una barca de pescadores que baila al son de las excitadas olas. Un plano más corto descubre a un Joan que, húmedo y trémulo, se enfunda el abrigo de piel de Adrien y su pátina de labios salados sobre la espalda. Muy cerca, las luces de una patrulla de la Guardia Civil busca a los dos ladrones de barcas. Éstos se apresuran a intercambiar las arras y ruegan a la diosa Selene que no se demore en consagrarlos bajo las

estrellas de Cadaqués.

De nuevo, los terroristas, que ahora bajan por la otra acera, irrumpen en la sala de cine con sus petardos. Joan se aferra a los remos de su sueño y huye, con Adrien, mar adentro, más adentro. Por un segundo, los amantes consiguen eludir los poderes fácticos, pero el olfato es un rastreador implacable y no tarda en ensumar el olor a pajueta de la pólvora que sube de la calle. El humo se cuele por la rejilla del balcón, dando la extrema unción al humo del último cigarrillo que Joan fumará. Éste se seca las lágrimas con kleenex y, con los ojos aún irritados, mira a la plaza y vuelve a llorar. La barca se ha hundido, y con ella, Adrien.

Uno a uno, los adoquines resurgen de las aguas y vuelven a ocupar su lugar preciso en la cuadrícula de la plaza. El soñador contempla la forma rectangular de las piedras acostadas. Con amargura, piensa que, bajo estas lápidas sin nombre, las larvas depredadoras del olvido ya habrán empezado a roer su último recuerdo.

Mañana, muchos vecinos declararán que fue el difunto del cuarto piso, que enloqueció por la enfermedad, pero sólo Dios sabe que, en esta noche de autos, va a ser la rabia, quien los arrancará de la cama, al grito de *J'arrive! J'arrive,*

*Adrien.*²¹ Las lágrimas de Joan humedecen la lava de saliva que el golpe de voz ha exorcizado. Ésta se precipita, en cascada, por el escote del polo, dejando el paso franco, a través de sus cuerdas y resonadores locales, a la canción de Brel, que entra en bucle:

*-De chrysanthèmes en chrysanthèmes
a chaque fois plus solitaire...*

Ironías de la vida, la nini del quinto es la primera en asomar la cabeza y maldecir el acento francés de seminario.

*-J'arrive, j'arrive.
Mais qu'est-ce que j'aurais bien aimé
encore une fois prendre un amour...*

De tanto en tanto, algún perro, muerto de calor, se anima a adecentar la interpretación haciéndole los coros al grito de *j'arrive, j'arrive*. Abajo, los gamberros del pim pam pum, inician su retirada calle arriba, antes de que los labios de las ventanas escupan el aceite ardiendo de su rabia sobre sus cabezas.

De pronto, se oye un golpe bajo que impacta en el diafragma de la canción, dejándola sin aire y sin trino. Joan

21 J'arrive: (trad.) ya llego, ya llego.../de crisantemo en crisantemo / cada vez más solo .../ Ya llego, ya llego / cómo me gustaría volver a tener otro amor ...

se lleva la mano al pecho, que le duele como nunca. Es su corazón, que tiene prisa por morir. Es un corazón sin poesía. Y Joan, que se retuerce sobre la teca de la mesa, una poesía sin corazón, pues nada más puede ganar y a nadie más puede perder.

Poco a poco, Joan recupera el aire y el compás. Después, mira hacia atrás y se siente feliz. Hoy marchará sin deudas: las paces han sido hechas con su ahora primo, Enric –y antes hermano, como reza la nota de suicidio que se ha enviado a sí mismo y que Enric encontrará en el buzón en un par de días-; también, se ha despedido del chico raro del ayuntamiento que lo ha cuidado, al cual exculpa, en la misma nota, con un *mi suicidio no fue un acto de cobardía sino el último derecho que ejercí como persona, pero Isidre no me compró la pastilla.*

Acto seguido, Joan golpea con los nudillos el cristal de la puerta corredera del balcón. Parece mentira, pero el oscuro interior de la casa suena a hueco desde que Julia le acabara el jersey. Isabel, que hoy tiene la noche libre, ya empezó a mudarse, en secreto, a su futuro hogar de interina. Así acaba el juego de las personas cuidadas y cuidadoras. Unas pierden y otras, se retiran para no perderlo todo.

Ahora, Joan respira hondo y repasa el guión. Como un Siegmund wagneriano, visualiza el escenario y se imagina

al distinguido público en paños mejores. Éste se apresta a tomar asiento en los palcos del edificio, ansioso por presenciar el nuevo espectáculo -uno más- de su curioso vecino. Las valquirias ya cabalgan en la ambulancia que el artista llamó hará un cuarto de hora. En unos minutos, Joan se sacará del bolsillo derecho la pastilla, tan pronto como la sirena relinche en el portal y él pueda tirar las llaves por el balcón.

Sólo entonces, tendrá lugar el acto, su último acto. Nada puede fallar. No debe fallar. Si la dosis de veneno es excesiva, el suicida saldrá con los pies por delante, sin haber podido disfrutar de las caras estupefactas ni del aplauso del vecindario. Si se queda corta, sufrirá la doble condena de seguir muriendo cada día y esperar a que la próxima neumonía le encharque los pulmones en una cama que no es la suya.

Por fin, se escucha el *cantus firmus*²² de la sirena, que sube de la Estació de Sants. Al poco tiempo, la ambulancia encara el carrer Comtes y no tarda en presentarse con sus luces y fanfarrias ante el número que reza en la pantalla del conductor. Éste desciende a toda prisa y extrae la camilla de la parte trasera -porque, según la llamada recibida en

22 Cantus firmus (lat.): canto fijo. Base melódica que se utiliza en la polifonía.

emergencias, el enfermo parece sufrir un ictus cerebral-. Mientras, el copiloto se dirige al interfono y presiona el número cuatro. Nadie responde. Vuelve a insistir, sin éxito, y decide volver al vehículo a comprobar la dirección. Algún vecino, viendo el apuro del chico, le hace señas de que mire hacia arriba.

-Allí tienes al cabrón, tan tranquilo, tomándose una copa de cava. Os ha tomado el pelo. Con la de gente que necesita ayuda...

En el balcón, unos dedos tantean tímidamente el borde de la baranda y observan el precipicio.

-Hola, ¿me puede abrir, por favor?

El enfermero resopla con alivio al oír el choque metálico del juego de llaves contra la barandilla del balcón. Pero las llaves no acaban de llover. Joan se está despidiendo de aquel niño seminarista que, asustado, entonaba el salmo *De profundis clamavi ad te domine*, cada vez que chirriaban las bisagras de la puerta del sacerdote.

-¡Me abre o llamo a los Mossos, usted mismo! Tenemos un código ictus con su dirección.

Por fin, el Joan artista se sacude la cabeza y toma las riendas del espectáculo. "Nada puede fallar. No debe fallar", se repite. Por la barandilla, asoma un puño. Joan contempla cómo, lentamente, su mano se deshoja. Piensa con ironía

que, cuanto más cerca está de su muerte, más vivo se siente. Al fin, las llaves caen sin remedio a los pies del enfermero. Ahora, Joan se lleva la mano al bolsillo del pantalón y extrae seis pastillas, variopintas en color y forma. Después, las pasea sobre la cuerda floja de su labio inferior. Joan siente el vértigo del triunfo y sonríe, satisfecho. Una a una, las pastillas caen en su boca. Finalmente, el artista alza la copa de cava, brinda por los ausentes:

-¡Mucha mierda!

A las 23:00, tal como hará constar en el parte el enfermero, el equipo accedió al domicilio, con las llaves que alguien lanzó. En la única zona iluminada, encontramos el cuerpo del paciente, que presentaba convulsiones. Al no corresponder con un cuadro de ictus, se procedió a encamillarlo para su traslado urgente. A la salida del edificio, el paciente pareció recuperar la conciencia, pues, por unos segundos, abrió los ojos, se giró hacia los vecinos y sonrió. Pero, al introducirlo en la unidad móvil, los volvió a cerrar. Ya, en la esquina del carrer Comtes y Berlín, el sujeto Juan A. R. dijo mamá y falleció. Hora: 23:06.

Poco a poco, las luces de las ventanas y balcones del carrer Comtes caen en el sopor de la noche. Ahora, toca roncar y recoger horas de sueño para gastarlas en la ver-

bena. En Plaça del Centre, los equipos de limpieza del ayuntamiento ya han empezado a dar manguerazos a los chicos del pim pam pum, que no se quisieron perder el espectáculo, y a los ya borrachos que, sobre las lápidas de la plaza, mañana bailarán y echarán el hígado a la salud de los muertos.

En el balcón del cuarto piso, la farola permanecerá encendida ésta y la noche de mañana, para acompañar a una mesa de teca sin taco y tres sillas huérfanas, en su primer Sant Joan sin Joan.

ANNA

Anna en su matrioska

Algunas veces, me da por bajar un par de paradas de metro antes de mi primer servicio, no porque sea masoca y quiera añadir más kilómetros a los que me pateo cada día de domicilio en domicilio, sino porque me ayuda a detectar los cambios del barrio. No se imaginan todo lo que se llega a aprender al respirar hondo y oler el entorno de las personas que atiendo, al palpar el estado de ánimo del ecosistema que forman familiares y vecinos. Y es que cada distrito de la ciudad -y cada calle, a veces- tiene sus propios códigos para describir la realidad. Porque la realidad, al igual que la verdad, no es igual para todos. Más bien, va por barrios. Lo real es aquello que está cerca y te afecta en tu día a día. Es el lloro del bebé del quinto

porque sufre cólicos cada madrugada, el portazo que suena a *quinto levanta*²³ del vecino que se va a trabajar a las seis, el buenos días de quien amas. Pero también la barrendera que pasa silbando una copla hasta que para a tomar el café en el bar de tu esquina, los currelas de pico y pala que te abren un boquete en la acera que te obliga a hacer rally con el carro de la compra.

Y esta realidad cambia. Las situaciones se transforman, la gente se mueve -conocí alguien que decía que el tiempo no pasa, somos nosotros los que rodamos-. Así, llega el día en que a la barrendera la cambian de zona y las obras de la acera se acaban. También pasará que el bebé del quinto se eche novia y emigre a llorar a otro barrio, que el vecino se jubile o que quien te ama, Dios no lo quiera, se haya hartado de tanto ruido y te haya dejado un piso en silencio, llevándose el besito de la mañana que lo habitaba.

Llamadme raro pero hoy vengo dos horas antes. Mi planning es un piso de alquiler y, como tal, unos vienen y otros van. Aunque parezca que nunca marcharán, tarde o temprano, cambia mi realidad: algunos se mudan a la propiedad²⁴ que han comprado a plazos durante años, otros ingresan en alguna residencia o sociosanitario, dejándome

23 Toque de corneta militar para despertar a la tropa.

24 Nicho.

unos boquetes de tiempo libre enormes -ríete de las obras de la calle- entre los servicios que resisten hasta que lleguen nuevos inquilinos.

Y vengo temprano porque el barrio ha entrado en una etapa de cambios profundos de pronóstico incierto. La situación política en el país ha empapelado las fachadas y farolas con mensajes de *Som República*, *Llibertat presos polítics* y *Cataluña es España*. En la sociedad catalana, que siempre ha sido plural y tolerante, a raíz de los acontecimientos de estos últimos meses, se están produciendo grietas emocionales. No hay más que ver la guerra de banderas *estelades* y españolas en los balcones y ventanas. Y me dirán que es pluralidad y que todo sigue igual pero, a la mínima que rascas, ves disputas vecinales y la ley del silencio en las reuniones familiares. Pero la vida es conflicto y no tomar partido es tomar partido. Lo sé muy bien por mi trabajo. Hay tres tipos de usuarios a los que atiendo: los que dicen que sí, los que no dicen nada y los que dicen que no. Aunque lo pases mal los primeros días, prefiero las que se niegan a todo porque sabes qué piensan y qué sienten. Las que dicen que sí no siempre sabes si realmente quieren decir que sí y las que no dicen nada nunca sabes por dónde estirar del hilo para sacarlas de su letargo.

Camino ya de mi primer café, me suena el bolsillo. Es un mensaje con un servicio para ya
-¿cómo saben que ya estoy en el barrio?

Servicio de sustitución

9:00-10:30

Alberto A.

Hombre de 40 años.

Silla de ruedas.

Precisa higiene.

No quiere a hombres cuidadores.

Convive con Ana B.

Las dos últimas líneas me provocan un ligero hormigueo en la nariz y esto, en mi caso, acostumbra a ser mala señal. Como ya peino canas, no tardo en devolver el correo con dos preguntas:

¿Quién es la cuidadora habitual?

¿Lleva tiempo con este usuario?

Dolores D.

Hace tres años.

¡Lolita, claro! Ahora ya puedo arrascarme la nariz con ganas, pues el hormigueo está justificado. La Loli es la compañera que está de baja por depresión. Ya hacía tiempo que no venía a las reuniones de coordinación grupal que realizamos cada mes los trabajadores familiares. Tampoco ha contestado el correo que le envié porque ya me olía algo.

A medida que mis pies se acercan al portal mis ojos escalan la fachada de un edificio de protección oficial bastante desmejorado, jugando a adivinar cuál es el balcón. Es un edificio lleno de banderas catalanas. El juego no tiene emoción porque la ley de Murphy dice que será el único balcón del que cuelga una flamante bandera española. Es el tercer piso, el de la esquina derecha. Desde abajo, parece un ser atrapado en tierra hostil. Colgado de la alcajate de su pared, otro ser atrapado entre barrotes de alambre pía su miserere a las vecinas palomas, ahora ocupadas en calibrar la mirilla para acertar sobre la calva de algún transeúnte desprevenido.

No sé a ustedes pero a mí me cuesta horrores encontrar un momento de tranquilidad en plena calle. Los que patrullamos la ciudad somos, por definición, curiosos. Pero, en este instante, mi instinto me grita que Alberto ha acabado por devolver a Lolita al pozo de la depresión, ahora que había conseguido dejar a su marido. Necesito aislarme y predisponerme a otra batalla entre mi yo persona y mi yo profesional sin que me vaya la salud en el intento. Sé que cuando entre por ese portal y suba las escaleras veré situaciones que me harían hervir la sangre si no fuera porque estoy de servicio. Y no es fácil tomar distancia con la injusticia y la indignidad humanas cuando uno es cuidador

unas horas al día pero persona las veinticuatro. Como no voy a conseguir concentrarme, me desahogo silbando para ahuyentar, al menos, los improperios y bocinazos de los seres de sangre caliente que están atrapados tras un camión que recoge la basura.

Llamo al interfono, esperando una respuesta que ya conozco. Porque el maltrato sigue un patrón: una respiración trémula que usurpa el aire a una voz, un índice tímido que se arma de valor para pulsar el botón.

La desesperación tiene su propio código Morse y un cuidador ha de estudiar el telegrama al detalle, la combinación y cadencia de sus tonos cortos y largos: sin duda, es un S.O.S., y es de Ana. La llamada no admite demora pero aquí es cuando uno ha de armarse de paciencia para no precipitarse y subir las escaleras descamisado, mostrando un tatuaje de Amor de Madre y el bate de béisbol que guardo para los amigos bajo el asiento del coche.

Los primero que observo al entrar son los buzones del edificio. En la placa del tercero primera rezan dos nombres: el nombre de Alberto A. al que acompaña el de su padre, Juan A. Ana no reza en la placa. Ella reza en su habitación.

Subo por las escaleras para entrar en calor. Unos televisores con TV3 a todo trapo confirman, además de que hay mucho jubilado con poca pila en el audífono, que el

bloque es un bastión independentista. Cuando alcanzo el rellano, se impone el silencio. Intento ambientarme, cojo aire y me digo *suerte, maestro y al toro* antes de saltar al ruedo. Entonces, empujo una puerta entreabierta adiestrada para alertar con su potente chirrido, de posibles intrusos -y fugitivos.

A lo largo del recibidor predominan unas nubes bajas de tabaco negro que apenas dejan entrever unas paredes de papel de los setenta repintado, a base de humo y tiempos pasados, con una pátina ocre. La primera impresión es que aquí no se respira, se suspira. La segunda, que no soy bienvenido porque, de lo contrario, alguien hubiera tenido compasión de mí y hubiera ventilado la casa. Alberto ya me invita a cambiar de escena, rompiendo el silencio inquietante con unos ruidos metálicos al final del pasillo. Pero antes, necesito interrogar a los actores de esta escena, que son los objetos de la casa, habitados de recuerdos y secretos, ésos que él no me revelará en esta cita, de momento, a ciegas.

Sobre el mueble del recibidor, un tapete hecho a mano. Sobre éste, ligeramente encarados, el cuerpo de un retrato de mujer y un espejo.

La foto, de 15 por 20, está retocada con pintura para disimular el rictus de su rostro y, de paso, un ojo morado

y el labio cruzado por una cicatriz. Sin duda, es la madre de Alberto, martirizada ayer por un marido al que siempre odió, beatificada ahora por un hijo al que siempre amó pero que nunca quiso tener.

De fondo, los cojinetes de una silla de ruedas, imitando el chirrido de la puerta, llaman al orden al periquito del balcón, robándole el canto. No quisiera hacer esperar más a su dueño, así que me afano en seguir la estela del humo de tabaco hasta el comedor. Ante mí, oteando el paisaje de banderas del edificio de enfrente, una chimenea aspira el último aliento de un cigarrillo y lo entierra en la fosa común de una botella de agua cortada, reconvertida en cenicero. Tras un largo minuto, la silla efectúa de memoria un giro acrobático hacia la mesa, dejando al descubierto el escaso pelo y la mucha barba de un metro setenta venido a menos. Su boca, invisible, escupe compulsivamente el aire como si se tratara de un cuerpo extraño que no quiere desengancharse del labio inferior. Su cara es una piel de cebolla deshidratada por el tabaco y el alcohol de las botellas que se acumulan en la vidriera del mueble bar. Unos pómulos hundidos esconden dos iris que ya apuntan con su oscuro marrón en mi dirección.

-¿Qué haces aquí? No te quiero -Alberto espera mi huída.

-Vengo porque no me quieres pero me necesitas. Hoy no hay chicas disponibles para cubrir a Dolores.

Mi carta de presentación es a la vez mi única posibilidad ante tipos de este corte. Aunque venido a menos, Alberto sigue siendo el mismo macho ibérico al que nadie osa escupir, y menos en su casa. Su espeso ceño se arruga y anticipa el puñetazo sobre la sufrida mesa. El terreno está marcado con un fuerte rastro a colonia de fumador que intenta disimular el sudor y demás efluvios acumulados entre su cuerpo y el cojín de gel antillagas de la silla.

Sé que estoy en tierra hostil y que lo normal sería feminizar los gestos, simular una risa nerviosa y salir pitando de allí maldiciendo mi sueldo, presto a renovar mi currículum antes de que me entre una depresión. Pero una buena obra de teatro no puede acabar con el recurso fácil de un mensaje tipo *el usuario no quiere servicio hoy, marchó* y santas pascuas. Yo estoy dispuesto a hacer pensar y sentir al espectador, a que deje las palomitas y se retuerza en el asiento porque, si no, ¿para qué me dedico a esto? ¿Para dar la razón a aquellos que dicen que mi trabajo lo puede hacer cualquiera?

-Andamos cortos de mujeres y voy a venir dos o tres días seguidos. A mí me es igual si te duchas hoy, mañana o el año que viene pero ya que tengo que venir...

Alberto sigue encendido y escupe con fuerza al suelo, marcando territorio. Me desafía porque se siente amenazado, casi herido, por el macho aspirante. Yo espero que mi farol se convierta en un faro que le haga ver que no tiene más opción que ceder. O bien, conseguir con la colonia lo que no ha conseguido con el tabaco: morir asfixiado.

Por fin, resopla y la expresión amenazadora de su rostro suelta lastre. Alberto vuelve a encajar la mandíbula en la boca, y el puño de rabia en el bolsillo. Acto seguido, saca una sonrisa de cowboy y manda sentar al forastero en una silla de *cuéntame cómo pasó* con el cuero gastado.

Aunque sea por un instante, puedo respirar tranquilo y pasear la mirada por los objetos del comedor. Me sorprende que un tercer piso tenga cortinas opacas, cuando las farolas de la calle apenas alcanzan el primero. La opacidad no es buena señal. Nunca lo es. Tampoco un mueble donde los licores ocupan el lugar que debieran ocupar los recuerdos de la pareja. Vuelvo a encontrar la foto de la madre, esta vez, al lado de una tele muda puesta en Telecinco. Toda la estancia está decorada a disgusto. No observo foto alguna de Ana, tampoco de hijos o hermanos. Aquí cunde la soledad. Ana, ¿dónde estás? ¿Dónde te encierran para que entonces tu mea culpa por provocar la ira de tu dios castigador? Quizás, tras una de las dos puertas que llevan a

las habitaciones adosadas al comedor.

-¡Ana! Prepárame la ropa, que este señor no se va a ir contento si no me remoja - Alberto maniobra la silla y circula camino al cuarto de baño, seguro de que Ana y el cuidador obedecerán las órdenes al pie de la letra. Ahora consigo ver el tren inferior de su cuerpo. Las piernas no presentan excesiva pérdida de masa muscular, por lo que deduzco que no hace mucho del ictus-. ¡Y rapidito!

Por fin, se abre una puerta. Del claroscuro de la habitación salen dos brazos con la ropa perfectamente doblada a los que acompaña la sombra de una joven mujer. El contraluz acentúa una figura de metro ochenta finamente apuntalada por dos piernas de pasarela. Ya en el comedor, Ana se oculta tras un rostro cabizbajo y sumiso. Tiene una misión y no hay tiempo para el besamanos.

-Puedes dejar la ropa aquí, si quieres. Ya la llevaré yo -Ana amanece, por fin, ante mí, sorprendida porque yo la haya tuteado a traición, pero los dos tenemos una misión y no hay tiempo...

Ahora que ha levantado la mirada, me parece una mujer mucho más joven –no llega a los treinta- y aún más alta. Un pelo rubio recogido deja al descubierto la belleza de su tez, lisa y nívea. En el valle de su cuello, mora la imagen de una virgen a la que no consigo identificar. Sus rasgos no

parecen ser ibéricos.

Casi podría asegurar que viene de algún país eslavo, a juzgar por la forma de sus pómulos, el cabello, la piel... y, sin embargo, es la viva imagen de la madre de Alberto: la misma mirada, los mismos estigmas, un pequeño morado en una mejilla, el labio con una tirita, la misma técnica de sometimiento transmitida y perfeccionada de padres a hijos desde el comienzo del patriarcado.

Ahora, más que nunca, necesito que algún objeto me hable de Ana, no sé, cualquier detalle que me tienda un puente para llegar hasta ella. Pero qué puedo esperar de una prisión salvo paredes desnudas. Casi por instinto, echo un vistazo al interior de la celda. Allá, sobre un estante, descansa una matrioska. ¡Eureka!

-¡Ana! -desde el baño la voz de su amo tose impaciente. Los párpados de Ana repiten su desesperado código Morse. Como un robot, ella recoge la ropa y se apresura pero algo sucede que la detiene. Por un instante, Ana devuelve la ropa a la silla para llevarse la mano al vientre. Y acariciarlo. Inmediatamente, retoma su tarea.

-Anna -esta vez, soy yo quien la llama suavemente, y por su verdadero nombre-.

Подожди, пожалуйста.²⁵

25 (rus.) ¡Espera, por favor!

Anna se frena en seco. No sabe qué hacer, qué decir. Las palabras de un desconocido en su lengua materna han echo mella en su maquinaria programada. De pronto, en el espacio de una baldosa, la rusa efectúa un giro, suspendida sobre la punta de unos pies que parecen recordar, quizás, las clases de ballet en una escuela de pueblo rusa.

Si la palabra dice, una mirada cuenta. Y la suya se muestra firme, pues es su forma de romper el silencio de una larga historia que no puede explicar en palabras, y menos en una lengua que no es la suya. Además, el tiempo es poco y la mano en el vientre solo puede significar una cosa...

Puedo imaginar en las profundidades del lago azul de sus ojos un poso repleto de fotos de su vida esperando a que me sumerja y las ordene en una línea de tiempo. Quizás, la primera foto sea la de una niña de cinco años que aprende a esconderse en una habitación cuando su padre llega a casa bebido y discute con la madre. La segunda, la de una niña de diez años que baila ballet y va a la escuela y que, sin saber porqué, atrae a los peores chicos. A los quince, se escapa de casa y va a una gran ciudad. Allí conoce a un chico con el que malvive en la pensión de olvido y del que quiere huir al cabo de poco. En la zona turbia de la ciudad, llega a conocer a otras chicas que le prometen un buen trabajo con el que subsistir, pero es en otro país.

Cuando se traslada a Barcelona, le confiscan el pasaporte y es obligada a prostituirse en un club de copas bajo amenaza de muerte contra sus padres. Alberto es un asiduo del antro. Tiene fama de tener la mano larga pegando y pagando por los inconvenientes causados a la chica de turno. No se le conoce pareja estable. Pero se está haciendo mayor y está cansado de sobrevivir en la pocilga en que se ha convertido la casa de sus difuntos padres y de comer bocadillos en el chino de la esquina. Así que inicia la búsqueda de una presa fácil, la más indefensa. No tarda en oler el rastro de Anna, y la acorrala. Ella, con su identidad bajo mínimos -extranjera, sin papeles, ni idioma, ni amigos-, sucumbe a la primera mordida. Después de ajustar cuentas con el dueño del local, Alberto la saca de esa cárcel, para meterla en otra mucho peor, donde impera la ley de unas cortinas opacas. Alberto supo ver que ella se encerraría más y más hasta someterla al olvido. Por eso no le importó que Anna colocara sobre el estante el único objeto que había traído, de herencia, en su maleta.

Yo les invito a imaginar una historia mejor y, a ser posible, distinta: quizás se conocieran por un chat y él viajara a buscarla; o bien, que Alberto, ahí donde lo ven, hable un ruso perfecto por haber trabajado en San Petersburgo y la haya conocido en un bar. Pero, sea cual sea la historia real

de Anna, el resultado no puede ser muy distinto. Porque el maltrato sigue un patrón, ¿recuerdan? Y ese patrón se hereda. Con su mirada clavada en la mía, Anna maldice su herencia y me pide que la saque de su matrioska.

Ahora les propongo que piensen en Alberto. Él también maldice la suya. Volvamos al comienzo, a la foto de la madre y un espejo en lugar de la foto del padre. Quizás estos dos objetos sean su particular matrioska prisión. No puede haber mayor castigo para un castigador que arrastrar en la silla de ruedas su cuerpo maltrecho por años de alcohol y tabaco hasta la santa imagen del recibidor cuando cae la noche.

Ante ella se postra, empequeñecido como un peregrino. Ya no pide por él sino por su alma y ruega que el vientre de Anna se seque para que acabe por fin su penitencia. Pero después se gira hacia el espejo y encuentra en su propio reflejo los ojos encendidos y la mandíbula tensa del padre, el abuelo y otros tantos de su estirpe y calaña. Así, cada noche, estos demonios andan sueltos por las venas, emponzoñando su voluntad hasta empujarlo a beber y entrar en el cuarto de esa puta rusa con una toalla

mojada para arrancarle a tiras el hijo que espera.

-Anna, ¿por qué no te vienes?

-No puedo. Soy mujer.

-Y madre -Anna vuelve a pasarse instintivamente una mano sobre el vientre.

-¿Por qué no te quedas? ¿Volverás?

-No puedo. Soy hombre y él me echará. Hazlo por tu hijo. No acabes siendo una foto en el recibidor para que tu hijo te llore.

-No puedo. Es mi vida.

-Será tu muerte. Buscaremos ayuda. Una casa segura para tu hijo. Deja que crezca lejos de él y cerca de ti. Nunca os encontrará. Confía.

-No puedo pensar. Se quedará solo.

-¡Ana, coño! Que es pa' hoy -la voz ronca de Alberto eleva su amenaza.

La mirada limpia de Anna vuelve a su nervioso parpadeo al visualizar el castigo que se le viene encima.

-Aunque se lo merece, solo no quedará, seguirá adelante con nuestra ayuda. No dejaremos que se abandone.

Pero Anna ya no está y cada minuto conmigo es un minuto que Alberto se cobrará. No vale la pena sobrecargar el ambiente. Además, la palabra adecuada ha sido dicha y hay que dejarle tiempo para que repose en la tierra y germine.

-Давай! Спеши!²⁶ -la animo a seguir su camino al tiempo que le devuelvo la ropa. Agradecida, ella sonrío y sale

26 (rus.) ¡Vamos! ¡Date prisa!

pitando.

-¡Ana! Ayúdame a quitarme el pantalón y los calzoncillos.

Mientras me pongo la bata y guantes para hacer la ducha no puedo evitar husmear en la habitación, atraído por la matrioska. Antes de que pueda darme cuenta, ya la tengo entre mis manos. No sé porqué, pero me la llevo -o me llevo- al comedor y espero a que su dueña vuelva.

Al poco ésta aparece y resopla, aliviada por la misión cumplida sin bajas en las filas. La matrioska me empuja hacia ella y se ofrece.

-Toma, mujer. Algún día la tendrás que abrir.

Anna se apresura, posesa, a robarme su posesión. Una vez más, se confirma que los humanos somos títeres en manos del recuerdo, y no al revés.

Mientras lavo la espalda de Alberto, éste mastica pensamientos y escupe jabón. Si él está pensando en Anna y en su próximo castigo, yo pienso en su salvación. Y estrangulo la esponja al temer que ella no sea capaz de romper la espiral de violencia. Después pienso si yo podré romper mi propia espiral: la de la impotencia que crece y crece en mi corazón con cada Anna que pasa por mi planning sin que

la pueda ayudar.

-Toma la esponja, Alberto. Ya te puedes lavar tus partes -al comienzo de la ducha habíamos sellado un pacto de no agresión con un mutuo *no me toques los huevos si no quieres que te toque los tuyos*.

-Acabemos de una puta vez. Tú no entras más aquí. Si vuelves, te capo -lo dicho.

Al abrir la puerta del baño, el perfume de los jabones se escapa con el vapor. Cuidador y cuidado salimos de la sala de tortura y volvemos a un comedor cuyo ambiente se ha despejado.

Yo respiro un aire fresco. A Alberto, en cambio, le falta el aire. Se siente molesto sin dar con el porqué.

Miro el suelo y me doy cuenta de que hemos dejado la huella de la silla de ruedas. Sigo el rastro del suelo mojado y observo que se empieza a secar desde el comedor hacia la entrada del piso. En el recibidor, suenan los últimos brochazos de una fregona. Anna se asoma y me saluda sonriente. Luego, echa medio litro de lejía sin diluir a los pies de la foto y el espejo.

-¡Qué cojones haces, Ana! ¿No te podías esperar? -Alberto le tose mientras coge un cigarrillo del paquete de la mesa y se pone la botella de agua cortada entre las piernas.

-Estaba todo muy sucio, amor.

La ironía de Anna es una señal. ¡Y muy buena! Creo que está decidida a hacer limpieza...

-¿Puedo irme? -pregunto al cancerbero, aunque no espero respuesta.

-Ya estás tardando. ¡Aire!

Esta obra llega a su escena final. Pero antes de marchar, la matrioska me vuelve a llamar y me sorprende al mostrarse desplegada, de mayor a menor tamaño, sobre su estante. Anna ha desplegado, de mayor a menor tamaño, cada una de sus muñecas. Sin embargo, me parecen pocas las muñecas. Observo que la más pequeña tiene espacio suficiente para acoger a alguna más en su interior. ¡Eso es! Faltan las muñecas más pequeñas, al menos, dos.

Cuando paso por el recibidor miro de sortear, sin fortuna, el suelo fregado.

-Es que es mucha lejía -le digo a Anna, que me hace un gesto de *ya lo sé* con la cabeza.

-La lejía limpia todo -dice, sonriente.

-Y no deja rastro -añado mientras le dibujo en un papel el 016-.²⁷ Позвони по телефону!²⁸ Hazlo por ti y por tu hijo.

27 Servicio telefónico de atención a las víctimas de violencia de género. Una de sus características es que la llamada no aparecerá en la factura telefónica.

28 (rus.) ¡Llama!

Pero Anna no me responde, no habla, porque una palabra dice pero una imagen cuenta, ¿verdad? Ella eleva el puño de su diestra y lo avanza en mi dirección. Como una flor, la mano abre sus pétalos mostrando en su corazón dos figuras iguales en forma, pero de distinto tamaño. Anna sonrío al ver mi rostro de felicidad, que por fin comprende. Estas dos muñecas, la de ella y la de su hijo, ya no volverán a su matrioska.

Abandono la idea de coger el ascensor por miedo a vomitar dentro y bajo corriendo las escaleras hasta alcanzar el portal. Lejos de mejorar, el contraste de mi temperatura emocional con el frío aire de noviembre me produce una sensación de mal cuerpo. Para acabarlo de complicar, el fuerte olor a lejía que me llevo de recuerdo en mis narinas se mezcla con el diesel de un camión de chatarra. Al fin, echo el estómago por una alcantarilla.

Y no debería sentirme así de mal. ¿Acaso no trabajo para cuidar? Tardo un buen rato en admitir que he fracasado. Y por partida doble. Por un lado, mi yo profesional se ha ido a freír espárragos a la mínima que me he calentado. Y mira que estaba avisado...

Acabo de hacer una promesa a Anna que no depende tan solo de mí. Por otro lado, he puesto en marcha un cam-

bio en un servicio que tiene un trabajo planificado, con sus objetivos y tiempos. Me siento culpable, pues, seguramente, mi compañera Lolita era la persona más adecuada para hablar con Anna y animarla a dar el paso que ella misma ha dado en su vida.

Unos metros más allá, a la altura del carrer Joan Güell, alzo la vista para seguir contando banderas. Me pregunto si esta realidad que vivimos en la calle no acabará por correr una cortina oscura sobre la realidad que se vive en los domicilios que atiendo.

Siempre que puedo, me siento en un banco de esta calle y contemplo la montañita del Tibidabo. Arriba, entre las nieblas de noviembre, busco al Cristo de los brazos abiertos. Pero hoy no le rezo. Tampoco suplico. Hoy le reclamo que cumpla, por una vez, con su parte del contrato, que baje a trabajar, codo con codo, con las hormiguitas obreras de su pueblo para transformar este reino de algunos en una república de todos los empobrecidos y cautivos. Como Anna.

De pronto, el zumbido del móvil en el bolsillo me despierta de este inútil desiderátum. Es un nuevo servicio, y en media hora.

El tiempo corre y he de hacer un borrado rápido de mi disco duro. Respiro hondo -suelo hacer unas ocho inspi-

raciones profundas pero la lejía me ha despejado tanto la nariz que con cinco ya ando sobrado de aire.

Ahora ya puedo procesar los datos de la pantallita:

***Nuevo servicio
Presentación con la trabajadora social a
las 11:00
Salvador U.
84 años
Diagnóstico alzhéimer
Vive con su mujer Enriqueta
El señor rechaza ayuda
Mujer colaboradora***

¡Vaya! Parece que voy a tener un servicio permanente. El usuario promete emociones. Quien me diga otra vez que mi trabajo lo hace cualquiera... ¡Allá vamos!



SALVADOR Y QUETA

Puesto por el ayuntamiento

No sé si ustedes se han bajado alguna vez en la parada de metro de Hostafrancs. Si tienen la ocasión, recomiendo que salgan por el vagón de cola, tal como vienen de Plaça Espanya. Si vienen a primera hora, déjense arrastrar por el olfato y descubrirán que tiene dos salidas: la narina izquierda les llevará hacia el aroma del café, y la derecha, hacia las cajas de pescado recién descargadas del mercado.

Ya habrá tiempo de visitar las paradas y tenderos, pero ahora tengo la presentación de un servicio en el carrer Torre d'En Damians. Como siempre que puedo, vengo temprano en busca de indicios que me lleven a entender a Salvador, el usuario asignado. Sus ochenta y ocho años son garantía de que ha dejado rastro en el barrio. Y qué mejor lugar para

empezar a conocerlo que en el bar Mogas, un bar de toda la vida situado en la esquina de Consell de Cent con Callao.

La mesa que da a la ventana me recibe con un *¿dónde demonios te habías metido?*, y no encuentro una excusa convincente a esta ausencia de más de un año. Podría decirle que Leonardo, mi usuario del carrer del Forn, ya falleció y que me destinaron a la zona de montaña de Sants. Pero, cuando has pasado más de cuatro años tomando café en la misma mesa, nada justifica tal desplante.

-Hola, Loli -ya se acerca la camarera, una gitana de mediana edad y baja estatura, que me ofrece un café con una mirada aún más reprochadora que la de la mesa-. Lo sé, pero lo pasé mal cuando murió Leo y no me veía con ánimos de circular por aquí. Bueno, ya casi he resucitado. Sólo me falta la cafeína y un par de preguntas sobre un vecino.

-Tú dirás. Oye, ¿cuándo se te cayó la mata de pelo? No sería porque te dije que andaba suelta,²⁹ ¿verdad?

No deja de sorprenderme el acento catalán con el que esta mujer siempre me reta. En esta zona existe una gran comunidad gitana que habla, cocina y baila en catalán. No en vano, el bar se encuentra a veinte metros de la Plaça Herenni, la plaza de los gitanos catalanes.

-Anda, Loli. A buey viejo, ¿para qué un cencerro nuevo?

29 Soltera.

Dime si conoces a un tal Salvador.

-Pues, conozco a dos Salvadores: uno, es mi cuñado. Ése necesita ayuda, pero de siquiátrico. Está metido, dándole al cajón flamenco en la iglesia evangélica; el otro, es un murciano, mundialmente famoso en el barrio.

-Háblame del jovenzuelo.

-A ése, no hace falta que le eche los trastos. Siempre ha sido un metemano y tiene una sinhueso que es un primor. Pero es un buen tipo, un albañil generoso con las propinas. Vive en la plaza, al lao de la iglesia.

-¿Viene mucho por aquí?

-Ya hace tiempo que no. Va a la bodega del Carlos, al lado de la panadería. Allí tiene a sus amiguetes y se pasa las horas jugando al mus.

-Entonces, seguro que lo conozco.

La bodega de Carlos es uno de los refugios vecinales con más solera del barrio y una parada obligada para quien busque información de primera mano. Siempre hay jubilados echando las cartas sobre la fórmica blanca de una mesa. Un tipo como Salvador, dicharachero y galán, es imposible que se me haya pasado por alto. Si Carlitos, el hijo el dueño, llevara faldilla seguro que algún piropo hubiera delatado a Salvador. Pero el dinero no llega para contratar a camareras, así que Carlitos lleva delantal y trabaja solo tras la barra.

Ahora, me corroe la curiosidad por ponerle cara a Salvador, pero Loli ya mira con el rabillo del ojo a las otras mesas, que se empiezan a ocupar.

-Bueno, mujer, pues gracias. No sé a qué hora pasaré, pero te cansarás de verme.

Después de leer el horrosócopo y saludar a un par de habituales, salgo por Consell de Cent, hacia la calle del usuario. A medio tramo...

-¡Cabroneees!

¡Hijos de puta!

-¡A dormir la mona!

Las mangueras de los equipos de limpieza bautizan con aguas freáticas un borracho y a las últimas cucarachas de saldo y esquina, que huyen ya hacia su alcantarilla. Yo, que soy de seco, deshago mis pasos y doy la vuelta a la manzana por Callao.

Por fin, alcanzo Plaça Herenni. Observo que, bajo uno de sus balcones de casas bajas, del que cuelga un mono de obrero y dos fajas de talla Montserrat Caballé, han estacionado un carro de supermercado.

-¡Isildur! Amigo. Ayuda a mí.

Tras la montaña de cartones y cables eléctricos del vehí-

culo, emerge la voz inconfundible de Costache, un hombre rumano al que le tengo aprecio porque me llama como a uno de mis personajes preferidos del Señor de los Anillos.

-¡Cuánto tiempo! ¿No decías que te ibas a volver a tu país?

-Estoy enfermo. Pulmón, ¿sabes? En mi país, no hay trabajo, no hay medicinas.

Aquí, tengo urgencias y Cáritas.

-Sabes que también tienes el albergue y el comedor social del ayuntamiento, ¿verdad?

-No tengo papeles. Muchas preguntas el ayuntamiento.

La verdad es que entiendo que Costache esté cansado de dar explicaciones a las autoridades de un lugar que no es el suyo. Porque este pequeño mundo es capitalista, sí, pero, sobre todo, sedentario, y no soporta a un nómada que ya no da más de sí. Para el sistema, él es un gitano más, otro tipo de tez arrugada y oscura, que malduerme y se abriga con la chatarra de la sociedad.

Al final, ha ido a parar al mismo lugar donde alguno de sus antepasados vino a buscar refugio hace un siglo, atando su burro a la puerta de una chabola: la plaza de los gitanos.

-Anda, toma pa' un café. Y sal de aquí, antes de que te duchen con la manguera.

Tengo la sensación de que esta mañana estoy dando

muchos rodeos y ya va siendo hora de comenzar el servicio, así que me apresuro a cruzar los cien metros de anchura de este paisaje de humildes fachadas y persianas. Frente a mí, aparece la casa de Salvador. Es un edificio con solera, construido por las manos de su abuelo, Salvador -el oficio, como el hogar y el nombre, se hereda por estos lares-. La planta baja presenta unas paredes de grueso adobe, rebozadas con arena de playa de la Barceloneta. Sobre la chapa de la persiana, un rótulo: *Salvador construcción y materiales*; a la derecha, una puerta de hierro y vidrio biselado con malla de seguridad, que da acceso a la trastienda y a los dos pisos superiores. En el dintel de la puerta, desde una cueva excavada en el adobe y la cal, una virgen bendice con su diestra a quien entra y sale del edificio.

Intento llamar al timbre pero tiene el botón hundido, así que doy tres golpecitos en la persiana.

Me parece oír el *ya voy* de una voz de mujer fina y ahogada. Ante la tardanza, decido pegar la oreja a la persiana. En su interior, alguien revuelve las aguas de un vaso con una cucharilla y después la escurre, dándole unos golpecitos sobre el filo del cristal. Tras un sorbo profundo, típico de una boca sin dentadura, una garganta tose otro *ya voy*, ahora sí, claro y decidido.

Mientras espero a que Enriqueta, la mujer de Salvador,

suba la persiana, me dedico a intimar con este pentagrama de notas oxidadas tatuado con pegatinas de servicio urgente de cerrajería. Observo una abolladura en la base del cierre -cicatriz de algún intento de robo- por la que entra la cabeza de una manifestación de cucarachas, que suben la calle lanzando consignas contra la poca originalidad y menos enjundia de los platos combinados del bar del mercado. Sin duda, los platos de Enriqueta tienen más fieles que la iglesia evangélica, contigua a la casa.

¡Ya voy!

La voz de Enriqueta se abre paso entre golpes y sillas arrastradas. El ladrido de un perro vecino me hace pegar un respingo que me despega de la persiana. Ahora, que me fijo en el rótulo, veo que es una filigrana de caligrafía de escuela nacional, hecha a pulso sobre un tablón de madera carcomida. Diría que nadie ha continuado con el oficio familiar de albañil -y eso que, en el expediente, constan dos hijos y una hija.

-¿Dónde estás, pijo?

Por fin, escucho la leva de una cerradura y el ruido de una puerta. No había caído en la cuenta de que una mujer mayor no podría levantar la persiana. En su lugar, asoma una muleta por la puerta lateral, dando palos de ciego con

su taco de caucho.

-Ah... hola, señora Enriqueta. Disculpe. Soy Isidro, el chico del ayuntamiento.

La puerta entreabierta muestra el hemisferio derecho de una octogenaria. El hilillo de voz que la precedía casa bien con su baja estatura pero no con la forma de peonza de unas carnes que campan a sus anchas bajo un marchito camisón de flores.

-Ya empezaba a pensar que eras uno de esos gamberros. Como los pille, van a saber lo que vale un peine.

Desde la calle, el interior del domicilio parece una cortina oscura, tan sólo rasgada por el ocre de la bombilla grasienta de una campana extractora, al fondo, que quiere para ella sola los aromas de un puchero.

-Mi marido no está. Lo he mandao a por el pan. Pero si quieres pasar....

-Si acaso, de aquí a un rato, cuando usted se haya acabado el café con leche.

-Tú mismo. Oye, ¿tú cuidaste al Leonardo, ¿verdad?

-Pues sí que corren las noticias en este barrio.

-No lo sabes tú bien.

Enriqueta hace una panorámica de la plaza y dibuja sobre ella los payos y gitanos que, cuando cae el sol, acostumbran a sacar la silla para ponerse al día de los dimes y diretes

del vecindario, mientras las cáscaras de pipas forman un manto sobre los adoquines.

-¿Y qué dicen las malas lenguas?

-Que te quedaste con su piso.

-Señora, multiplique cinco usuarios por diez años que llevo en la profesión y le saldrá el número de pisos que he conseguido. Inmobiliaria Isidro a su servicio.

-¡La Virgen! Si ya decía yo que no podía ser...

Su deje, sin duda, murciano, hace juego con la bondad de unos ojos marrones, que se cierran como almendras al sonreír. No puedo decir lo mismo de su tez, pálida por la falta de sol. Está claro que el servicio va a nombre de Salvador pero me equivocaría si no hiciera nada para que su mujer saliera otra vez a la calle.

-Creo que vamos a hacer buenas migas. Te pareces a mi Salva. Y tienes un no sé qué...

De pronto, su sonrisa se quiebra. Un dolor agudo la obliga a apoyarse sobre el marco de la puerta. Observo que su pierna derecha acumula mucho líquido y la zapatilla, a la que han cortado la lengüeta por la mitad, parece una esclusa a punto de reventar. Ya va siendo hora de dejar que la dueña vuelva a su silla del comedor, así que abrevio...

-Bueno, señora, la dejo descansar. Voy a ver si encuentro a Salvador.

Ahora, necesito procesar los indicios que me ha proporcionado este primer encuentro con la mujer. Un buen café en la bodega de Carlos me ayudará a reposarlos. Pero antes, echo un ojo a la virgen que corona la entrada. ¡Una luz de esperanza! A los pies de la figura, una rama de perejil.

Antiguamente, el aire de la ciudad te hacía libre, o eso debieron de creer los abuelos de Salvador, cuando plantaron la maleta en Hostafrancs, allá por los años treinta. Por desgracia, en la última década, el monstruo urbano ha esclavizado a los obreros con el yugo de su ordeno y mando. Si tienen balcón -y no tienen vértigo-, les invito a contemplar cómo, allá abajo, las hormiguitas, esposadas con el móvil, arrastran los grilletes del individualismo y la inseguridad de casa al trabajo. De ahí, la importancia que le doy a esa ramita, porque significa que algunos payos y gitanos se han atrincherado en esta plaza, convirtiéndola en un pequeño pueblo de solidaridad vecinal.

Ahora, me voy por el carrer Forn, preguntándome qué corazón bien plantado se atreve a subirse a una silla para abrir la puertecita de cristal de Santa Eulalia, qué vecina le pasa el paño y cambia, religiosamente, el perejil cada semana -porque éste parece tan verde y fresco que casi puedo olerlo-. Ya me imagino a Juanita, la pescadera más veterana del mercado, metiendo en la cesta de mimbre de la vecina

la ramita de perejil, un *dale un beso de mi parte a la Enriqueta* y unas migas de bacalao que no le cobraré.

La brigada del ayuntamiento sigue esmerándose en adecentar la acera, pero aquí, el alcantarillado, que hace embudo, acaba por echar el hígado sobre el alquitrán. La calle es un vómito de excrementos caninos y aceite de coche desmenuzado.

¡Cabroneees!

¡Hijos de puta!

Parece que las mangueras verdes se hayan empeñado en lavarle la boca al mismo borracho que me encontrara en Consell de Cent. El colchón donde dormía la mona pierde el ancla y navega sin timonel hasta acabar embarrancado bajo las ruedas de un contenedor. El tipo se resigna a seguir la huída y dobla la esquina en Rector Triadó.

Con el estómago deshecho, prosigo mi camino. Al final de la calle, la nívea luz de la bodega recorta la silueta de otro náufrago en su balsa. Es Costache, que ya encara Rector Triadó para iniciar su peinado diario en busca de chatarra.

-Adiu, amigooo.

-¡Que vaya bien!

Yo, sigo su estela, hasta alcanzar la puerta roja de la bo-

dega. Ésta cojea bastante más que mi última vez. Pacientes pero implacables, los incisivos de la carcoma han conseguido, al fin, arrancarle los tornillos a una bisagra, que chirría a los cuatro vientos su mala sombra.

-¡Hombre, Carlos! Pensaba que ya se te habría puesto cara de chino.

Unas manos dejan de sonsacar el brillo a la garganta de un vaso y se apoyan sobre la barra. El camarero sonrío sin levantar la vista.

-Si yo pudiera, ya habría traspasado el negocio, pero mi viejo tiene miedo de que venga un chino y me plante un fajo de billetes en la barra. Así que se pasa la vejez en aquella silla de la entrada y no me quita ojo. Además... no sé quién querría un lugar tan desmejorao. Está para tirarlo todo abajo.

El interior es un *decíamos ayer*: tres vigas de madera arqueada soportan una bóveda de blanco roto que confiere al local mayor profundidad de la que, en realidad, tiene. Entrar en esta bodega es meterse en un túnel del tiempo. Bien lo saben los jubilados del barrio, que vienen a refugiarse de un mundo que empiezan a no entender.

-Igual puedes hacerle un lavado de cara y pedir más pasta. No sé... podrías pintar las paredes.

Carlitos se lleva las manos a la cabeza al pensar en el

faenón que le daría descolgar los cuadros y carteles del tipo *el alcohol no te mata ni te destruye: tan solo te transforma o si al mundo vino y no toma vino, entonces, ¿para qué vino?*

-Va. Dejemos de fantasear, que es muy pronto. Por cierto, ¿cómo te va el negocio? Hace tiempo que no te pasas por aquí.

-Cada día, tengo a más jubilaos que tampoco me quitan el ojo. Oye, podríamos montar un negocio: yo te presento a mis clientes y tú les vendes las tres piezas de mármol blanco de la barra. Serían unas lápidas estupendas. Así, les das salida.

-Je, je, muy gracioso -ironiza Carlitos, mientras le pasa un trapo a las gastadas losas. Sobre éstas, sigue cavando su tumba la misma caja registradora que viera cobrar la primera perra chica³⁰ del negocio familiar.

-Cambiando de tercio... hoy empiezo a cuidar a un tipo que conozco, sí o sí. Se llama Salvador.

-¡Y tanto que lo conoces! El totanero es un hombre chupao...

-No, no me lo describas, que quiero descubrirlo yo. Me ha dicho la Loli que juega al mus.

-Sí, son cuatro parroquianos que se hacen llamar la cua-

30 Perra chica (col.): moneda de cinco céntimos de peseta. Recibió este nombre porque, en el reverso, tenía un león que parecía un perro.

drilla galáctica... y no me preguntes porqué. Se reúnen al mediodía en la mesa al lado de la nevera -Carlitos la ubica con un leve movimiento de párpados-. Suele pasar a hacer un café a estas horas, cuando va a por el pan.

-Anda, ponme un whisky para hacer tiempo. Ah, y déjame una baraja, porfa.

Con el cuarto café de la mañana entre pecho y espalda, emigro a la mesa. Nunca he jugado al mus pero sé que un tipo tan veterano como Salvador sólo hablará de lo humano y lo divino a través de su abanico de cartas, pinzadas entre el pulgar y el índice. Las 48 cartas de baraja española son su manera de arreglar con su pareja de juego los problemas de su pequeño mundo. Ahora, empiezo a barajar las cartas y, de paso, las posibles estrategias. Sé que mi baza es presentarme a Salvador como una posible pareja, en la mesa y en la calle. Él ha de intuir de qué palo voy. En esta cita a ciegas, me conformo con que mis guiños y faroles me alcancen para atraer su atención.

Por fin, chillan las fanfarrias de la bisagra para anunciar al misterioso jugador. Su cara familiar. Yo, agacho la cabeza y me hago el longuis tras las cartas. Mientras la puntera de mi zapato mata sus nervios intentando sonsacar a la junta de una baldosa las migajas de las comidas del mediodía, yo rezo por lo bajinis para que Carlitos no me delate...

-¿Cómo va usted de mejoría? -es el típico saludo del camarero.

-Cada vez, peor. Se me ha acatarrao el bolsillo. Mira, mira cómo escupe el pañuelo lleno de mocos -el tipo flaco carraspea, estirando con la sonrisa un bigote de caudillo galaico-. Con la hernia, su señoría, ¿me podría decir quién es ese chico que está en mi mesa?

Ahora, sí que estoy seguro de que es Salvador quien observa mi deplorable manejo de cartas. Carlitos me mira y se encoge de hombros, sin saber qué hacer. Resignado, se le acerca al oído y lo pone en antecedentes.

-¡Acabáramos! -salta Salvador- Esto es cosa de mis hijas. Y el menda lerenda no necesita que lo cuiden.

Salvador parece estar a punto de saltar la barra y coger la hoja de reclamaciones para hacérsela tragar a Carlitos, así que no tengo más remedio que entrar al trapo.

-Salvador, soy un tío con referencias. Que te lo diga Carlitos... o la Loli del Mogas.

-Este chico cuidaba al Leonardo. Tú sabes cómo estaba hace unos años, a puntito de camarero³¹ pa' encerrarlo en el psiquiátrico de Sant Boi. Pues bien. Este tipo, aquí donde lo ves, le ayudó a tirar adelante y morir en casa. Y mira si se recuperó.

31 Caramelo.

-Y el por culo que dio el jodío.

-Hagamos una cosa, Salvador. Vente pa' acá y me echas las cartas. A eso no me dirás que no...

-Carlos, ponme un chupete blanco que no dé la lata³² y me lo llevas a la mesa.

Salvador respira hondo y se calienta las manos antes de hacer camino. Las dos cañas de su pantalón tejano se alternan con alegre trote. La percha está formada por una bufanda de liso beige que el albañil acuesta, con su mano de obra, sobre las solapas de una chaqueta de pana Felipe González. Sobre el corazón, un bolsillo coge de la oreja a un pañuelo de algodón, húmedo y desmelenado, con ganas de estornudar.

-Y bien, ¿qué me ofreces?

Sentado, frente a mí, no tengo a un jubilado sino a un albañil autónomo, acostumbrado a regatear el cobro de la faena. A él no le interesa el precio pactado entre las hijas y el ayuntamiento, ése que aparecerá en la factura oficial con IVA. El paleta quiere saber qué cobrará en negro.

-Me ofrezco como aprendiz de mus. Con la edad que tienes, necesitas un relevo.

-Oye, ¿tú has venido a ayudarme o a hundirme? Si no

32 Vaso de leche sin lactosa.

llego a un alquiler.³³

Mi comentario parece haber hurgado, con la punta de su navaja, en el boquete de unos pómulos mal afeitados, que ahora se exprimen como un limón. La visera cejjijunta de unos ojos marrones se quiebra por la mitad y el puente de unas gafas de pasta pierde los estribos. Los cristales de lejos se despeñan por el fino cartílago de la nariz hasta embarrancar en las resfriadas fosas. El musero, que está tan acostumbrado a cazar las señas de sus compañeros de partida, no atina a saber a qué palo juega este chico del ayuntamiento. Pero sí sabe que la vida es puro mus y el número tres es una carta poderosa -tiene la fuerza de un rey-. Por si acaso, me lanza un piropo...

-No te pases, que te envío al techo de la nevera.

Mis ojos se van al armario de dos por cuatro, con once puertas de madera bien barnizada. Sobre éste, hay montada una terraza con dos mesas y cuatro sillas, y no falta el sifón y plato de olivas. Sé que, si cabreo un poco más a Salvador, puedo acabar allá arriba tragándome las olivas y el plato.

-He venido a echar una partida y conocerte un poco más. Sabes que tenemos una presentación en tu casa de aquí a... media hora, ¿verdad? Vendrá Carol, la coordinadora.

33 No...venta años.

-Algo me había dicho mi mujer, pero a mí, por una oreja me entra y por la otra me sale -Salvador se airea la mata de pelo que flanquea su oreja derecha, dejando al descubierto un audífono-. Es que nunca me gustaron los besamanos, ¿sabes?

-Pues van a hablar de ti y te pitarán los oídos.

-Pues tú estás puesto por el ayuntamiento.³⁴

El murciano tiene la mirada hundida en el blanco torbellino de su vaso. Sin duda, la cucharilla le está dando vueltas a la idea.

-Sí, eso ya lo sé...

Carlitos, que siempre tiene la trompetilla a punto, apenas puede la risa y disimula torturando con una bayeta la garganta de un vaso hasta hacerle cantar los secretos que el último cliente ha ahogado en su vino.

-Bueno, bueno. Pues yo, me lo pensaría, Salvador. No vaya a ser que decidan llevarte a una residencia... Allí, tienen un simpático equipo de fontanería que te dará un chupete tan blanco como este, pero de medio litro, y por la popa, para que mantengas la línea.

-¡Y un pijo! Tú vas de farol... -los ojos del totanero amenazan con verter su mala sangre sobre la leche y cortarla.

34 Expresión que se utiliza en el mus para decir que un jugador tiene malas cartas y no hay forma de entrar en los envites.

-Pues claro. Pero te lo has tragado por un instante. ¿A que sí?

-Menos lobos, chuti.³⁵ Desenfunda y dispara lo que tengas que disparar, que como empiece yo, te van a faltar agujeros pa' tanta bala.

-En serio, Salvador. Yo digo que no es blanco ni negro. Siempre hay grises.

-Que me lo digan a mí, que me corrían a palos en la dictadura.

-Mira. Prometo jugar limpio contigo. Sólo quiero acompañarte y ayudar en lo que pueda. Tú quizás te encuentres bien pero, a mí me da que tu mujer está perjudicada. Yo no te pido que pienses en ti, sino en ella.

-¡Ahí me has dao! -el envite de este modesto aprendiz parece haber hecho mella-

A la Queta le cuesta caminar y se cansa mucho.

-Y tú, por ella...

-¡Por ella, mataría!

-Pues no matemos tanto y démosle un poco de vida. Sólo quiero que la Queta pueda salir de casa.

-¡Esas son palabras mayores! ¿No has dicho que querías aprender a jugar? Pues, manos a la obra, peón. ¡Carlitos! Un chupete para el funcionario.

35 Del inglés shooter: pistolero.

Por fin, mi órdago consigue cizallar una sonrisa entre las hundidas mejillas de Salvador. Los ojos, que ahora oculta tras una sota, caballo y rey, vuelven a reposar, dóciles, en el encofrado de sus cuencas. Los pómulos se inflan y las gafas recuperan su dignidad sobre la bovedilla recompuesta de la ceja.

¡Qué frágil es el cemento de la voluntad cuando ésta se confunde con el deseo! No acostumbro a lanzar órdagos, pero éste me ha servido para confirmar que la llave para cuidar a Salvador es cuidar primero a su mujer. Algunos dirán que soy un embaucador, pues acabo de vender un piso sobre plano a un pensionista. Soy consciente de que sus oídos han entendido que *yo sacaré* a Enriqueta de su prisión. Y no es así, porque no tengo ni los materiales ni el amor para hacerlo. Él no sabe que mi trabajo consistirá en acompañarlo a la obra y darle agua cuando precise.

Tan sólo confío en que este albañil jubilado vuelva a coger la paleta y el capazo, que ahora cuelgan de alguna pared del comedor, y se arremangue, una vez más, para sacar adelante a la familia. Porque no hay mejor hogar que el que uno construye con sus propias manos. Como decía su padre, y antes, su abuelo.

Migas y migajas

Chiqui, que llevo floooooores.

Chiqui, qué flores llevo,

orquídeas guaaapas, oiga...

La primavera se escribe en mayúsculas sobre los adoquines de Plaça Herenni. Ya vendrán los pakistaníes a ofrecer sus paraguas en tiempos de borrasca, pero el primer anticiclón de abril marca la llegada de las flores, y del gitano que las vende. Con su carrito de bebé, estilo santanderino, Julio recorre todas las calles del barrio hasta que el día se recoge y las flores cierran sus pétalos.

-¿Tú vas a ver a la Queta? -el florista me aborda cuando me dispongo a dar tres golpecitos sobre la persiana.

-Pues sí.

-Dale recuerdos... y este clavel. Ella es más de clavel que de rosas.

-De tu parte, descuida.

Chiqui, que llevo floooooores

El carrito de Julio se aleja y desaparece al doblar la esquina del carrer Forn, antes de que el calor de la plaza reseque la mercancía. Clavel en mano, pienso que el mundo está mal repartido: el sol que a unas flores les sobra, a otras, como a Queta, les hace mucha falta. Pero no es ella quien acude a mi llamada. Ella no tiene el trote característico de los pies ligeros de Salvador...

-¡Santo y seña, forastero!

-El santo la enseña.

-En ese caso, pase usted.

Por fin, la llave estrangula la cerradura de la puerta lateral y la risa acarajillada de Salvador me recibe con la chaqueta puesta...

-Hombre, Salvador. Pues sí que tienes prisa.

-Díselo a mi mujer, que me tiene de vespa.³⁶

Poco a poco, mis ojos se habitúan a la tenue luz de una bombilla blanca de los chinos. Aún a tientas, detecto un aire muy familiar: son unos pimientos fritos, que se dan de codazos con los ajos y el chorizo de un sofrito en una sartén. El fuego ya está apagado, pero no hace tanto, pues

36 Vespa: marca de motocicleta de estilo italiano de los setenta y ochenta. Aquí, se utiliza en el sentido de *vespa...aquí, ves pa...allá*, es decir, de recadero.

el olor es más fuerte por encima de mi cabeza. Supongo que esta pareja mayor, que suele dormir poco y mal, se ha despertado tarde, y Queta ha tenido que correr para preparar el aceite de las migas que hoy me enseñará a hacer.

Si el olor es uno de los mejores indicadores del estado de las personas, el orden en un domicilio es primo hermano. Con la vista ya despejada, puedo contemplar el comedor de cuatro por cinco metros rematados al fondo por una cocina de gas, con su pica y mármol. A través de una puerta acristalada que linda con la cocina, se vislumbra un patio interior y, más allá, la habitación de matrimonio.

El suelo del local es de un terrazo similar al de la bodega de Carlitos. Sobre éste, hacen cola las bolsas del Mercadona que el reparto trajo ayer por la tarde. El mortero venido a menos del viejo forjado ya no tiene fuerzas para seguir atando en corto a las baldosas, por lo que algunas ya han empezado a rebelarse.

El sofrito de Queta se ha esmerado en condensar el aire de un techo de bajo alicatado y falto de pintura.

-Pues te vas a tener que llevar la chapa de sheriff,³⁷ Salvador, porque hoy me quedo de pinche con tu mujer. Vamos a hacer migas.

³⁷ Tal como Salvador llama a su aparato localizador, que siempre lleva colgado del cinturón o en el bolsillo izquierdo de su chaqueta de pana cuando sale solo a la calle.

-La Queta tiene unas manos... ¡Oh, qué manos! ¡Cómo me manoseaba no hace tanto...! Anda, nena, hazme un masajito donde tú sabes, que chirrió más que los muelles de la cama.

-Anda, calla de una vez, tunante. Que me voy a poner roja y aún no me ha dao el sol esta mañana -el hilillo de voz de Queta se abre paso entre las bolsas de comida-. Oye, ¿qué llevas en la mano? -la murciana se ha fijado en el clavel.

-Toma, de parte de quien sabes.

-¡Qué buena gente es! ¿Sabías que su madre y yo pagábamos la matrícula de la escuela fregando los suelos de las clases? Y de rodillas, no como ahora. Así las tengo, *fill meu*. Lo que una madre no haga por sus hijos... -Queta se hace una friega por los muslos antes de volver a la carga con Salvador-. Y tú, no creas que me he olvidado de ti. Lárgate, o llegarás tarde.

-O no llegaré. ¿Lo ves, Isidro? En mi casa, yo siempre tengo la última palabra: lo que tú quieras, cariño.

El totanero infla unas mejillas recién afeitadas, esperando que su mujer coja la zapatilla para arrancar a reír.

-Vete ya al banco, que hoy es día de cobrar la pensión y habrá mucho viejo.

-Será mejor que lo acompañe -digo yo.

-Tranquilo, que mi marido todavía toca. Es que resulta

que esta mañana ha venido mi sobrina, la Susi, que necesita dinero para hacer inglés y claro, para qué están los abuelos.

-¡Qué pijo! -replica Salvador-. Te voy a regalar mi trompetilla, mujer. Lo que pasa es que tu sobrina necesita dinero para hacerse las ingles. Y como no trabaja ni es candidata, aquí estamos los millonetas.

-¡Ah, Salvador! No seas tan malo. Se conoce que la cosa está difícil para los jóvenes.

-Sí lo sé. No hay más que ver cómo está la iglesia de al lado. La gente viene a porrones a ver si les cae algo de comer o algún trabajillo. Pero eso no quita que la Susi ya tiene pelos en los sobacos, y si se los quiere peinar, ya es hora de que sepa lo que vale un peine.

-Dejemos el asunto, que en cada lavadora perdemos una sábana.³⁸ Vete a tomar viento. Y si no quieres ir al banco, ya iré yo.

-¡Ahora te escucho, rubia! Ya estás tardando, pajarito. Mañana, te pones las alas y sales de una pu...ñetera vez de esta jaula. ¡Ea! Que me voy a la bodega, a ver si me chispo con un café. Ah, y no me esperéis, que después me acerco a la lotería. Yo sé de uno que se fue a por un décimo y no volvió....

38 *A cada bugada, es perd un llençol* (cat.): las cosas se gastan por el uso diario.

-Ve a donde quieras, pero te quiero de vuelta a las dos, que si no, las migas se pasan y luego te quejas de que se te pegan en la postiza.

-Cuidao con la jefa, que te desmiga -Salvador me advierte, mientras sus piernas ya vuelan hacia la puerta. Pero antes de desaparecer, vuelve a inflar los mofletes para dar la puntilla-. Lo dicho, en esta casa, yo tengo la última palabra: lo que tú quieras, cariño.

De repente, la mano de Queta efectúa un lanzamiento de zapatilla que, sobrevolando mi oreja izquierda, describe una precisa parábola hasta el faldón de la puerta. El murciano, experto en esquivar los golpes de la vida, consigue borrar su traviesa figura de la diana justo a tiempo.

-*Mare de Déu*. No sé cómo acabé con este cabeza de chorlito. Y mira que tuve hombres pa' dar y vender.

Y yo también me lo pregunto. Llevo apenas un mes con esta desapareja y tengo curiosidad por saber más de ellos, pero sin prisas, a fuego lento, porque no trabajo por objetivos sino por subjetivos. Por eso, porque cuidar no es correr sino llegar lejos con las personas, lo primero que debo trabajar es la confianza, empezando por quien no quiere ser cuidado.

Siempre he tenido debilidad por los espíritus indómitos, como el de Salvador. Aunque su sombra ya se ha

acostumbrado a la mía, de su pasado, poco sé, resguardado tras la sonrisa y los chistes con los que entretiene el día. Sin embargo, tampoco podía dejar pasar más tiempo para poner mis oídos en Queta. Ya es hora de que ella ponga voz a un alma que sufre el cilicio de ver que, como si fueran opuestos, sube el termómetro de la desmemoria de Salvador al tiempo que baja el mercurio de su fuerza física para cuidarlo. Esta catalana tiene sus escudos: sobre el pecho, una cruz de Caravaca; sobre el mueble, el retrato de cuatro nietos. Hasta ahora, no hemos podido pasar del *ay, pobrecito, mi marido* ni *del cada una, con su cruz*, pero sé que algo se cuece en su interior. Por eso, le pedí que me enseñara a hacer migas.

A Queta le costó aceptar el reto de volver a hacerlas, pues el tendón del hombro derecho de su marido está roto por los años de levantar sacos de cemento y ahora no puede dar vueltas al pan con la rasera. Pero no tardó en animarse cuando supo que mi madre era de Lorca. En su cabeza, no cabe que mi sangre de huerta murciana circule por unos cauces ajenos a su origen. Y la cocina es la mejor arteria para reconducirla. Porque la cultura se escribe entre fogones y especias.

-Queta, aquí tienes a tu aprendiz. ¿Por dónde empezamos? ¡Ah! Antes que se me olvide, ¿quieres que te deje el

clavel en el jarrón?

-Sí. De paso, échale un agua y me acercas el bol.

-¿Qué bol? No lo veo...

-Ese, el que está encima de la estufa.

En casa del pobre, la estufa es una mesita cuando no calienta. Sobre un tapete de hilo hecho a mano, una botella de agua de ocho litros que ha sido degollada. En su vientre, el pan desmigado ha chupado todo el agua, a juzgar por su volumen.

-Gracias, hijo. Recuerda que tiene que ser pan de payés. Siempre hacemos medio kilo pero, esta vez, haremos uno entero para que te lleves un túper.

-Yo, ya soy feliz con probarlas...

-Tú, achanta el mirlo, que cuando las pruebes, se te saldrán las cucharas.³⁹

-Así que lo dejas en agua...

-Tiene que ser pan duro. Lo dejas secar tres o cuatro días. Después, lo cortas así, a lo finolis, en rebanadas.

Queta dibuja con el canto de la mano varios cortes tangenciales a la circunferencia de una mesa de brasero, ahora viuda de brasas. Sobre el maltrecho reposapiés, un improvisado estante de aglomerado con un pequeño cojín, donde suda y se ennegrece una pierna hinchada por el azúcar.

39 Ojos.

-¿Y cuánto tiempo en agua?

-Pues, un par de horas. Tampoco hay que ahogarlas. Lo importante es que el pan tenga más miga que corteza. Ah, y no compres pan de barra, que lleva mucha farfolla de conservantes. Eso amarga.

-Queta, tú sabes que vengo a cuidar a tu marido pero también vengo a cuidarte a ti. Y no sé si hay algo que te está amargando, pero tengo la impresión de que tú te lo guisas y tú te lo comes.

-Este pollo a l'ast me lo estoy comiendo con plumas, y sin alioli. Pero es lo que me ha tocado. Cuando llegues a mi edad y mires atrás...

Ahora, la cocinera introduce la mano izquierda en el bol, haciendo girar la masa en sentido inverso a las agujas del reloj. Sus pequeños ojos marrones parecen entrever las migas de algún recuerdo en el torbellino de pensamientos.

-Algún día me contarás. Tú tienes muchas recetas y yo sólo tengo una: escucharte cuando estés preparada. Si tardamos una semana o un mes, es lo de menos. Lo importante es que los ingredientes sean de buena calidad. Y tú los tienes.

-No sé si vale la pena. Con la edad que tengo...

-Con los tiros que tienes pegados, te has ganado vivir en paz y si, además, te puede ayudar un yogurín tan guapo

como yo...

Queta sonríe y se destensa.

-¿Sabes qué pasa? Que la ropa interior se lava en casa, y con mano izquierda - ahora, la mano mueve el mejunje en sentido contrario. No sé si está pensando en el pan o en la lavadora. Espero que en algún momento se detenga, pues siempre hacemos girar el reloj hacia adelante o hacia atrás es para no estancarnos en el presente-. ¿Sabes qué pasa? Que ya no me quedan hijas con las que desahogarme, y Salvador, bastante tiene con no perderse.

Por instinto, busco sobre el mueble de fórmica marrón, las fotos con las que debe de compartir tertulia y confianzas esta murciana. Encima de unas páginas amarillas, se ha quedado el localizador, una vez más. No sé si es la virgen del perejil o el improvisado santuario que ha montado con dos velas y la foto de su marido en la bañera, pero, cada vez que Salvador sale sin su localizador, rezo con Queta -aunque ella no se dé cuenta- para que encuentre el camino de vuelta.

-Igual, tienes razón y va siendo hora de sacar el pan del agua. No vaya a ser que las migas se vuelvan migajas.

La pequeña nariz de Queta aspira, con disimulo, una furtiva lágrima y, con ella, el polen de un propósito en ciernes, que har a cambiar nuestra relación cuando germine.

-Bueno, volvamos a las migas, que se te acaba el tiempo y te irás con el estómago desconsolado. Además, te necesito para que las muevas. ¿O pensabas que te iba a salir gratis?

-¡Ja! Ya me había hecho a la idea.

Ahora, las manos de la chef cogen las del aprendiz y las sumergen, con suavidad, en el bol. Soy consciente de que estoy siendo bautizado en aguas sagradas y que, si tengo paciencia, seré su fiel discípulo y confesor, hasta que la enfermedad o algún volantazo en la coordinación del servicio digan *hasta aquí, hemos llegado*.

-Fill -lo dicho, ya me ha adoptado-, ahora saca el pan de la fuente y lo pones en el colador de la pica. Eso es. Después, lo pones en un trapo de cocina limpio y otro, encima, para que vaya chupando el agua.

Mientras hablamos, las piernas de Queta se retraen para calzarse unas zapatillas con los talones chafados. Sus brazos se apoyan sobre la hoja de la mesa brasero y las caderas, generosas, se balancean hasta conseguir retirar la silla. Por un momento, el Isidro persona se deja llevar por un acto reflejo y ofrece el gancho de su brazo a la mujer, pero pronto, el Isidro profesional lo encoge, consciente de que esta batalla diaria, por muy dolorosa que sea, es un cuerpo a cuerpo entre Queta y su artrosis. Y no parece que le vaya mal, a juzgar por la eficacia de su técnica de incorporación

en tres tiempos.

-No lo crearás, pero, en mis años mozos, yo era una Sissi. A ver si no, el picaflor de mi marido se iba a fijar en mí. Menudo era. Porque... ya habrás oído campanas en la bodega, ¿no?

-Si te refieres a la cuadrilla del mus, aún no me han dicho nada de él. Supongo que esperan a que no esté delante para ponerlo a caldo. Pero, lo que más me sorprende, es que Salvador es muy diferente a ti. No digo que no fueras un bombón -Dios me libre-, pero, una cosa es ir a la cama con alguien y otra, llevarla al altar.

-Bueno, bueno, lo del altar tuvo que esperar unos años.

-Aquí, donde me ves, yo estaba casada cuando lo conocí. Sí, sí, no pongas esa cara, Isidro, que una cosa es lo que ves y otra, lo que se cuece debajo -los nudillos de Queta chafan el trapo que cubre el pan, estrangulando las migas sin piedad, escurriéndoles hasta el último pensamiento.

-No lo has pasado bien, ¿verdad?

-Pa' qué te voy a engañar. Pues no. Pero no llamemos al mal tiempo, que ahora toca levantar el trapo y desmigar. ¡Ea! Con garbo, hasta que queden bien pequeñas. Anda, tráete pa' acá la sartén. Yo ya he sofrito los pimientos con el chorizo y la *cansalada*⁴⁰ para que no nos den las cuarenta.

40 *Cansalada* (cat.): tocino.

Tal como desmigas, lo echas. ¿Lo ves?

Observo con devoción esos dedos deformados que se retuercen, aún más, para desmenuzar el pan, antes de rehogarlo en el aceite de una sartén extremeña de cinco litros, nacida para hacer migas.

Ya mismo, llegará mi turno de voltearlas con la rasera, así que me he de apresurar en buscar en mi móvil una banda sonora que ayude a voltear las imágenes de su confesión. Esta vez, juego con ventaja, pues no tengo más que volver a aquella caja de casetes que llevaba mi padre en el seiscientos cuando viajábamos, en verano, a Murcia y Albacete. Conociendo a Salvador y el tipo de música que tararea cuando hace de vientre, me inclino por Juanito Valderrama. Apenas le doy al play, la sonrisa de Queta me lanza un subliminal *¡qué puñetero eres!*

-Hala, ya puedes llevarte las migas al fuego, que yo me vuelvo pa' mi tierra.

Desandando, uno a uno, los tres tiempos del repliegue, los pies de Queta regresan a los bajos de la mesa para seguir hinchándose. El pinche se afana en trasladar con sumo cuidado la sartén repleta del sofrito aún templado y un kilo de migas húmedas. La rasera ya está con el delantal puesto, esperándome sobre el mármol.

Los dientes de Queta rechinan con las primeras paladas,

pero se abstienen de reprender las rascadas de una mano inexperta. Y yo, ¡venga a darle con salero a las migas! Las coplas de Juanito Valderrama y el aroma de las migas comienzan a cargar de nostalgia el ambiente bajo el alicatado. No sabría decir si hay más de un ingrediente que de otro, pero la música y la cocina siempre van de la mano en estos viajes sentimentales. Queta viaja a la cocina donde aprendió a hacer esas migas. También yo, que recuerdo perfectamente el primer día que las probé, en la cocina de mi madre, cuando me dijo que dejara el pan de barra en la despensa porque pan con pan, comida de tontos.

Los labios de la murciana parecen animarse con las primeras letras de *Pena Mora...*

*Quando por los campos de verdes chumberas
suenan las campanas de la madrugá
y salta a los montes la luna lunera
y a mi vera, vera te sientto llegar.*

-Queta, tienes una voz de vedette. Eso sí, el acento de tu tierra no te lo quita nadie.

-Es que tuve buenas maestras. Fue cuando conocí a Salvador. Yo trabajaba de limpiadora en un club de alterne del paralelo. Él era un habitual de los jueves pero sus ojos no se habían cruzao con los míos porque él se tomaba un cubata

y cogía de la mano a la chica de turno y se la llevaba a una pensión donde le hacían precio. Yo me dedicaba a adecentar las sábanas y el retrete de las chicas del local, entre servicio y servicio. Las habitaciones tenían una puerta que daba a un pasillo secreto. Allí, me sentaba a esperar oír tres golpecitos para saber qué cuarto quedaba libre para limpiar.

Confesaré que cada vez que una persona se abre a mis oídos, me sorprende la transformación de su lenguaje no verbal. Ahora contemplo a esta octogenaria de expresión afable que coquetea con un mechón de su cabello teñido, como si estuviera a punto de saltarse los semáforos del convencionalismo. Con un poco de suerte, la chef va a regalarme una *masterclass*, una receta especial. Y como dicen que lo más bonito es lo inesperado, me apresuro a sacar lápiz y papel.

-Tú pareces una mujer discreta y, por eso, te habrían contratado...

-Bueno, bueno. Espero que tú seas más discreto que yo -la mirada de la Queta calibra su arco y lanza una flecha de advertencia en mi dirección.

-Tranquila, mujer.

-Yo era discreta, pero no de piedra -ahora, una mano juega con las olas azul caribe de las puntas del cabello, claro vestigio de aquellos días en el club-. Había cogido la faena

porque estaba desesperada y porque odiaba a los hombres. Cualquiera que se me acercaba se llevaba escobazo en la huevera, y eso, a la jefa le gustaba. Pero, chico, tantas horas allá sentada... ¡Cómo me podía resistir a echar un ojo, así, como quien no quiere la cosa, por las cerraduras de esa vieja casa. ¡Claro que sabía que era el pecado que me llamaba! Pero, a esas alturas, ya no me importaba. Porque, algún día te contaré que, menos la muerte, yo ya había sufrido los castigos de toda una vida por adelantado, como muchas de las chicas que allí trabajaban. En aquel sitio, se nos juntaba el hambre con las ganas de comer.

-Y la cosa sigue, Queta. Si yo te pintara la piel y te enviara a otro continente, estarías igual. Las mujeres rellenan y lavan los platos de los hombres y, si los rompen, los pagan, a veces, con sangre. Perdona, no quería interrumpirte...

-Gracias por animarme, zagal. Y así era que, después de besar a mi Santa Eulalia, levantaba la silla y me acercaba a mirar: allí tenía seis orificios con sus seis maestras.

Puedo imaginar las jóvenes de la joven Queta reajustando el número de sus católicas dioptrías a la luz roja de los lupanares, donde cada hetaira desplegaba sus propias técnicas y artimañas para exprimir el jugo y la perra gorda a los penes, solteros y casados, de la ciudad.

-Al Salva lo conocí un martes -ahora, las nalgas de Que-

ta dan un respingo, haciendo que la silla se ajuste un poco más a la mesa. Por fin, la espectadora indiscreta de sueños ajenos se dispone a entrar en escena-. Él había adelantado su correría de los jueves porque tenía que comenzar un trabajo ese día fuera de Barcelona. Yo, como siempre, aguardaba a que alguna de las chicas diera los golpecitos en la puerta. Creí que la negra Celia me llamaba y abrí sin más. Entonces, me di cuenta del error. De sopetón, me acordé de las obras que en el piso de arriba estaban haciendo para ampliar el negocio. Pero ya era demasiado tarde. Allí estaba yo, frente a un hombre que tampoco tenía que estar en aquella habitación, porque nunca se acostaba en el club. Ya nos ves, Isidre, cara a cara, como dos tontos, esperando que alguien entrara a arreglar este estropicio del destino. Pero nadie entraba. Así que Salvador se echó al ruedo y me empezó a regalar las orejas.

Mientras mis dedos se esmeran en no tener ningún percance en ésta su primera cita con las migas, los de Queta coquetean con un mechón hasta erizarlo, emulando, quizás, la primera caricia de las ásperas yemas de su don Juan paleta.

-Yo, que tanto me había equivocado con los hombres, me resistía a dar un paso hacia la puerta, pero una vocecita me decía que, esta vez, la copla iba a ser diferente. Yo veía

que Salvador miraba la virgen que llevo colgada de mi cuello. Sus ojos hacían chispas. Así que me dejé llevar. Después, me soltó *nena, ¿nos vamos?* Y yo dejé la cofia sobre la cama y lo seguí. Él tenía un nidito. Pero, antes de acostarnos, le dije *tú me enseñarás a ser medio puta, pero yo te enseñaré a ser el medio hombre que te falta.*

El *salvador fue salvado*: ahora, entiendo la coletilla que Salvador hace servir cuando hablamos de su mujer. ¿Qué guionista podría haber escrito una escena tan sublime como la de estos dos actores obligados a improvisar?

-¿Y te arrepientes?

-Me arrepiento, sí, de no haberme equivocado antes en mi vida. Cuando se me acercó al cuello y besó a mi virgen, supe que ya no nos íbamos a separar.

Mientras suena en mi móvil *El Emigrante*, pienso que me faltará conocer la versión del totanero. Tiempo habrá, si la enfermedad lo permite, pero aún no me hago a la idea de que ese tipo, que flirtea con las panaderas del carrer Rector Triadó y maneja los tempos de las conversaciones de la bodega, fuera aquel pecador, postrado ante la virgen del colgante. Pero, ahora que siento el amor y la dignidad de Queta, no me extraña que él creyera que Santa Eulalia, patrona de Sants y de Totana, habitaba en aquella limpiadora de pecados carnales.

La solemnidad de un silencio entre canciones lacra el sobre de aquel encuentro. Los ojos de Queta centellean a la luz del fuego. Yo reposito mis manos en las asas de la sartén. De pronto, el cuco de la pared nos avisa de que está sudando la gota gorda, señalando con su pico acusador a la chapa de la persiana, reconvertida en cocina de inducción. Queta empieza a sudar. El sol de la plaza le regala su calor, pero le niega su luz. Pienso en las flores del gitano, fresquitas como estarán a estas horas con el aire acondicionado del mercado, y vuelvo a repetirme que el mundo está mal repartido.

-Y aquí nos tienes, Isidro. Más juntos que esas migas que se te empiezan a chuscarrar, porque no estás por lo que tienes que estar -la reprimenda y los aspavientos de la chef me devuelven a la cocina.

-Ostras, Queta. Es que me tienes en ascuas. No me esperaba una historia así.

Ahora, ella relaja el maxilar. Sus labios riman con la mirada de quien sabe perdonar.

-Ni yo pensaba contártela con pelos y señales, pero tengo mi vocecita, que me dice que vamos a hacer buenas migas.

-Espérate a probarlas. Igual, no opinas lo mismo.

-¡Qué pijo! Eso se lleva en la sangre. Mira tus manos y verás las de tu madre, y también las de tu abuela. Anda, para el fuego y tápalas con un trapo.

Mis manos suspiran, aliviadas. Tan solo espero no tener que probar el fruto de tanto esfuerzo ahora mismo. Me he quedado sin estómago para digerir tanto ingrediente y condimentos. Las imágenes de Queta y Salvador en el burdel se mezclan con las de esta pareja en su madurez. Aún tendré que darle unas cuantas vueltas con la rasera esta noche, tumbado en la cama.

-Déjalas que reposen, Isidro. Que reposen. Aún no están para comer.

La mano de Queta barre el hule de la mesa para gobernarse el túper. Hoy, me llevaré un buen plato de migas en la mochila, y una receta para la vida que nació en los tiempos del hambre, cuando los pobres no comían migas, sino migajas.

Dos monaguillos y un tirachinas

*Paaaaanis angeelicus
fit paaanis hominum⁴¹*

Las voces blancas del coro dan los últimos retoques a la antífona de Santo Tomás de Aquino. A las gargantas sin nuez se suman las de algunas viejas devotas, afanadas como están, engalanando con flores de mayo la Iglesia de Santiago el Mayor de Totana para la misa de Corpus Christi.

-Ya te dije, Salva, que no teníamos que haber robao esas fresquillas del huerto de don Andrés.⁴² Además, estaban verdes y no sirven ni pa' tapar un roal⁴³ en el estómago.

La voz de Pablito desentona con el alba de monaguillo que llevan puestos él y su compañero de andanzas.

-Anda, no seas revenío, Pablito. Sabes que se lo merece.

-Pero, pijo, Salva, que es el alcalde... No puedes morder la mano que te da de comer.

41 El pan de los ángeles se hizo el pan de los hombres...

42 Melocotón de agua.

43 Agujero.

Al mentar la comida, Pablito se lleva la manga a los labios y se seca la saliva con las cruces que decoran su ribete. Sus diez años de vida sólo han conocido el pan negro y las sobras.

-Esa mano, que le da limosna a tu viuda madre, ha mandao matar a mi tío, Juan, por comunista.

-¡Qué le costaba hacer como todos, y aquí paz y después gloria!

-En este pueblo, no hay paz ni gloria pa' los que perdieron, Pablito. Y si no, dime una noche que tu madre no te haya soltado una guantá pa' desfogarse después de pasar el día riéndole las gracias a la mujer de don Andrés o al padre Chico. Al menos, mi tío no perdió la chaveta.

-Pero perdió la vida. Salva, mira que eres duro de mollera... El caso es que aquí estamos castigaos a ir emperifollaos⁴⁴ y a cantar como pájaros enjaulaos.

-Anda y calla un poquico. Y no desentones, que aún nos va a caer una hostia divina.

Paaaaauper, seeervus et humilis⁴⁵

-Puuuuulpo, cieeeervo y... Canta una miaja, Pablito, que hay que disimular. Ya está todo atado. Julito seguro que ya está bailando y levantando faldas.

44 Bien mudados.

45 Pobre, siervo y humilde.

-¡La Virgen! ¡Cómo corre el zagal! No hay guarda ni galgo que le eche el lazo.

Sobre la piedra de la plaza, soplan los vientos de la banda de música. Julito, el tercero de la pandilla, anda agazapado entre los blancos vestidos de niña y lazos de grumete. Pegado a la sombra de los estandartes de las hermandades, espera a que sus futuras víctimas entren y tomen asiento.

¡Sileencioo!

El profesor de música no está dispuesto a que ningún angelito se descarríe del ensayo. Ya empieza a crecer el runrún del gentío a los pies de la Iglesia y pronto, se abrirá el pórtico de los días grandes. Sin embargo, los dos monaguillos accidentales prosiguen con su lista de agravios.

-La culpa es tuya, Salva, por tener buena voz. ¡No nos podrían haber metido en la perrera,⁴⁶ como siempre...!

-¡Qué pijo! No estamos aquí porque cantemos bien las serenatas a la bien hablada.⁴⁷ Yo, estoy aquí porque el alcalde le tiene ojeriza a mi padre y tú, aunque ya no tengas papá, eres hijo de rojo. Nos quieren humillar. Pero pierde cuidao, que esto no va a quedar así.

De pronto, Salvador se lleva las manos a la cintura, para ceñirse la blanca tela del uniforme. Como nacido del om-

⁴⁶ Calabozo.

⁴⁷ Santa Eulalia, patrona del pueblo.

bligo, emerge el relieve de un objeto en forma de y griega. Pablito se teme lo peor y coge del brazo a su amigo.

-Tranquilo, que este lugar es sagrao. Pero, cuando salgamos de aquí, mi tirachinas hablará cristiano.

Por fin, el campanario hace temblar las robustas paredes de la torre toscana. Con el redoble del mediodía, las barrocas hojas de la portada chirrían, poniendo fin al ensayo del coro.

Poco a poco, los bancos se van poblando. La Iglesia es la viva imagen de una posguerra aún inexperta pero ya implacable con los parroquianos. Las primeras filas, ocupadas por la autoridad y las familias pudientes, se engalanan con vestidos nuevos para la ocasión y finos perfumes. En el cuerpo medio de la bancada, se sitúan los pobres acólitos del bando nacional, enfundados en su único traje de domingo y colonia bien cargada para evitar el hedor de las últimas filas. En éstas, el resto de totaneros -la mitad- se aguanta los harapos y las lenguas, que se las ven y se las desean para no gritar *¡Pauuuuuper!* más alto que *servus et humilis*.

Con todo el pueblo aposentado en el lugar que le corresponde, aparece en el umbral la figura alta y delgada de don Andrés. El trasluz proyecta su alargada sombra sobre el pasillo central de la Iglesia. A dos pasos de distancia,

le siguen tres féminas bajitas y rechonchas, que miran de no perder comba con el cabeza de familia, mientras éste avanza entre las dos columnas de bancos y los ocho pilares y arcos que aguantan los cinco siglos de planta basilical del templo. Pronto, alcanzan su asiento *ad dexteram Patris*.

El coro, que ocupa el flanco opuesto del altar, realiza los últimos carraspeos al ver que los feligreses ya se incorporan al oír la puerta de la sacristía. Por ésta aparece el cura, al compás del acordeón del profesor de música, que marca los primeros compases del Gloria. Ajeno al protocolo, Salva está empecinado en echarle el ojo al pelo cobrizo y revuelto de Julito entre la mudada audiencia.

-¡Ay!

Pablito le arrea un pisotón a su amigo, que arranca a canturrear, tarde y mal. Por suerte para el oficio, el pastor de la iglesia ya había puesto en antecedentes al director del coro sobre los dos elementos que el alcalde le había encomendado. Al ver las rodilleras de sus pantalones cosidas a agujeros, la batuta acusadora no había tardado en mandar a las ovejas negras a la cola del rebaño.

Siguiendo sus instrucciones, los niños de buena cuna, que ocupan la primera fila, estiran el cuello y la garganta para acallar las voces discordantes de los intrusos. Porque, en el coro, también hay lucha de clases. Ahora, los angelitos

juntan sus alas para que no se vea el polvo de los dos pares de zapatos poco dados a pisar los rombros blancos y negros de la iglesia. El suelo de mármol es un tablero de ajedrez donde las manos de la autoridad civil y divina mueven, a su antojo, los peones, alfiles y caballos totaneros.

Después del saludo inicial, la mano del Padre Chico manda sentar a los asistentes, dando paso al acto penitencial.

-¡Pijo! -ahora, es Salva quien pisotea el gastado cuero de Pablito.

-¡Qué haces!

Desde el coro, los dos monaguillos divisan una nube roja entre el cielo de artesanado mudéjar y el melonar de negra pelambre que el Padre ha plantado en los bancos. Sin duda, el cambio de liturgia ha pillado a la melena de Julito con el pie cambiado.

Con un golpe de ceja, Salva urge a Pablito a que mire hacia la fila de las abuelas critiquerías del pueblo. Éstas, a medida que han ido perdiendo dientes, han ido degradando su presencia en misa. Hoy, ocupan una discreta novena fila, un lugar idóneo donde acabar de gastar el rosario sin que el cura las amoneste por no incorporarse durante el oficio. A su espalda, una sonrisa traviesa está enfrascada en anudar la borla del negro mantón de una abuela con la de

la comadre, y así, hasta tenerlas a todas atadas. Julito no sabe escribir su nombre pero hoy, estampará su firma sobre los anales del templo.

Salvador sabe que los ojos afilados del personal apuntarán en su dirección y esta noche volverá a dormir en la perrera, con una oreja más roja y larga que la otra. Y aún así, al ver las maniobras de Julito, sonrío como un ángel al que acaban de darle las mejores vistas en el pesebre.

A Pablito no le hace tanta gracia el plan. Su madre está enferma y, si lo pillan, hoy no habrá quien haga las encomiendas a los señoritos ni les lleve los vestidos recosidos. Aún recuerda cuando tenía cinco años y su hermanita, de tres, le dijo que tenía tanta hambre que se iba a comer un brazo. Él se abalanzó y le detuvo el miembro, que ya iba derecho a los dientes de leche de su boquita. Fue entonces cuando se prometió que nunca más faltaría un chusco de pan en la mesa. Aquel mismo día, su infancia acabó.

Pero poco importa ya, porque el mal está urdido. Las octogenarias no levantarán el trasero ni para comulgar, así que ambos se resignan a chapurrear los cantos y seguir escuchando los latinajos del cura.

Éste prosigue con la exaltación de aquella primera eucaristía en que Jesús convirtiera su cuerpo y sangre en pan y vino para compartir con los presentes. La mirada de

Salvador se entretiene con las uñas limpias del alcalde don Andrés y la rechonchez de su familia. Ya sea por el agrio recuerdo de su tío Juan o porque se siente esmalliao⁴⁸ -el almuerzo le queda lejos-, el niño no para de imaginarse cómo debe de ser la Última Cena en casa de un rico un día de Corpus. Porque la suya, ya la conoce, y es la misma de siempre: unas migajas de pan mojado en un cazo de sopa. Y Salvador se retuerce de rabia porque esta noche no podrá compartir su modesto cuerpo y sangre con el cuerpo ensangrentado de su tío, ajusticiado por los santos cojones de don Andrés, ése que ahora mira al ojo de la bóveda que lleva la luz al altar, y se inclina, sumiso, ante las palabras del púlpito.

Con el alimento de la Palabra y la Eucaristía, el Padre Chico bendice a la parroquia y manda romper filas. Los últimos bancos, ahítos de tan divina comida, serán los primeros en vaciarse, eso sí, después de ver cómo el sol de la plaza vuelve a alargar la sombra de don Andrés, a medida que el alcalde se retira hacia la entrada.

Por fin, llega el turno de las critiquerías. Julito hace tiempo que debiera estar en la era alta, esperando a los dos compinches, pero no quiere perderse su gran obra. Se ha escondido en el confesionario, aunque está bien tranquilo,

48 Muerto de hambre.

pues sabe que, estando su amigo Salva en el lugar de los hechos, quien más, quien menos, aprovechará el incidente para acusarlo y saldar viejas cuentas. Además, a las malas, puede contar con sus dos espárragos,⁴⁹ mundialmente famosos en el pueblo por su velocidad y destreza a la hora de recortar picoesquinas.⁵⁰

El pelirrojo, no contento con ligar a las abuelas como una ristra de chorizos, se ha esmerado en los detalles, para que surja el efecto visual buscado. Ha hecho unos nudos más largos que otros de forma que el nudo de la primera abuela con la segunda es más largo que el de la segunda con la tercera. Y así, sucesivamente.

Así, cuando las cuatro abuelas se ponen de pie y empiezan a desfilar, no tardan en trastabillarse y caer como fichas de dominó.

Todo el pueblo se gira a contemplar el espectáculo. Aprovechando el anonimato del uniforme y el trajín montado, los dos monaguillos se escurren por la sacristía y, de ahí, a la libertad. Ya echan a correr como zepelines por las baldosas⁵¹ de la plaza.

-¡No corras, que es pecaooooo! -Salvador socarronea a su colega, a riesgo de echar los pulmones por la boca.

49 Piernas.

50 En murciano, esquina de un edificio o calle.

51 Aceras.

-¡Acho! Tira mejor pal puente y luego rambla abajo, que vamos pal Rulo.

-Espera una miaja, que voy a dejarle un recado a don Andrajoso.

Antes de encarar la calleja del puente, los pies de Salvador se detienen frente al ayuntamiento, que comparte plaza con la Iglesia.

-¿Pero qué haces, Salva? -le recrimina Pablito.

De pronto, Salva se levanta el hábito y desenfunda el tirachinas. Después, lo carga con un objeto marrón, redondo y liso, escupe al suelo y apunta a la balconera de cristal.

-¡Ahí te devuelvo tu hueso de fresquilla, cabrón! Esto va por mi tío.

El hueso impacta con tal violencia que la revienta en mil pedazos. Al ver caer la fina lluvia entre los barrotes del balcón, Pablito escupe también.

-Esto va por mi padre.

El estruendo saca de la Iglesia a los hombres, uniformados y paisanos, dejando de retén a las mujeres, para que traten de deshacer el lío que se ha organizado con los mantones negros de las viejas critiquerías. Un hermano que estaba enarbolando el estandarte a los pies de la entrada, es el primero en afanarse hacia el ayuntamiento, con la punta del mástil bien afilada para dar un saludo fraterno a los

gamberros.

Pero éstos ya han retomado la huída, ligeros de pies y livianos de espíritu, como si se hubieran quitado un peso de encima. Los jóvenes vengadores atraviesan el puente, donde un jornalero, que no sabe en qué día vive, espera a que algún capataz pase con su carro y lo contrate para su huerta. La rambla pronto será un enjambre de personas que aprovecharán el día de fiesta y el sol para pasear pero, ahora, es un río seco que lleva a Salvador y Pablito hacia el Rulo, por el camino hacia la Santa⁵² y Aledo.

*Totana ya no es Totana
que parece Argentina
con dos cines permanentes
y un jamón en su cantina*

*También tenemos el atrio
donde está nuestra patrona
y el alumbrado del mercado
al estilo Barcelona...*

Las voces blancas han dejado atrás la liturgia y explotan a cantar los carmina que han aprendido en templos más mundanos pero no menos sagrados para los parroquianos.

52 Santuario de Santa Eulalia, situado entre Totana y Aledo.

*También tenemos en Totana
lo que no tiene Madrid:
el catorce y el Macoco
y el perico Tutubí*

Para sorpresa de los fugados, la voz de Julito se suma a la carrera y remata la copla. La pandilla totanera, ahora al completo, brinca y se zarandea, celebrando la proeza. Ya habrá tiempo para las reprimendas, pero ahora toca disfrutar el momento.

Al llegar al Rulo, en la entrada del pueblo, los tres se sientan, desfondados, sobre la piedra donde descansa su virgen blanca cada siete de diciembre, cuando los romeros la traen desde su santuario, a los pies de la sierra de Espuña, más allá de los campos de naranjos y limoneros, donde el camino se impregna del perfume a pino, romero y tomillo.

-¡Acho! -dice Julito-. No pasó na' hasta que se levantó la Solita, que era la última. Cuando se tropezó, todas fueron al suelo y se montó la marimorena. Tendríaís que haberlas visto esturreás y espatarrás.⁵³ Se bajaban como podían el faldón pa' no enseñar las tabas,⁵⁴ y las otras mujeres las manoseaban pa' separarlas.

-¡La que hemos liao! -Pablito resume, antes de pegarle

53 Tiradas (esparcidas) por el suelo y despatarradas.

54 Enseñar las piernas.

un trago al chorro de la fuente-. Más vale que nos largue-
mos hasta que pase la solanera. Yo, me voy a la venta Los
Pinos. Voy a ver si me agencio una damajuana de tintorro⁵⁵
pa' la casa.

-Como no te aligeres, no te vas a llevar ni un corrental,⁵⁶
porque hoy habrá mucho cliente para comer. Si quieres,
te acompaño. Ya es hora de tomar un raspi.⁵⁷ Algún mi-
chirón⁵⁸ caerá, digo yo. ¿Te vienes, Salva?

La propuesta es muy tentadora o, al menos, es lo que
piensa el buche de Salvador. Pero, aún tiene un nudo que
no le dejará probar bocado. Y cuanto antes lo deshaga...

-Id vosotros, que yo me tiro pa' la Santa. Le prometí a
mi tío Juan que le llevaría los huesos de las fresquillas del
alcalde para enterrarlos con él.

-Salva, pero si tú no sabes dónde está metido.

-¡Vaya si lo sé! El lunes por la noche, oí llorar a mi padre
en su cuarto. Y como nunca llora, me levanté a poner la
oreja. Mi mamá lo besaba y le decía que tú tranquilo, y así
estuvieron una miaja, hasta que mi padre se soltó y empezó
a decir que si esto venía de lejos, de cuando la guerra, que si

55 Garrafa de vino tinto.

56 Vaso.

57 Tentempié.

58 Michirones: habas cocidas acompañadas, a veces, de chorizo,
laurel, ajo, pimienta, sal.

don Andrés se la tenía jurada a mi tío porque había matado a su hermano. Luego, dijo que lo habían mandao matar una tarde que estaba haciendo ligas de esparto pa' los pájaros,⁵⁹ y que se lo habían llevado lejos del pueblo.

-Ya, pero ¿qué sabe tu padre de dónde lo llevaron?

-Porque mi papá lo enterró. Lo fueron a buscar cuando iba pa' la era alta y le dijeron que tenían un trabajo para él. Ya te dije, Pablito, que nos querían humillar. Luego de enterrarlo, le dijeron que cerrara el pico o él cavaría su propia tumba.

-¡Ay, la Virgen!

Pablito se para en seco. Salva y Julito asisten al eclipse de un sol que, hasta hace nada, lucía en los ojos de su compinche. De repente, la imagen de su padre, desaparecido hace cinco años, cruza el horizonte de los huertos que llevan a la sierra y el valle del Guadalentín. Su madre siempre dice que a su papá le dio un aire cuando iba camino a Lorca pero, el caso es que el cuerpo nunca llegó al cementerio, donde trabaja el padre de Salvador. Ahora, el hilo de esparto de un pensamiento comienza a impregnarse de inquietudes hasta formar un cepo viscoso en el estómago: ¿y si su padre acabó en el mismo agujero que el tío de Salva? ¿Serán verdad las

59 Cepos de esparto con visco: varillas de esparto impregnado de pegamento o similar que se colocan, a modo de lazo, en los abrevaderos de los pájaros. En Totana, se colocaban en los balsones o balsas.

historias sobre fosas comunes que corren por los pueblos de alrededor?

-¿Sabes qué te digo? Que se me ha quitao el hambre. Me voy contigo.

Julito suspira, resignado, al ver que hoy el menú de la pandilla totanera se reducirá a cuatro naranjas y alguna que otra mora del camino.

Salvador me cuenta este episodio de su infancia para desahogarse, cada vez que sus hijos llaman para decir que no pueden traer a los nietos.

-Siempre están liados con los deberes y las extraescolares. ¡Estos zagales no saben lo que es la calle!

Después, me coge por los hombros y me clava los ojos, no sea que se me olvide su último encargo:

-Cuando vayas a Totana, llégate al Rulo y tira por la carretera hacia la Santa. A un kilómetro, está la venta. Ya la verás. Tiene dos pinos grandes en la entrada. Deja el coche y sigue por el camino que hay detrás. Verás un muro y después, un campo de naranjos. En la esquina, por donde pasa la acequia, encontrarás dos árboles cargaos de fresquillas. Llévate el tirachinas que tengo en el armario del dormitorio y lo entierras a los pies. Después, te coges un

par de fresquillas. A mi tío Juan no le importará que se lo robes. Tú, dile que vienes de mi parte.



Voces

¡Lárgate! Aquí no puedes estar

Esta no es tu casa

Tengo la oreja tan pegada a la persiana que empiezo a robarle el óxido. Intento mantener la calma, pues aún no puedo ponerle cara a la voz. Ni siquiera puedo asegurar que proceda del interior del local -cualquiera que haya vivido en una caja de cerillas sabe que el estornudo de una pared puede pertenecer al vecino de cuatro pisos más allá.

¡Pijo, que te he dicho que te vayas!

¡Déjalo en paz!

¡No te lo vas a llevar!

Por fin, ese *pijo* me saca de dudas. Es la voz de Queta. Antes de entrar con el séptimo de caballería, desmenuzo los datos: el te me indica que hay una discusión con alguien conocido, y el *déjalo en paz* es el hartazgo ante una amenaza que no es puntual. Es un asedio en toda regla, con un sólo

objetivo: robarle a Salvador.

Una vez que he descartado llamar a la policía -la ropa interior se lava en casa, como diría Queta- decido actuar con normalidad, pero con ciertas precauciones, no pretendo que un tipo me reciba con una porra -con la edad, aprendes que los seguros médicos sólo cubren a los cobardes-, así que dejo los tres golpecitos para mañana y doy un soberano guantazo a la persiana. Con esto, espero que el tipo salga por patas al patio interior y huya por el tejado del dormitorio.

La puerta lateral de la calle hace tiempo que tiene rota la cerradura y permanece abierta durante el día. Antes de poner el pie en el umbral, echo una mirada al dintel e improviso una plegaria a Santa Eulalia, con la ramita de perejil siempre fresca sobre su pedestal.

Virgen de Totana

Virgen de Sants

Cuida a esta pareja

Que tanto te quiere

-Pasa, pasa, que ya abro.

Ya, en el rellano, a mi izquierda, escucho un latigazo, seguido de un golpe brusco y metálico. Es la mano de Queta, que acaba de pegar un tirón a la cuerda de tendedero que le

até a la palanca de la cerradura para que pueda abrir desde su silla.

-Pasa, pasa, está abierto.

Se diría que la voz de Queta ha recuperado su tono suave en un tiempo récord. Sobre la mesa brasero, una cucharilla se marea en el vaso de leche desnatada. Todo parece estar como cada mañana. Tanta normalidad no hace sino levantar mis sospechas.

-Bon día, Isidro. ¿Todo bien?

-Eso, dímelo tú, Queta. ¿Dónde está?

-¿Quién?

-Pues el tipo que te molestaba.

-Aquí, no hay nadie. Habrá sido la María, que se discute con los hijos.

- A mí no me ha parecido que fuera tu vecina. Ella no habla, ella grita. Y en gitano.

-Entonces, habrá sido la tele. Ponen unas cosas a esta hora...

No hace falta ser experto en comunicación no verbal para saber que sus labios mienten, pues emiten el mensaje mucho antes que la expresión sobrearqueada de las finas cejas. Queta sonrío tras su máscara de rubor, pero la murciana no ha tenido tiempo de disimular las dos cascadas de rímel que afean la rechonchez de sus mejillas. Al lado del

vaso, dos sobres de azúcar, vacíos, delatan la palidez que, hasta hace un momento, las pintaba.

-Bueno, Queta, tú sabes que, cuando quieras, te presto mis oídos.

-Anda, tómate un café. Salvador se ha ido a alegrar la mañana a la panadera. No tardará, porque aquí tiene el café con leche y la magdalena.

Hoy, me tomo la cafeína sin rechistar, para no contrariarla. Mientras la conversación avance, sé que los objetos del comedor me irán chivando todo aquello que las palabras de Queta me ocultan -¿acaso no son una extensión de sus pensamientos? Un método infalible para observar es preguntarle por donde más le duele.

-¿Cómo está tu diabetes?

-La diabetes, de fábula. Yo, fatal. Mira cómo tengo la pierna hoy, hinchá de azúcar.

Ahora, Santa Enriqueta de los Dolores tiene vía libre. También, mis pupilas que, desde la profundidad de sus ojeras, podrán jugar a encontrar las siete diferencias entre el dibujo del comedor de ayer y el que me encuentro hoy. Aparentemente, ambos son idénticos, pero no hay que creer a ese gran mentiroso y seductor, que es el ojo.

Cuando una discusión va a mayores -y en el caso de Queta, puede que haya habido contacto físico con la otra

persona-, los objetos pagan los platos rotos: algunos, aparecen mellados; otros, fuera lugar. A simple vista, no parece haber nada caído al suelo. Los cazos y sartenes siguen en el escurrerplatos, y las sillas, en su redil. La laca de pelo mantiene su tiranía sobre los flecos azules de Queta, hecho que hace imposible el maltrato físico. Sin embargo, cuando me fijo en los estantes del comedor, donde la pareja tiene establecido su santuario familiar, algunos cuadros parecen haber sido castigados, como niños, a mirar contra la pared. Todos los cuadros que están a la vista son fotos en color. Las fotos giradas pertenecen, por descarte, a los rostros en blanco y negro -que yo recuerde, los padres de Salvador y un hermano-. Queta no tiene familia en blanco y negro, salvo su madre, cuya foto desapareció misteriosamente, en boca de Salvador, cuando a ella le dio el ictus, hace cinco años.

El asunto empieza a desconcertarme. Ahora, entro en una espiral de nuevas hipótesis, cada vez, más oscuras y alejadas de la inicial: se me ocurre que Enriqueta pueda tener un trastorno de la personalidad que la lleve a adoptar varias voces, como he visto ya en algún domicilio; o bien, que la soledad y un cerebro senil le hagan, no sólo hablar en voz alta, sino, incluso, contestarse a sí misma.

Aún necesito más tiempo para pensar, así que tiro de

repertorio y pregunto por el ausente.

-¿Y cómo se encuentra Salvador? Veo que no se ha tomado el agua.

Salvador es muy reacio a tomar medicinas. La única solución que hemos encontrado para administrarle la memantina, el medicamento que retrasa la desmemoria, es que su mujer le eche cuatro gotas en un vaso de agua, mientras yo lo distraigo. Después, le dice que se tome una aspirina, y con ella, va el agua adulterada.

-Ha salido pitando. Me ha dado una noche... Hoy hemos tenido visita. A las dos de la mañana, se ha levantado. Como no encontraba el lavabo, se ha meado en el rosal del patio. Luego, me dice que lo están llamando y que se va al comedor a ver qué quieren. Y yo, claro, Queta levántate y ponte una rebeca. Yo sé que será alguna alucinación, de ésas que tiene de higos a brevas, pero no me fío -que el barrio se está poniendo de un estupendo...-. Allí, me lo encuentro, hablando con la foto de su madre: *que si mamá, prepárame una cama en tu casa, que ya me queda poco o mañana pondré una vela por ti en la iglesia*. Pero luego se va al cape a abrir la puerta. Ahí, ya me asusto cuando escucho que dice *pasa, pero vete pronto, que mi mujer no te quiere ver*. Y no sé con quién estaba hablando, porque yo no veía a nadie. ¡Ay, Isidro! Con lo del alzhéimer, creo que se está quedando

sin fusibles más rápido de lo que pensaba. Y aquí, no hay quien pegue ojo. Parece mentira, pero nos visita más gente de noche que de día.

Mientras dice esto, los ojos de Queta basculan entre los retratos en blanco y negro y los de color. De repente, dos lágrimas exprimen su acritud sobre las mejillas. El rímel, ahora reblandecido, prosigue su caída hasta desembocar en sendas lagunas negras sobre las hombreras del camisón.

He aquí la paradoja de envejecer: cuanto más cerca del final, más cerca se está de la cuna. La mente juega estas malas pasadas, y la de Salvador desempolva los recuerdos más antiguos cada noche. Sin embargo, el dolor de Queta es más profundo. Tantas veces, la he oído lamentarse, no como mujer, sino como madre y abuela, pues apenas puede ver a sus hijos y nietos, siempre ocupados con el trabajo y las extraescolares. *Y cuando vienen, es porque necesitan dinero o porque algún nieto está enfermo.* Queta sabe que la familia de los retratos en color se está hipotecando el futuro, pues aquello que no ha hecho en vida, después no tendrá arreglo. Así, llegará la noche en que más de uno se acostará y sentirá el cosquilleo del gusano del remordimiento, que se desliza por los pies de la sábana para roer, poco a poco, centímetro a centímetro, el cuerpo del alma, hasta envejecerlo antes de tiempo.

Pero ella, sufre doblemente, cuando contempla a Salvador ante las mismas fotos, porque puede sentir el sufrimiento en sus ojos. Salvador no sólo es su marido, sino también, padre y abuelo. Tras su máscara de chistes y chascarrillos, él es muy consciente de que, cada día que pasa, esas caras, que ahora pertenecen a sus hijos y nietos, irán perdiendo un adjetivo sentimental en su cerebro. Y llegará esa mañana en que los mirará y tan sólo serán rostros alegres sin nombre. Y él, un rostro sin recuerdos, y entristecido, al comprobar, en la vejez y la enfermedad, que el antónimo del amor no es el odio sino el olvido.

Hablando de Roma, por la puerta asoma, tarareando alguna copla...

-No veas el cierzo que sopla, Queta. Casi pierdo la peluc... ¡Pero, hombre! Si ya está aquí el ministro.

-Buen día nos dé Dios.

-Acabas de llegar, ¿no? Anda, desenrosca la chapa a la coca cola, que estás delante de mi reina.

Es verdad. He tenido la cabeza tan ocupada que no me he acordado de quitarme la gorra.

-Ya te has vuelto a ir sin el busca -salta Queta-. Algún día te perderás y va a ir tu madre a buscarte, porque yo, con esta pierna... Me das cada susto...

-¡Ay, mi madre! -Salvador suspira-. ¿Ya te ha dicho mi

mujer que esto parecía las Ramblas esta noche?

-Algo me ha explicado.

Como bien mandao, el murciano se encamina hacia la mesa para devolver el cambio de pan a la patrona pero, a los pocos pasos, se detiene.

-Tate, que aquí hay bacalao.

De repente, su mirada palidece, dejando caer las gafas por el cartílago de la nariz. El bigote chapliniano pierde, por los flancos, el arco de las comisuras. Éstas resbalan, sin remedio, por los arrugados paréntesis de la boca.

-Enriqueta -en esta casa, se encienden las alarmas cuando Salvador llama a su mujer con todas las de la ley-. No me digas que ha vuelto. Si le dije que se fuera, que no lo querías ver ni en pintura.

He de confesar que no entiendo nada. Ahora, soy un cuadro más para esta pareja, que se habla con la mirada cristalina, en un código armado durante cincuenta años de abrazos. ¡Qué otra cosa puedo hacer sino esperar a que el pañuelo de Salvador limpie el rímel y acaricie las mejillas de Queta con sus yemas de paleta! En momentos como este, las miserias y pequeñeces de mi día a día empiezan a caer como hojas de octubre que el viento apila en los rincones y persianas de Plaça Herenni.

-Queta, tienes que decíselo al zagal -Salvador me rescata.

-Anda. Calla y tómate la leche.

-Venga, mujer...

-¡Que no! Si se lo digo, igual se espanta y no vuelve.

-Pero si tiene el culo pelao.

De pronto, la figura de Salvador siente la joroba de su pesada conciencia y acaba por derramarse junto al vaso de leche. Ahora, el polichinela se apaga, cansado de hacer tanta comedia.

Tras el respaldo de la silla, donde me atrincheré, observo cómo el silencio se pasea por el comedor, dando instrucciones precisas a los personajes para el siguiente acto.

-Queta. Yo...

Pero Queta sale al quite y me da el alto con una mano, al tiempo que sus caderas empiezan a alejar la silla de la mesa. Escucho unos pies que tiran de memoria para buscar las zapatillas y enfundárselas. Poco a poco, los brazos de la murciana consiguen colocar los pechos sobre el hule. Aunque discreta y de voz apocada, le sobran tablas para saber transformarse cuando el papel lo requiere. Una vez más, cobra ascendencia, atrayendo los focos del teatro hacia un rostro tan sereno como decidido. Ahora, vuelve a ser aquella joven que dejó de espiar a las chicas por el orificio de una cerradura para ser la protagonista de su vida. De pronto, una respiración profunda...

-Yo soy Enriqueta Martínez Costa, hija de Julia Costa. Ella fue una de las más grandes espiritistas de todo Murcia. Y yo heredé su don.

La huerta murciana ha dado grandes cosechas al más allá español. Y si no, que se lo digan a mi familia materna.

-Y esta mañana ha visto a mi amigo, Pablito.

-¡No me interrumpas, Salva! ¡Mira que te barro los pies!⁶⁰

Ante tal amenaza, su marido se pinza los labios con los dedos y me lanza una sonrisa traviesa. A Queta, le irrita. A mí, me tranquiliza.

-Cuando era pequeña, me venían a buscar a la huerta y me llevaban a alguna casa o al cementerio. Entonces, entraba en trance y el muerto hablaba por mi boca. Después, me desvanecía. Cuando despertaba, tenía dolores terribles en el pecho y dos lágrimas negras en mi cara. Una mañana, mi madre me enseñó su octavilla de espiritismo y me preguntó si quería ejercer. Y yo le dije que no, que esto me estaba matando. Ella me dijo que no iba a tener una vida fácil, que los muertos no perdonan a los que no quieren escucharles. Y así fue. A los nueve años, mi madre murió. Ella sabía lo que me esperaba porque ella había hecho el mismo camino. Cuando se casó con mi padre, se olvidó de la octavilla y

60 Barrer los pies, según la creencia popular, trae mala suerte.

prometió dedicarse a los vivos. Al poco, nació yo, pero mi padre murió. Mi madre no estaba dispuesta a que también le arrebataran a su hija, así que decidió retomar el oficio. Isidro, ahora ya sabes por qué tengo tanto miedo a que me roben a Salvador.

Queta, al interpelarme, vuelve al presente, aliviada tras romper el silencio. Tengo la impresión, si no la certeza, de que son demasiadas confesiones para tan poca pecadora.

-Y sin ti, amor, mi corazón sería el lugar más solitario del mundo -añade, mientras plancha, con la palma de su mano izquierda, un puño de la chaqueta de su salvador.

-Queta, nadie se lo llevará.

-¡Y tú, qué sabes! Mira lo que han hecho con mi cuerpo. Míralo bien, porque nada es casualidad.

-Fue casualidad que te encontraras con Salvador, ¿no?

-¡Ay, alma de cántaro! Fue mi virgen quien me lo envió -ahora, la mano viaja de la chaqueta al colgante de su pecho-. En el mundo, hay fuerzas malas, pero también buenas. Así es la vida de un mortal: unas te ponen el pie encima y otras, te recogen del suelo.

-Dice Salva que es Pablito. ¿No era ése el monaguillo rojo?

-Pero ahora es sólo un espíritu atormentado. Cuando alguien muere de mala manera, muchas veces se resiste a

caminar hacia la luz. Y aunque quiera marcharse, tampoco puede porque, con esto del alzhéimer, la sesera del Salva le ha echado el lazo y no lo soltará así como así.

-Anda, Salvador. Cuéntame qué le pasó a tu amigo.

Su voz de ochenta y tantos es un motor de dos tiempos al que le cuesta arrancar después de varios minutos en silencio. Así que el totanero coge el vaso de agua con la memantina y se lo zampa de un trago. Después, apostilla, como siempre, un asordinado *coño, qué amargo está y se* quita las gafas de cerca para ver con claridad las lejanas imágenes del pasado.

-Ya te he contado alguna vez que nos pasábamos el día de huerta en huerta robando fruta, cuando no íbamos a sisar bocatas a los niños ricos en la puerta del cole.

¡Jo! No veas cómo corríamos...

Salvador sonrío y sus ojos cristalinos vuelven a ser los de aquel zagal buscavidas que se perdía cuesta abajo, huyendo de las pedradas e insultos de aquellos niños. Pero pronto, su rostro se topa con el fotograma del trágico momento que marcaría la vida de Pablito y la suya propia.

-Lo que no te he dicho es que también le dábamos al estraperlo. Yo le decía a mi madre que iba a la balsa de los Bernalles a bañarme pero lo que hacía era colarme en el tren con mis dos colegas. Después, nos tirábamos antes de llegar

a la estación de la Hoya. Allí, nos esperaba un tipo que nos daba cuatro perras y un cigarrillo pa' cada uno por llevar a Totana unos fardos.

-¿Para quién eran?

-Te lo puedes imaginar. Yo los dejaba en la perrera. Y como me pasaba más tiempo allí dentro que fuera, nadie sospechaba.

-Vamos, Salva, dale garbo a la Greta,⁶¹ que te vas por las ramas y aún tienes que ir a comprar kiwis y huevos al paquistaní.

-Pero, mujer, deja que disfrute antes de que se me vaya la chola.⁶²

¡Cómo admiro la facilidad que él tiene para sacar punta a cada tema, por muy dramático que sea! No opina lo mismo Queta, que acuchilla la conciencia de su marido con la hoja de su mirada.

-Oído cocina. Pues nada, fue al caer la tarde, cuando ya volvíamos. Oímos que se habían subido al tren dos guardias civiles. Siempre había algún paisano de los otros vagones que sacaba la mano por la ventana y golpeaba la chapa del tren para avisar. En esa época, había mucha necesidad en Murcia, así que no éramos los únicos pasajeros con fardo y

61 Alusión a Greta Garbo.

62 Cabeza.

sin billete. Cuando los guardias pasaban de largo, algunos cantábamos...

*Estraperlistas
Esconded los bultos
Que viene la Guardia Civil
Si no quiere venir uno
Que vengan media docena
Que se lleven las capazas
Y nos dejen las talegas*

Pues ya nos ves, trepando como lagartijas al techo del tren. ¿Sabes? Había tardes en que había más gente arriba que adentro. El caso es que había unos cables de luz que atravesaban la vía. Eran ocho, porque los teníamos contados.

A ojos de campesinos y pastores, debían de impresionar esas negras siluetas encima de los vagones, que subían y bajaban sobre el rojo horizonte. Como si de un ecualizador de música se tratara, los pobres bailaban al compás de la canción que la miseria silbaba.

-Y esa tarde...

-Esa tarde, el tipo de los fardos nos había dado un cigarrillo de más. Nosotros íbamos distraídos, fumando y contando chistes. El caso es que a mí me tocaba controlar

los cables y me despisté. Cuando me vine a dar cuenta y llegamos al último, ya había contado hasta ocho. Pablito estaba de pie, bailando y haciendo el tonto, y el cable le rebanó la cabeza.

-Y ahora, mi marido se siente culpable. Por eso, tenemos al dichoso Pablito aquí, cada noche. Y los que vendrán, si seguimos así. Éramos pocos y parió la abuela -Queta da el último empujón al relato, consciente de que Salvador se pondrá a llorar y no habrá manera de cerrarlo.

-No sé qué decir, Queta. Y más vale que no diga nada sin darle cuatro vueltas a tanta sorpresa.

Ahora, la pareja me mira, esperando, quizás, un duro veredicto a sus desventuras.

-Pero, no creáis que voy a salir huyendo -entre el público, se oyen suspiros de alivio-. Hoy, he vuelto a comprobar que no se puede juzgar a nadie por su aspecto. Y mira que en esta casa hay más trampas que en una película de chinos, como dirías tú, Salvador, ¿eh? -éste sonrío-. Además, entre las migas, la broma y, digámoslo todo, vuestro cariño, hay que ser más tonto que mandao para dejaros. Pero, ahora me pregunto qué puedo hacer yo para alejar esos fantasmas.

La pregunta parece caer en saco roto. No debe de ser fácil pensar en el a partir de ahora cuando la estaca de la mente sigue clavada en algún punto kilométrico del cami-

no ya recorrido.

-Ya lo estás haciendo. Y desde hace tiempo.

-¿Cómo? -mi espina dorsal se electriza, pues mi nivel de desconcierto ya está rozando la embriaguez.

-Lo supe el primer día que entraste por esa puerta. Desprendías una energía que me daba paz. Tú tienes el poder de acompañar a los vivos y yo, a los muertos. Ya ves. Recuerda que te dije que haríamos buenas migas. Mientras tú estés con Salvador y mi virgen de la puerta tenga el perejil fresco, nada malo ocurrirá en la casa. Lo intentarán, pero no podrán.

-Pero tú has de salir a la calle. Esta persiana ha de subir. Porque tú hablarás con los muertos, incluso conseguirás que no entren, pero, te estás muriendo en vida, que es peor. Puede que no pueda bajarte a Santa Eulalia de su urna para que te la lleves de paseo, pero sí puedo llevarte en silla de ruedas. Como tú dices, nada pasará si vas conmigo. Hacemos buenas migas, ¿no?

-No estoy preparada.

Salvador me apremia con la mirada a rebatir un argumento que lleva escuchando desde hace tres años. Él sabe -y yo también- que éste es el último tren para Queta. Ahora, ella ha de escoger.

-Tampoco estabas preparada cuando decidiste no ejercer,

y mucho menos, cuando este jovenzuelo perdió los vientos por ti y te echó los tejos aquella noche en el club. Además, si tú piensas que nada es casualidad, ¿cómo demonios he llegado yo aquí?

La octogenaria inspira profundamente cada una de mis razones y las ausculta, buscando, quizás, alguna fisura que justifique seguir encadenada a la mesa brasero. Por fin, una furtiva sonrisa hacia su marido marca el signo de su decisión. Enriqueta Martínez Costa, la gran espiritista, ha decidido enfrentarse a sus monstruos, una vez más.

Los totaneros se sonríen, entimismados. Ahora, corren, huyen. Mientras los guardias civiles de sus noches los andan buscando, el ocaso de sus días recorta en el horizonte dos negras siluetas abrazadas sobre el techo de un vagón.

Yo me retiro, pues hoy, el verdadero trabajo no es el que se realiza yo durante la hora de servicio sino el que esta pareja hará las veintitrés horas restantes.

-Bueno, tortolitos, sigo patrullando. Que hay otros jovenzuelos que me esperan.

-Eso, eso, que dicen que el trabajo es salud -el semblante de Salvador se oscurece, contrariado, quizás, por mi huída-. Pues... ¡que viva la tuberculosis!

Ya decía yo que no era posible acabar una conversación tan profunda y trascendental sin un chiste.

-¡Ea! Hasta mañana -digo yo.

-Si Dios quiere -añade Queta.

-Y si la burra no se muere -remata Salvador, señalando con la ceja a su mujer.

-¡Salvador!

La cuadrilla galáctica

-Lo he mandao a cazar patatas -dice Queta-, pero pásate primero por la bodega, que ése habrá ido a confesarse con la cuadrilla del mus.

Ya sabía yo que no iba a encontrar a su marido en casa. El sapiens es un ser de costumbres, y el sapiens *jubilatus*, aún más. La mujer no ha hecho sino poner letra a la cantinela de cada día.

-¿Pero ya sabe que tiene médico?

-Sí, ¿y qué? Dice que pa' recoger unos anales,⁶³ que vaya su tía.

-Pues, como no vaya yo...

La pausa dramática de Queta le acaba de hacer un traje a medida a mis temores.

-Lo que pasa es que el Salva no para de chincar a la doctora y ella, que parece que se haya tragao un limón, lo deja más seco que la mojama. Pero bueno. Acércate a ver si

63 Analítica de sangre.

lo convences.

-De perdidos, al río, Queta. Si lo consigo, ya puedes hacer unas migas para celebrarlo.

En el portal, hago una parada técnica para relajar maxilares -no quisiera presentarme en la bodega sin haber trabajado una estrategia que no sea arrastrar de los pelos a Salvador hasta la consulta. Mientras hago mis respiraciones observo las piedras de la plaza Herenni, que ya comienzan a absorber el calor de las horas de luz. Hoy, día de mercado y encantos en Barcelona y alrededores, la comunidad gitana brilla por su ausencia.

Subiendo por Torre d'en Damians, asoma el caminador de una anciana. En sentido opuesto, oigo el tacatac de un cayado al dar contra el suelo, ganando en intensidad conforme baja a la plaza: es un jovencito de unos ochenta y muchos. Caminador y cayado se detienen un instante, frente a frente.

Quizás, ustedes no lo sepan porque se pasan la mañana peleándose por las lentejas en oficinas o fábricas, pero a estas horas, en muchas plazas y parques, tienen lugar auténticos duelos de jubilados que se retan a conseguir el banco mejor orientado al sol del mediodía.

Ahora, el hombre se enrosca la boina hasta que la visera alcanza a taparle el entrecejo y mueve con los labios el

vacío de un palillo que cayó con el último de sus dientes. Pero es la anciana quien toma la iniciativa y hace derrapar las cuatro ruedas, dejando las marcas de caucho quemado sobre las blancas losas. Convertido en pértiga, el bastón del hombre alarga su zancada. ¿Quién ganará? Pues hoy, ninguno de los dos. Por el otro lado del cuadrilátero irrumpe una pareja de quinceañeros que se ha escapado del instituto para darse el lote sobre el lecho del banco.

-¡Qué desvergüenza, Dios santo! -dice la anciana, no sé si por el contubernio sexual en plena vía pública o por la falta de respeto a los galones de su edad.

-¡Vaya juventud! Si Franco levantara la cabeza... -remata el hombre.

Resignados, los dos ancianos se dirigen, sin prisa ni ánimo, hacia otro banco, donde luce una estupenda sombra.

Esta escena me hace pensar en las luchas que tengo con personas como Salvador y su aversión a los médicos. Supongo que me siento frustrado, como estos jubilados, porque siempre pierdo los duelos. Pero, de algún modo, Salvador sabe que él tampoco los ganará porque la enfermedad y los años son esa pareja despiadada que ocupa su mejor banco mientras él se marchita en la umbría.

De camino a la bodega, voy pensando que, de todas formas, Salvador nunca correrá a sentarse en un banco. A

los caracoles autónomos como él no les va eso de poner los cuernos al sol y esperar que las babas se sequen. Ellos prefieren relacionarse y negociar faenas en los bares donde van a comer o a echar la última partida antes de recogerse.

De hecho, el totanero me suele contar que la única vez que pasó unas horas en un parque fue a la semana de llegar a Barcelona:

En los tiempos del cuplé, el turismo que podíamos hacer era pasear por las obras a ver si me podían colocar, aunque fuera pa' llevar piedras. Mi querido padre, que en paz descanse y gloria esté, había perdido el trabajo de enterrador en el pueblo y nos habíamos venido a la ciudad, hartos de robar fruta y lamerle la mano a los señoritos.

Un día, fuimos a las obras de la Sagrada Familia y, mientras mi padre apalabraba con el capataz, yo me fui a ver los patos del lago del parque. Como el buche cantaba, me dediqué a recoger el pan que los turistas les tiraban.

Y concluye con la misma pena:

¡La virgen! ¡Quién me iba a decir que pasaría de robar el bocadillo a los niños ricos del pueblo a quitarle las migas a un pobre pato de ciudad!

La puerta de la bodega está abierta. La llegada del buen tiempo ha obligado a Carlitos a dejarla colgar de la única

bisagra que le queda. Me sorprende que Carlos padre haya abandonado su puesto de centinela, dejando el paso franco a los desconocidos, y lo que es peor, a chinos con dinero en efectivo para hacerse con el negocio.

Tampoco hay guardia tras la barra, aunque esto no es un problema para los habituales, acostumbrados a abrir la nevera de madera y servirse un chato de vino.

La cuadrilla galáctica, formada por Salvador, Luis y Ander, está sentada alrededor del tapete. Sobre la esquina derecha de Salvador, descansa una baraja española. A la cuadrilla habitual se le ha sumado Carlos hijo.

-Hombre, Carlos. ¡Que te van a comprar la bodega!

-¡Dichosos los odios, Isidro! Pero tú mírame bien -el camarero se ha cortado el pelo al uno-. Ahora tengo cara de chino. Así, seguro que doy el pego y no entran.

-Pues yo te puedo contar un povelbio chino, pa' que te cultulices -Salvador quiere ser mano⁶⁴ en esta conversación-: no e' lo mismo comerse un tomate lojo glande que un glande lojo como un tomate.

-Ja, ja. Muy gracioso, totanero. Tú podrías haber hecho carrera de humorista, como el Chiquito ese.

-Tráete pa' acá una silla, zagal, que hoy vas a ver a un

⁶⁴ En el mus, es mano el jugador que lleva la iniciativa y marca el lance del juego, es decir, si se va a grande, chica, pares o juego.

profesional -ahora, la mano de Salvador mariposea en mi dirección-. Venga, baraja tú, y así, vas cogiendo tablas, que algún día tendré que darte la alternativa.

-Yo he venido a otra cosa...

-Tú, mutis. O si no, puerta y hasta la siembra del tocino.

La cuadrilla, hace cosa de un año que tiene una vacante en sus filas. Alberto, el más veterano, sufrió un derrame cerebral y sus tres compañeros han de aprovechar el escaso ir y venir de clientes a estas horas para sacar a Carlitos de la barra y reciclarlo como jugador.

Mis manos miran de obedecer a Salvador sin hacer volar ninguna de las cartas Heraclio Fournier a la cara de los profesionales. Luisito el yesero no para de gesticular hacia Carlitos, su nueva pareja, poniendo a examen las señas de mus que le ha enseñado.

-Ejem... menos besicos,⁶⁵ Luisito, que te las cazamos al vuelo -Salvador acusa al yesero, sin dejar de mirar a su pareja, Ander, que está sentado justo enfrente-. Porque... ha sido seña, ¿no?

-Sí, Salva, sí.⁶⁶ Estábamos calentando. Aún le quedan muchas cosas que aprender pero el Carlos tiene fuste.

65 La palabra *mus* procede, muy probablemente, del euskera *musu*, que significa beso.

66 En el mus es obligatorio decir la verdad si el rival pregunta ¿ha sido seña? Es la denominada seña cazada.

Acuérdate de su padre, lo bueno que era.

Los ojos se dirigen a la silla, ahora vacía, donde Carlos padre se dedica a ver pasar su vejez y la de los parroquianos que llegaron al barrio en el tren de los hambrientos.

-Carlitos, ¿y dónde está el patriarca?

Luis pone voz a un pensamiento incómodo. Y compartido. Preguntar por el anciano es como ir de urgencias: sabes cuándo entras pero no cuándo -ni por qué puerta- sales. Su avanzada edad y el alzhéimer diagnosticado hará cuatro años son cartas que ninguno de ellos quisiera tener en esta partida.

-¡Y yo qué sé, Luis! Habrá ido a la Espanya Industrial, a tomar el sol. El médico le dijo que estaba muy pálido. Ya volverá.

La respuesta no acaba de tranquilizar a la cuadrilla, pues, a diferencia de Salvador

-que parece haber aprendido la lección-, Carlos padre nunca lleva encima el localizador del ayuntamiento.

-¡Otro cagao que se va pudrir al parque! -Luis el yesero intenta quitar hierro al asunto-. Si sigue así, lo tendrán que meter en una resiliencia. No como a Alberto.

-Ése murió con las botas puestas -apunta Salvador-, jugando al mus, con su cuadrilla. ¿Os acordáis lo que tuvieron que correr los de la ambulancia pa' que no la palmara

sobre esta mesa?

-El malagueño era feo de cojones -dice Luis.

-Y de cara -dice el murciano.

-Pero un hacha al mus. Sabía jugar a grande y a chica.⁶⁷

Ése dejó el pabellón bien alto -Luis suspira al pensar en la poca destreza de su nueva pareja.

En el mus se habla poco,⁶⁸ pero cada local tiene sus localismos y aquí, se juega al mus de boquilla.⁶⁹ No ha empezado la partida y ya intuyo que se va a alargar hasta que los currelas y jubilados solitarios vengan a ocupar sus mesas para comer. En la cocina, Mari, la mujer de Carlos, ya está cacareando coplas, mientras su cucharón intenta arrancarle una confesión a la garganta de una olla. Aunque sólo sea por justificar mi sueldo, he de intentar meter baza y que Salvador me escuche, antes de que reparta las cartas.

-Salvador, sabes que hoy tienes que ir a la doctora, ¿no?

-Anda, Carlitos, corta la baraja.

-¿Y qué hago yo solo con ella? Dime.

-Con ésa, pocas migas harás. Ésa come sin sal. Carlos, corta ya.

67 Grande y chica son, junto con pares y juego, los lances del mus.

68 Otro origen posible de la palabra *mus* es del latín *musso* (murmurar o esperar en silencio), pues en el mus vasco-navarro no se permite hablar.

69 Modalidad de mus en la que se permite hablar.

-No sé si se pondrá contenta cuando me vea desaparejado. ¿Y qué le digo?

-¡Pijo! Pues que le hice caso y que estoy en un taller de memoria. ¡Carlos!

-Vale, vale, ya voy murciano, pero el chico te tiene que acompañar a los sitios, no ir por ti. A él no le duele nada. De verdad, que eres el Fumi de Hostafrancs.

-Y las pastillas, me las tomo yo, ¿verdad?⁷⁰ Anda, Salvador, reparte a los otros, que yo ya sé las cartas que me vas a dar: dos piedras.⁷¹

-¡Basta ya! No voy a ir, y punto pelota. El alzhéimer no se cura -ahora, Salvador se da cuenta de que sus palabras han deslucido el ambiente-. No quería ser tan seco, pero no sé cuántas partidas me quedan y yo no pienso perder ni un día más en pruebas y chupasangres. Así que el próximo que me venga con el cuento de la caperucita de la bata blanca, va a recibir una hostia entera, porque todavía no he aprendido a repartir hostias a medias. *¿Capici?*

El resto no osa despegar los ojos de las cartas, ya repartidas sobre el terciopelo. La amenaza del mafioso de Totana ha hecho mella, pues quien más, quien menos, ha sufrido en sus propias carnes el gélido sudor de las malas noticias

70 Fumi de Morata: personaje creado y encarnado por el humorista José Mota.

71 Envite o apuesta mínima.

en una consulta. Oyendo a Salvador, Carlitos puede entender por qué su padre se pasa el día en su silla. También Luis, que se pasó seis años cuidando a su mujer, hasta que el alzhéimer se la llevó.

-Capito, Salvador. Pero yo no voy por ti -con estas palabras, zanjo el tema-. Ya te las apañarás con la Queta y su zapatilla.

-Ji, ji, ji -la risita por lo bajinis de Carlos ayuda a rebajar el tenso suflé del ambiente-. El Salva... mucho pico y poca pala. Te lo digo yo, que tengo una madre que hace hablar a su cayao mejor que Bruce Lee con los nunchacos.

Como está claro que hoy no haré nada de lo previsto, aprovecho para matar el tiempo y, de paso, mi curiosidad.

-Oye, Luis. ¿Y por qué os llamáis la cuadrilla galáctica? Yo os hacía más de películas del oeste, de ésas que echan en la Trece.

-Es por el nieto del difunto Alberto. La hija se lo encasquetaba cuando se ponía malo. Alberto bajaba al quiosco a comprarle un paquete de cromos de la Guerra de las Galaxias y, Salvador, cuando lo veía entrar por la puerta con el sobrecito, desfundaba la bragueta y lo retaba a sacarse la porra láser a ver a quién le seguía acompañando la fuerza.

-A Luisico lo llamamos Pan Solo -Salvador nos devuelve al presente, al tiempo que echa un ojo a la mano de cartas

que le ha tocado-, porque se zampa unas tostadas de padre y señor mío. Oiga, y sin aceite y sal. Luego tenemos al Carlos hijo, que es Lucky Strike Walker. Él no fuma pero ha heredado el mote de Alberto, que era una chimenea.

-¿Y tú, quién eres, Salvador?

-Pues, ¡quién va a ser! El Sí Guapa -replica Luis.

-Luisito, tú sabes que lo hago por vuestro bien -el piropero hace una pausa dramática-. Alguien tenía que sacrificarse y mantener contentas a las damas. Isidro, ya me has visto que las vuelvo loquitas cuando canto por Manolo Escobar...

Piropopó

Piropo

Piró

Popero

pero...

-Menudo eres, totanero.

-No como éstos, que sólo les queda pelo en la nariz y las orejas.

-Menos lobos -protesta Luis-. Lo que no tienes son pelos en la lengua.

Ahora, Luisito Pan Solo querría ignorar la torpeza con la que Carlos levanta las cuatro cartas, exponiéndolas a

las ávidas lupas de Salvador, pero no puede. Mientras lo observa, vuelve a pensar en Alberto, que no solo fue su compañero de mus, sino también de vida. Porque este es un juego de pobres que saben que ovejas separadas, lobo que engorda, y una mala pareja puede echar al traste una buena jugada y, una gran amistad.

Aunque yo sea un recién llegado al mus, empiezo a sentir que, sobre esta mesa de fórmica, se están intercambiando señas tan antiguas como la lucha de clases de los dos últimos siglos en España. ¡Quién sabe cuántos obreros y jornaleros habrán sellado acuerdos, huelgas y conjuras mediante un simple beso o un abrir y cerrar de ojos!

¡Cuántos órdagos se habrán lanzado en la cantina de la fábrica o a los pies de un arado en el cortijo ante los ojos ciegos de un capataz o de un señorito!

-Venga, Carlitos, empieza.

Al barman, que se hace llamar de extremo centro desde que tomara las riendas del negocio, no le hace ni pizca de gracia ser mano en un juego que va de derecha a izquierda. Pero, más allá de la ideología, existe otra larva depredadora que lo roe: la de la edad. Carlos se acerca a los sesenta. ¡Cómo quisiera ser esas agujas del mus, que giran en sentido contrario a las agujas del reloj! Ya mismo tendrá más tiempo para recordar y menos para vivir. Sin embargo, la

razón por la que juega al mus con desgana es porque tiene miedo a la enfermedad. Él admira y envidia la valentía con la que este escuadrón de jubilados se enfrenta cada día a las fuerzas del Imperio del Tiempo y de los achaques a base de señas, chistes y carajillos.

-Mus -Carlos cierra sus temores y abre la mano.

-Mus -le sigue Ander.

-No hables tanto, Andresico, que nos vas a reventar el sonotone -le lanza Salvador. Como buen discípulo de la escuela vasca, su pareja sólo habla para sentenciar.

-Mus -dice Luisito-. ¡Ah! Por cierto, Ander es el Maestro Soda.⁷² Le queríamos poner Tres Peos,⁷³ como el robot, porque su mujer lo tiene frito a garbanzos y acelgas, y él nos tiene fritos con sus aires de Montserrat. Pero la alegría de la huerta nos amenazó con pasarse al lado oscuro, así que Salvador pensó en el vino con gaseosa que se toma cuando juega.

-¡Ea, mus! -concluye Salvador, viendo que no tiene cartas ni para chica.

El totanero barre los descartes de la mesa y los coloca en la base del mazo de cartas. Carlos vuelve a repartir cartas, y alguna va a chocar contra el vaso de Ander, pero éste no

72 Los personajes que forman la cuadrilla galáctica hacen alusión a Han Solo, Luke Skywalker, Chewbacca y el Maestro Yoda.

73 3PO, robot compañero de otro robot, R2-D2.

pone peros. Como el resto de jugadores, sonrío ligeramente al ver que todos tienen juego.

-Envido 6 -Carlos abre. La cosa va a ir a juego.

-Envido 10 -replica el vasco-. Si yo no pido que me lo mejores, tan sólo que me lo iguales.

De fondo, Salvador juega a la ruleta rusa con la rueda de un viejo encendedor, celebrando la patata caliente que Ander acaba de lanzar. Ahora, cunden las dudas en las filas del enemigo, que no sabe si el vasco tiene juego o si va de farol.

-¡No quiero, miér... coles! -Luis se achica.

-¡Qué amarrategui eres, Luisico! Pues yo sí quiero -Salvador confía en la buena mano de Ander.

Con la mano ganada, la suerte parece haber cambiado de pareja.

-Los churros hay que comprarlos cuando pasa la churrera -el murciano alecciona a la otra pareja-. Pero mira si somos buenos el Andresico y un servidor que hoy no os vamos a cobrar por nuestras clases magistrales.

-¡Se acabó el recreo, señores! -replica Luis, más animoso que convencido-. Esto se va a calentar.

Loco por abandonar la mesa y ponerse a fregar los vasos, Carlitos lanza órdagos a la mínima que puede, pero nadie

se los traga. Los pies le quemán bajo la mesa al oír el pim pam pum de las ollas y sartenes de la Mari, que se afanan en preparar el rancho para una cuadrilla de paletas que están haciendo pisos turísticos en una callejuela cercana.

-¡Caaarloos! Que es pa' hoy -desde los pucheros de la bodega, su mujer maldice y malmira a la terna de galgos ociosos y pellejos que están convirtiendo a su perro guardián en un vago calientasillas.

-Sí, cariño. Ya voy. Bueno... ya habéis oído a la *mestresa*. Se acabó la partida.

-¡Ay, sí, cariñín, tira, tira! No hagas esperar a tu reina -Salvador pone boca de pitiminí y le hace ojitos al camarero, imitando a la Mari cuando viene a pedirle dinero para la peluquería.

-Menos chotis, Salva, que te va a tocar la lotería sin haber comprado número.

-Yo me voy a boxes -Luisito se levanta y abre la bragueta. Con la palanca de cambios en la mano, ya conduce camino al lavabo.

-¡Ea! Se levanta la sesión -Salvador concluye, mientras recoge las cartas de la mesa.

-Tengo alzhéimer -alguien dice.

Los presentes hacemos como quien oye llover, acostumbrados a las ocurrencias pesadas de Salvador, pero éste niega

con la cabeza. La mala nueva procede de una garganta más baritonal y profunda, sin vibrato.

-¡Es Ander! -dice Carlitos, que ya había iniciado el repliegue hacia la cocina por el ajedrez de baldosas blancas y negras.

El vasco no se ha movido de la silla, paseando pensamientos de una esquina a otra del cuadrilátero de fórmica.

-Tengo alzhéimer - repite, alzando la cabeza y la voz para que no haya dudas. Ahora, son sus compañeros de mus y de vida los que se han quedado mudos.

Porque Ander, cuando habla, sentencia. Sin prisa pero sin pausa, cada uno vuelve a su puesto en la mesa.

Salvador coge el mazo de cartas y reparte cuatro a cada jugador.

-Juguemos. Abre, Carlitos.

De pronto, Luis se da cuenta de que yo no entiendo este ritual de volver a jugar y deja de trajinar con su bragueta atascada.

-Alberto se sentaba donde Ander -sin dejar de trajinar con su bragueta atascada, Luis se ha dado cuenta de que yo no entiendo este ritual de volver a jugar-. Él era la pareja del Salva. Un día, después de la partida, nos dijo que estaba enfermo. El caso es que no murió de un derrame. Alberto nos dijo que tenía alzhéimer.

Habrá quien diga que la vida es una mala copia de la literatura pero a mí me estremece esta casualidad del destino: Alberto y Ander, dos jugadores de mus, en la misma silla y la misma sentencia. Y la misma pareja desmemoriada: Salvador, que ahora llora, al contemplar su propio destino en las profundidades del tapete.

-Al día siguiente, se sentó como si nada y dijo *jugamos*, pero a la media hora, empezó a temblar y se desplomó sobre la mesa. Lo último que dijo fue *mus*. Dijeron que había sido un derrame, pero los cuatro sabemos que había mezclado pastillas. El tipo ya había visto cómo el alzhéimer se llevaba a su mujer poco a poco. Ella se fue sin recordarle y él quería marcharse sin olvidarnos. Éramos su familia, ¿sabes? Por eso, cuando se dio cuenta de que ya no podía ganarnos al mus, se quitó del medio.

Por fin, los cuatro galácticos alzan la mirada y se conjuran para que esta vez ningún kamikaze se lance con su X-wing contra los cañones de la Estrella de la Muerte, situada en la cercana Galaxia del Olvido.

-¡Carlos! ¡Abre de una vez, coño! -Salvador lanza su grito de guerra-. Y tú, Andresico, dale un trago al vino y estate por el juego, que si no, estos dos pollos no pelan.

El hilo de lana

-¡Cuánto tiempo, Salvador! ¿Cómo estás?

-¡Pues anda que tú...!

Está claro que hoy, jueves, el alzhéimer le ha dado el día libre. Este hombre, que lleva la cultura murciana en la sangre, me ha enseñado que el buen humor es el mejor tres en uno cuando el viento sopla de cara. Si piensan ustedes que es aburrido trabajar las mismas tareas cada día con personas que se repiten más que el ajo, no tienen más que poner un Salvador en su vida. Verán que, como diría él, *los problemas cambian cuando cambiamos nosotros*.

-¡Salva! Tómate de una puñetera vez el vaso de agua y la pastilla del corazón.

Zumbando, que es gerundio.

La bienvenida de Queta me descoloca. Aún más la reacción de su marido que, lejos de plantar la acostumbrada batalla con alguna de sus salidas ocurrentes y su mirada traviesa, salta más que el muelle de un colchón recién com-

prado y se zampa la pastilla, el agua y el vaso, sin chistar. Yo miro al cielo alicatado del comedor y doy gracias al dios de las pequeñas cosas porque el murciano está lúcido y obediente, y porque hoy, por fin, Queta saldrá de casa.

Aún recuerdo el día en que Salvador la amenazó con salir solo a la calle sin su localizador: *ya me da igual ocho que ochenta -decía-, y como salga por esa puerta, no me va a encontrar ni el Paco Lobatón*. Esa misma tarde, y después de asegurarle que ningún espectro se llevaría a su Salvador si ella salía con nosotros, hablé con la María, la vecina gitana. No tardó en correrse la voz en la plaza de que la Queta estaba buscando un manitas barato para enderezar la chapa abollada de la persiana, y así poder salir con la silla de ruedas. A los diez minutos, ya tenía a dos gitanos y un payo de la iglesia evangélica. Y no contentos con arreglarle la persiana sin cobrar, se ofrecieron a ponerle un motor con la colecta del domingo.

Por fin, Salvador, que me ve más perdido que una dentadura postiza en una residencia, me dirige con la mirada hasta un fino objeto que sostiene su mujer. Se trata de un ovillo de lana blanca, que está en las últimas. Queta estira del hilo hasta dejar el cilindro de cartón al desnudo y después lo mide en palmos. *Massa curt*, se queja. Pero, ¿para qué querrá el hilo? Donde habitan los secretos, las verdades

se arrancan por nocaut, y en ésta, además, en el último asalto. Así que me encojo de hombros, resignado a esperar acontecimientos.

-Isidre, *ves amb el Salvador a agafar la capsa de vetes i fils al dormitori. Ell no hi arriba.*⁷⁴ Queta no suele hablarme en catalán cuando su marido está presente, por miedo a que se sienta ignorado y empiece a pensar que conspiramos en su contra.

-El burro delante.

-Muy amable, cabellero.

Ahora salimos, al trote cochinerero, del comedor.

-¡Ay, palomín! No te cases, que el amor se va, pero ella se queda.⁷⁵

-Salvador, pues sí que estáis a la greña hoy. ¿Qué os ha cogido?

El patio nos recibe con un aire fresco y el canto de un palomo en celo. Espero que ayuden a ahuyentar los malos vientos que corren por la casa esta mañana.

-Que te lo explique la jefa, que tiene un catalán mucho mejor que el mío.

-Va, totanero, que yo no tengo vela en este entierro.

Al llegar a la habitación, Salvador desaparece, engullido

74 Ve con Salvador a coger una caja de hilos y puntillas del dormitorio. Él no alcanza.

75 Expresión del humorista catalán Joan Capri (1917-2000).

por la oscuridad de una estancia sin ventanas que espera, como agua de mayo, el sol de mediodía.

-Salvador, da la luz, que te vas a matar.

-Se ha fundido la bombilla. Cuando salgamos hay que pasar por los chinos. Anda, pasa y súbete a por la caja.

Antes de entrar, hago un mapa mental de la habitación: a mi derecha, un sifonier y una tabla de planchar; en la pared contigua, que linda con los evangélicos, una mesita de noche y el orinal que Salvador nunca usó. Él duerme del lado de la puerta por si la vaina pierde aceite y hay que salir a regar las plantas. A mi izquierda, la mesita de noche de Queta, que ha dejado de custodiar la cama para reconvertirse en estantería. Sobre ella, descansan unos paquetes de pañales; más allá, una estufa de butano y un armario ropero.

Con más miedo que once viejas, como diría Salvador, me adentro en la noche, resiguiendo el perímetro por mi flanco izquierdo. Yo, que pensaba sacar algo en claro al salir del comedor, me encuentro dando los mismos palos de ciego en el dormitorio. De pronto, se me enciende la bombilla...

-Espera, Salvador, que enchufo la linterna del móvil.

El flash led sorprende al murciano, subido ya a un taburete y trajinando entre los bártulos sobre el armario.

-Pero hombre, baja de ahí, que tienes el hombro reve-
nío.⁷⁶ Como se lo chive a la Queta, te vas a caer de culo. Ya
me subo yo.

-Anda, chulillo, a ver si puedes coger aquella caja.

-¿Qué caja? Hay dos.

-Pues, ¿cuál va a ser? Ésa del fondo. La que pone *Hijos
y putillas*.

-¡Salvador! Te lo perdono porque no está tu mujer de-
lante.

En una de las cajas, reza *Hilos y puntillas*.

-¿Y pa' qué quiere tu mujer la lana?

-Por la noche, en la cama, la Queta me ata una punta de
hilo al meñique, y la otra punta se lo ata al suyo. La pobre
no se fía, así que, cuando me entran ideas de salir pal patio
o al comedor, ella se despierta y me acompaña. Yo le digo
que *tranquila, mujer, que yo controlo*.

-Pero también le decías lo mismo cuando volvías piripi
de alguna fiesta con una señal de tráfico bajo el brazo.

-Ja, ja, ja.

Sincera y natural, la risa de Salvador es el escudo con el
que protegerse de los avatares de cada día y de los espíri-
tus de cada noche, convocados por las oscuras aguas de la
desmemoria. Si la risa es su escudo, el amor de Queta es su

76 En murciano, podrido o maloliente.

espada. Ella sabe, mejor que nadie, que el miedo, una vez cala en la piel, es una hipoteca que nunca se llega a cancelar. Por eso, y porque esta murciana pertenece a un gremio muy antiguo, el de las antenistas espirituales, ha buscado un remedio casero para mantener a raya a los atormentados visitantes: un simple hilo de lana blanca.

A diferencia de otras familias, que se han especializado en cartas, vasos y péndulos, la estirpe de Queta sigue fiel a los orígenes humildes de la profesión. Así, durante milenios, se han transmitido, de madres a hijas, los sortilegios, usados mucho antes de que el mundo se dividiera en ángeles y demonios. Y todo bajo una falsa identidad, pues un don se dona, y no hay nada más peligroso para el sistema que una persona que no cobre por trabajar.

Me emociona pensar que este hilo de lana blanca sea la reencarnación de aquellos sortilegios. Y mucho más, que Salvador viera a su niña virgen, a su blanca paloma de Totana, reencarnada en Enriqueta -si ese es su nombre real- en aquel burdel, para salvarlo. Aquel día, en algún lanar, se empezó a tejer el ovillo del que nació el hilo que los une.

-La Queta está en un sinvivir porque esta mañana ha encontrao que mi lazo estaba deshecho.

-Pero eso puede pasar.

-No, con los nudos que ella hace, que me deja el dedo

como una morcilla. Y lo peor no es eso. Resulta que pasó lo mismo la noche anterior. Son los fantasmas, ¿sabes?

-¿Y qué vamos a hacer?

-De momento, llevar la caja a la Queta y subir la persiana, que ya va siendo hora de que el comedor recupere la alegría.

-¡Que es pa' hoy!

La impaciencia de su mujer vuelve a provocar el respingo de Salvador que, a lo Chiquito de la Calzada, sale brincando con la caja hacia el puesto de mando.

-¡Ay, mi bombón sin azúcar! Si tú sabes que pierdo los vientos por tus huesos.

Aquí la tienes, cariño.

-Menos lobos, rufián, que eso se lo dirás a la panadera, y a la frutera, y a la Loli, del Mogas.

-Y a Carlitos, de la bodega, que menudo culito de manzana se le pone con ese delantal. ¡Anda ya, mujer! Que soy más bueno que el pan.

-¡Calla, pijo! Que la Paqui te tiene el ojo echao.

-Ay, sí, la vecina. Que la tienes en un pedestal sólo porque le cambia el perejil a la Santa y te compra la sopa de letras. Pues que tenga cuidao esa urraca, que igual acaba peor que la otra Paqui, la vieja critiquera en misa de Corpus. Te acuerdas, ¿verdad? Mira que llamo a Julito pa' que

la tire al suelo...

-¡No, por Dios! Éramos pocos y parió la abuela. Si me levanto esta noche y me lo encuentro en el comedor ya te apañarás con él, porque te juro que yo salto por la uralita del dormitorio y no vuelvo. Así que, tú mismo.

Queta, que no ve el momento de cortar el carrete a ese pensamiento, empieza a rescatar de la caja, uno a uno, los ovillos y puntillas. También, un tubito metálico de puros Farias, con la foto enganchada de su hijo recién casado, del cual extrae viejas agujas para engarzar recuerdos.

-Que soy tu mujer, pero no gilipollas. Pero ya se te van a acabar las correrías.

-¿Qué quieres que le haga si soy guapo y sin competencia? Es la ley de la fruta y la demanda.

Ahora, Queta parece haberse quitado un peso de encima. Ha encontrado el ovillo que buscaba. Pero, al cabo de nada, su expresión se quiebra con una muesca al comprobar que la longitud de la lana tampoco le da para atar en corto a su escurridizo marido.

-Salvador, yo que tú dejaría de piar. Mira que tu mujer es la más rápida del oeste desenfundando la zapatilla.

-¡Ejem! No le des ideas, que aún tendremos que ir al hospital y dejar el paseo para otro día.

De repente, las manos de Queta dan dos puñetazos so-

bre la mesa. Algunos ovillos y agujas, sobresaltados por el seísmo, ruedan hasta el borde y se precipitan al suelo. Quizás sea una sugerencia, si no un aviso, de que lo siguiente que rodará por el hule serán nuestras cabezas. La comisura de sus labios ya está humedeciendo el filo de la boquilla de su corneta para tocar batallón y llamada. Salvador y yo nos cuadrarnos ante la autoridad, prestos a acatar órdenes.

-Salva, tráeme la chaqueta y el bastón.

-¡Ipsifacto! El rayo soy, volando voy.

Paladín, tráeme el caballo de hierro y ayúdame a montar.

Antes de que la generala me diga algo por el estilo, ya tiene la silla de ruedas a su disposición.

-Isidre, dale ya al botoncico de la persiana, que nos vamos.

-¿No lo quieres hacer tú? Te lo has ganado.

-No te pongas tan estupendo, que tenemos faena. Así que arrea.

Yo, que había preparado con sumo cuidado la simbología de este momento... He de reconocer que mi generación está cargada de puñetas. No he crecido a base de luchas y derrotas. Queta sabe, por experiencia, que ahora toca ocuparse, no preocuparse.⁷⁷

77 El humorista Miguel Gila, popularizó la expresión no te preocupes, ocúpate en los tiempos de posguerra y la democracia primeriza.

A las doce y treinta y cinco de un cuatro de mayo, el engranaje del motor de la persiana empieza a girar. Ésta chilla al primer tirón de pelo. La chapa se despereza y estira los huesos después de la hibernación. Las guías de hierro cantan un miserere al sentir cómo las cuchillas de las baldas, en su ascenso, le arrancan, a tiras, la oxidada epidermis.

-Toma, Queta, esto es para ti.

Los ojos de la mujer, cegados las soleadas baldosas de Plaça Herenni, tardan unos segundos en ponerle cara al ramo de perejil que le acerco por la espalda mientras empujo la silla. Lo había ido a buscar a la pescadería del mercado de Hostafrancs antes de entrar al domicilio. No me lo habían querido cobrar al saber que era, no para una buena causa, sino para una buena persona, que tanto había hecho por el barrio.

-*Gràcies, fill.* Yo, que de pequeña, fui de mano en mano, como la falsa moneda, sé que puedo poner mis últimos días en las tuyas.

¿Qué puedo añadir al resumen de una vida como éste? Tan sólo se me ocurre frenar la silla de ruedas con mi barriga, pegándola al respaldo para dejar, así libres los manillares y reposar mis manos sobre los hombros de la reaparecida.

-No digas nada. Siempre tienes las manos calientes.

La murciana las acaricia y se las lleva a las mejillas. Des-

pués, cierra los ojos y sonrío. Ella sostiene que, aunque yo no lo sepa, soy del gremio de los sanadores.

-Salva, cógete el chivato⁷⁸ y llégate a la farmacia a pagar las medicinas. Luego te vienes pa' la Iglesia del Ángel Custodio.

-¡Pst! -Salvador me invita a acercar la oreja-. ¿Sabes que a mi mujer la llaman la barbie?

-Por su guapura será.

-Claro... ¡jem!... y por el costal de barbitúricos que se lleva de la farmacia cada mes.

-¡Salvador! Que te he oído.

Si no fuera porque ahora tenemos prisa, ya hubiera habido lanzamiento de zapatilla, y el bigote chapliniano de Salvador ya se hubiera dado a la fuga con el botín de una carcajada traviesa.-Id vosotros, que me he puesto un chupete⁷⁹ hace una miaja y me voy zumbando al lavabo. Si ya lo decían los romanos: man...zana en cuerpo lozano.⁸⁰

-Vamos, Isidre, que de donde no hay, no se pué sacar
-concluye Queta.

La silla se asoma, por fin, a la calle y da un pequeño

78 Es decir, el aparato localizador.

79 Léase Micralax, es decir, el microenema que ayuda a Salvador a desatascarse cada mañana. No confundir con el chupete que se toma en la bodega de Carlitos.

80 (lat.) Mens sana in corpore sano.

salto para superar el umbral de la puerta. La plaza es ahora una piscina de piedra cálida y desierta. Cierto es que no me hubiese costado nada convocar a los peces de ciudad, gitanos y payos, que la frecuentan, y que aprecian a esta pareja, pero he pensado que ella, discreta y humilde como es, prefiera una bienvenida a fuego lento. Ya habrá tiempo, cuando caiga el sol. Un tiempo que ahora apremia.

-*Cap a on anem*, Queta? -aprovechando que Salvador se ha excusado, volvemos al catalán.

-*Cap allà*.

-*Que vol dir cura*.⁸¹ ¿Te ha contado Salvador lo del hilo?

-A su manera.

-Ya se lo quiere llevar.

-¿Quién? ¿Pablito?

-¿Eso te ha dicho? Ése no sabe deshacer nudos, Isidre.

Ni siquiera el espectro de su madre. Esto viene del piso de arriba.

Los ojos de Queta, aunque todavía dolidos por la claridad del día, apuntan al cielo de otoño, donde una nube pasajera apenas alcanza a tapar las vergüenzas al rey de los

81 (cat.) *Cap allà*, que vol dir cura: en catalán, *cap allà* (hacia allí) suena como *capellà* (capellán). En traducción literal, sería hacia allí, que quiere decir cura. En traducción figurada, *capellán*, que quiere decir cura. Cuando no había televisión y la vida se hacía en la calle, este tipo de expresiones, de réplicas y contrarréplicas, era muy habitual.

astros. Ahora comprendo: el Gran Titiritero no tardará en pegar el tirón final a su marioneta totanera para guardarla en una caja.

-Isidre, zumbando, que es gerundio.

-¡Ipisofacto, murciana!

Los cojinetes de la silla ruedan, a piñón fijo, calle abajo, y no pararán hasta cruzar el mercado y alcanzar la iglesia. Entonces, Queta se postrará a los pies del ángel custodio y le implorará unos días más, el tiempo de preparar a su salvador un buen túper de migas para el gran viaje.

El renglón torcido

El olvidado...

-No me ha reconocido, mamá -Julián, el hijo de Salvador, sale derrotado del dormitorio-. ¡La Virgen! Que ya no sabe quién soy.

-¡Ay, hijo! -el hombro de Queta ya lo esperaba para ser planchado.

-Creo que os voy a dejar un rato a solas.

Mientras madre e hijo se consuelan como pueden, yo me salgo al patio. Descompuesto y desperejado desde que Salvador quedara en cama, me siento a pensar en un pequeño taburete que hizo a sus nietos para que pudieran robar las ristras de chorizo que su mujer colgaba del tendedero. Desde aquí, me dedico a recordarle a una flor de un limonero alguno de los greatest hits que Salvador nos ha regalado desde el día en que la santa del perejil me dejara

entrar en esta casa. Los ronquidos profundos de la habitación me sorprenden haciendo el inventario. El recuerdo es un impostor que nunca baila solo. Ni siquiera ha esperado a que la luz de Salvador se haya apagado para ocupar su espacio en la casa. Y en mi corazón.

*Estraperliistas
que vienen los mangas veerdes*

Hace días que Salvador viaja subido sobre el vagón de aquel tren de la Hoya a Totana. Ya no están sus colegas o, al menos, no los reconoce entre los estraperlistas. En su lugar, se ha venido a sentar un tipo que le ríe las gracias y le ofrece caliqueños. Salvador se pone de pie para saborear el fresco del atardecer en la huerta murciana. El tipo sonrío y le dice que pierda cuidado, que él ya se encargará de contar los ocho cables de luz que cruzan la vía, que ya le avisará para que se agache. Yo quisiera gritarle que ese embaucador es el maldito alzhéimer, pero no puedo hacer otra cosa salvo atenderle, sabiendo que éste le robará la cabeza, y la muerte, su último aliento. Pero sabiendo también que, si estoy cada día a su lado, de su lado, quizás Salvador pueda llevarse intacto su último pensamiento: el de Queta y su Santa.

*Isidroo
Zagaaal*

Antes de entrar, cojo el móvil y busco en el youtube las coplas de Juanito Valderrama que tanto le gustan.

-¿Pasa algo? -Julián me asalta, esperando quizás que le dé pie a entrar, no vaya a ser que, esta vez sí, su padre lo reconozca.

-No pasa nada. Se está despertando.

El hijo suspira, devolviendo el puente de sus gafas al entrecejo heredado. Acto seguido, se despeja el flequillo y lo ancla en la patilla de la oreja izquierda.

-Anda, quédate y dale un poco de agua, si quieres.

Sé que no es buena idea ponerle el dulce en la boca pues, a ciencia cierta, se volverá a dar contra el muro de la frustración, pero no puedo negar a Julián su derecho a equivocarse.

En el comedor, Queta me recibe con un *si yo ya sabía que esto iba a pasar*, asintiendo repetidamente con la cabeza. Bajo la mesa brasero, los nervios de su pierna ennegrecida por la diabetes hacen temblar los cimientos, haciendo saltar por la borda a la cucharilla del café con leche.

-Y mira que yo era la primera que los defendía cuando el Salva se quejaba de que no venían. Tanto tapar pa' ná. Ya se darán cuenta, ya. Que no sólo de pan vive el hombre...

-Queta, al menos, tu hijo ha aparecido por casa.

No como sus hermanas, Eulalia y Carmen, que se han

encargado de llenar su día a día con excusas y llamadas de cortesía. Pero esto, ya me abstengo de decírselo.

Mientras el marrón amargo de sus ojos se pasea por el mueble para pedir explicaciones a las fotos, observo que Julián ha añadido otra más reciente de él y sus hijos. Este mueble de comedor es el vivo retrato del alzhéimer. Cuantas más imágenes en los estantes, y cuanto más recientes, menos visitas de los imaginados.

No tarda en salir del dormitorio el hijo, que lleva puesto el mismo traje de la foto que ha traído hoy. Sin mediar palabra, coge su mochila y le pega un tirón a la cuerda que até a la leva de la puerta, haciéndola saltar por los aires.

Queta rompe a llorar, desarmada, desalmada, al verlo partir. Sé que debiera callarme pero...

-Lo siento, Queta. Tendrían que estar aquí cada día. Son tres y se podrían turnar.

¡Cómo pretenden que los reconozca si vienen de higos a brevas!

-No es eso, Isidro. Si Julián hubiera venido con los nietos, seguro que Salvador lo habría reconocido.

El renglón torcido...

-A ver, totanero. Nombre de pila.

-Duracell.

-¡Ay, pijo! Pero si estás hecho un zagal.

El hombre humedece la frente de Salvador con una toallita y después acaricia sus arrugas ganadas a pulso.

-Isidro, ¿y el tren?

-Papá, que soy tu hijo, Julián. Que te he dicho ya que Isidro está de vacaciones en Totana. Ha ido a ver a la Santa y, de paso, a traerte unos michirones de la venta Los Pinos.

-Michiroones...aahhh...

-¿Te apetece un chupete de café?

-Michiroones...

-Bueno, puedo ir a ver si la Mari de la bodega ha hecho michirones... -el hombre coge, una vez más, la toallita y la lleva a la frente del murciano.

-Mi...chi...ro... ¿Y el tren?

-Papá, no te preocupes, que aún queda para que pase el tren. Pierde cuidao, que yo te aviso pa' que te subas.

-Mi...chi...

-Anda, descansa una miaja bajo ese pino, que aún hay solana. Oye, te dejo tu tirachinas bien cerca, por si pasa alguna corneja despistá.

El hombre intenta salvar a Salvador de las llagas, girando, con delicadeza, su cuerpo encogido hacia el lado de la puerta, acomodando el cuello sobre la almohada. Después,

espera unos segundos y empieza a borrarse del dormitorio, mientras se ajusta las gafas al entrecejo y se lleva el flequillo a la pinza de su oreja izquierda.

-Shhhhhh, papá, ya te avisaré.

-El tren...

Ahora, Salvador ya echa la siesta, con la cabeza apoyada en el fardo que tendrá que llevar a la perrera de Totana y unos cuantos cigarrillos de propina.

El recordado...

Juliáán

Juliáán

-Anda, corre, hijo, que lleva rato llamándote.

Julián, que acaba de llegar, deja la mochila en cualquier parte y no corre, vuela.

Juliááán

-¡Ya voy, papá!

Desde el comedor, lo vemos atravesar la chicharrera del patio en un par de zancadas para desaparecer en la penumbra del dormitorio.

Ahora, Queta echa un ojo a los cuadros del mueble, y el otro, inevitablemente, a mis ojeras. Ya hace días que está

todo dicho entre la octogenaria, las fotos y yo. No faltan palabras. Sobra calor.

Afuera, en el patio, el mazo de la canícula golpea con fuerza la uralita del dormitorio, hasta desportillarle el alerón.

-Isidre, no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mi hijo -Queta rompe el silencio, mientras se da unas friegas en su pierna, cada vez más ennegrecida y sudada.

-Tú no sabes lo que ya habéis hecho por mí. Yo sólo la he pasado cortita, y al pie. La mujer me mira sin entender.

-Perdona, Queta. Quiero decir que a veces hay que escribir a renglón torcido.

Bien lo sabes tú, ¿verdad?

Ahora, ella sonrío y aprieta los labios al mismo tiempo. Su vida ha sido agridulce como una despedida.

-Queta, tú sabes que no podía dejar que esto acabara de mala manera.

-Sí, pero el Salva ya no se acuerda de tu nombre.

-Lo sé, y no me duele, porque ahora se acuerda de su hijo.

Papaaaaaa

Papaaaaaa

El grito de Julián desgarró la cortina del mediodía. Las

palomas agitan precipitadamente las alas, soltando el lastre de las plumas viejas al levantar el vuelo. Llegó el momento.

Queta pega un respingo, como hacía su marido cuando lo regañaba, y se enfunda las zapatillas. Después se incorpora en tres tiempos y me abraza.

-Lo siento mucho, Queta.

Por un instante, no puedo evitar sentir en su abrazo el de mi abuela murciana, que perdí cuando niño. Ahora, Queta eleva la mirada y me regala la honradez de su sonrisa. Después, coge un pañuelo de la bata y me seca unas furtivas lágrimas. Una vez más, el cuidador es cuidado.

-*Fill meu*. Ahora, Salvador ya vuela con las blancas palomas del santuario de nuestra niña virgen.

Al poco, aparece Julián, vencido pero plácida su mirada. Yo espero a que él se acerque para ocupar mi lugar.

-Mamá, ha dicho Julián y se ha ido.

Ahora, madre e hijo se abrazan y bailan el vals de los adioses, ajenos al chico de la bata arrugada, que el recuerdo ya empieza a convertir en una sombra, junto a las fotos del mueble. Mochila en mano, ya voy hacia la puerta para que la virgen del perejil me bendiga por última vez, pero antes...

-Julián, tu padre te quería mucho. Él te dejó su tirachinas. Está en el cajón de la mesita. Me dijo que lo llevaras

a Totana y lo enterraras donde su tío Juan, a los pies de su árbol. ¡Ah! Y no te olvides de traerle fresquillas a tu madre. A tu tío no le importará que se las robes.

El hijo sonríe, agradecido. Me reconforta marchar sabiendo que alguien de la familia ha heredado la sonrisa traviesa de Salvador.

El miembro fantasma

Me llamaron a las tres de la tarde para preguntarme si hoy podía realizar un servicio en lugar de Mariana, una compañera que se había lesionado. Yo había acabado mi jornada y acepté, sin más. Fue en el metro cuando abrí el correo y leí el nombre: Enriqueta Martínez Costa. Sólo podía ser Queta y, sin embargo, quise comprobar la dirección para acabar de creérmelo: carrer Torre d'En Damians.

Estuve a punto de llamar y pedir un cambio porque, el día que Salvador murió, cada uno emprendió su particular exilio: el de Queta, sola como se quedó en el domicilio, fue un exilio interior, y doblemente duro, pues, además de perder a su marido, también me perdió a mí; el mío fue un exilio exterior, una orden de alejamiento tras el cierre del expediente de Salvador, que me condenaba a pasar por delante de la puerta con mi mochila cargada de duelos, sin poder acercarme a ver cómo se encontraba Queta.

Durante un tiempo, mi paisaje diario quedó en blanco

-o en negro-. Escondía mi horror vacui -el miedo al vacío del que hablan los pintores clásicos-, haciendo esa visita al cine tantas veces aplazada o paseando entre campos de romero y tomillo como solía hacer cada domingo de soltero. Tengo miedo, al vacío de mis despedidas, sí, pero, mucho más, al regreso de mis exilios.

Porque nadie ya es el mismo, y porque las segundas partes no suelen ser buenas, no sé cómo reaccionaremos cuando vuelva a dar los tres golpecitos en la persiana y Queta tire de la cuerda para abrirme. Lo más probable es que dediquemos las dos horas de servicio a lamernos las heridas mientras las sombras de la casa nos persiguen.

Puedo imaginar su sonrisa al saber que yo iba a atenderla, pero algo sucedió que me hace temer un cierto rechazo por su parte. En la cuarta línea de su expediente, después de señalar que Salvador falleciera diez meses atrás, consta que *la usuaria ha sufrido la amputación de la pierna derecha, agangrenada por la diabetes*. Quizás ella tema que yo me asuste al ver el vacío que ésta ha dejado bajo la mesa brasero del comedor.

Sabía que si quería ser útil hoy, necesitaba confirmar que todo estaba en su sitio. Así que ayer, cogí el metro de regreso a Hostrafrancs. Primero me pasé por el bar Mogas y vi que había dos chinos reformando el local. Me puse

nervioso al temer que la bodega de Carlos hubiera corrido el mismo destino. No tardé en acercarme a comprobarlo, antes de enfilarme mi camino a la plaza Herenni. Respiré tranquilo cuando vi a Carlos hijo. Estaba haciendo un castillo con las cartas de una baraja española sobre las lápidas de la barra. Me contó que, al poco de fallecer Salvador, Ander el vasco vino a tomarse un último trago y dijo que aquí ya no tenía a nadie y que se volvía a su tierra; Pablito el yesero seguía dejándose caer por la bodega, pero de higos a brevas, y apenas hablaba.

Es un juego de viejos, solía decir Carlitos para librarse de jugar. Ahora comprendo - él también- que empezó a envejecer en el mismo instante en que esta cuadrilla de jubilados dejó de manejar el mazo de cartas con las que él juega al solitario cada mañana, antes de las comidas.

-A ver cuándo arreglas esa bisagra de la puerta, que chirría como una histérica -le solté, antes de desaparecer.

-No la arreglaré -respondió.

-Oye, ¿y tu padre?

Pero Carlos hijo no abrió la boca. Supe entonces que nunca arreglaría esa bisagra: es lo único que le queda de aquellos días.

Por fin, giré la esquina del carrer del Forn y llegué la plaza. Desde la misma baldosa donde me plantara el primer

día a observar, noté que algo había cambiado. El ambiente ya no andaba cargado de aquellos aceites de oliva y hierbas mediterráneas que convertían la plaza en un gran puchero. En su lugar, había un intenso perfume a curry que surgía de las cocinas y hacía hablar hindi a la ropa tendida de los balcones.

Cuando giré la mirada hacia la persiana de Queta, no pude sino estremecerme al ver que la rama de perejil a los pies de la Santa se había disecado. Temí, entonces, que los espectros, ya sin los grilletes del sortilegio y las ponzoñas de Enriqueta la Vidente, se hubieran ensañado con ella. Quizás fueran ellos quienes inocularon en su pierna el lento veneno de su venganza, para que nunca más se atreviera a subir la persiana y salir a la calle.

Como tantas otras veces, pegué la oreja a la persiana, pero ésta ya había acumulado el calor del sol y tuve que echarme atrás. Era fácil deducir que la chapa metálica se había dedicado a hacer un cocido a fuego lento con las nalgas de Queta, que debían de estar, a estas horas, pelándose con el negro cojín antillagas de una silla de ruedas.

Así que hoy, me presento, con más preguntas que respuestas sobre una persona que había llegado a conocer bastante bien. Y no vengo solo: al salir del metro, me he

pasado por la pescadería del mercado a llenar mis cartucheras de perejil, no sé si para proteger a Queta, a la Santa o a mí mismo.

Tengo una llave de la casa que me ha dejado la cuidadora, Mariana, pero me la guardo, porque quiero comprobar una cosa. Doy los golpecitos en la persiana...

-Hola, Queta. Soy el lorquino.

Después, me dirijo al rellano del edificio. Al poco, escucho el tañido característico de la cuerda que acciona la leva de la puerta -veo que alguno de mis inventos sigue siendo útil en esta casa, y eso me reconforta.

-Hola, Isidre, pasa *fill meu*.

Del fondo, surge un hilillo de voz, resignado y penitente. La figura de la murciana está encastrada en la silla de ruedas, como imaginaba, escondida tras la apagada sombra de una lámpara. Sobre el hule de la mesa brasero, no atino a ver el café con leche ni las pastillas. La televisión es una caja negra, mimetizada con las constantes vitales del interior del local, reducidas a la pobre luz que se filtra por las descoladas suelas de la persiana. La puerta del patio tapa su cristal con un visillo oscuro, casi opaco: sigue de riguroso luto. No así el ventilador, que hace aspavientos con los brazos para quitarse de encima la negra pelusa y, de paso, el bochorno de su enclaustramiento. Muy cerca de

mí, pilota un mosquito tigre, atraído por la sangre fresca.

-Da la luz, si quieres.

-Cuidao con los ojos, Queta.

La versión diurna de la octogenaria no tiene nada que envidiar a su oscura tocaya. Los párpados, alicaídos, naufragan en las aguas revueltas de un cabello de mal dormir y peor despertar. Queta no puede -ni quiere- disimular: somos viejos conocidos.

-Mira, he pensado que te haría ilusión. No es un ramo de flores, pero...

Sus ojos se maquillan con el verde del perejil y una sonrisa sincera, aunque leve, devuelve el rubor a unas mejillas deshidratadas.

-No sabía cómo presentarme. Ayer, me asusté, cuando vi que no había perejil fresco en la cueva.

-Fue morir Salvador y, al cabo de nada y menos, le siguió la vecina.

-Y tu pierna, ¿qué pasó?

-No querías sopa, Enriqueta, pues toma dos tazas. Me dio una subida de azúcar que me llevó a urgencias y, cuando me despertaron, ya no tenía la pierna. Luego llegó el papeleo pa' que me enviaran a la chica. A Mariana ya la conoces, ¿verdad? Ahora, mis hijos andan mirando una residencia. Por eso, está todo el comedor manga por hombro.

Es cierto. En el armario abierto de la cocina, ya no están los botes de especias. Sobre el mármol, echo a faltar carne puesta a descongelar o el arreglo de huesos y carcasas para una sopa. No queda rastro alguno del aroma de las comidas que se solía condensar bajo el alicatado. El cubo de la basura está repleto de túpers de plástico que le trae el servicio de comidas a domicilio del ayuntamiento. Con la imagen completa, certifico la defunción de las migas en esta casa. Tan sólo quedan las migajas.

Ahora, la murciana me coge del brazo. Quiere que la acerque al mueble donde descansan las fotos y un recordatorio de difuntos con el nombre de Salvador que nadie se atreve a tocar.

-Y tú, ¿qué dices a tus hijos?

-Que ni hablar del peluquín. Yo, de aquí saldré con las patas por delante.

¡Vaya! Está claro que la mujer no se ha hecho a la idea de la pérdida de la pierna porque se lleva la mano por debajo del muñón. Ahora, parece encontrar alivio al dolor mientras sus dedos acarician el aire. Mucho hay escrito sobre el miembro fantasma. Hoy, por vez primera, tengo la certeza de que la ausencia duele físicamente, pues nada -ni nadie- se va del todo.

-¡Maldito mosquito!

Ahora, el chupóptero hace sus incursiones por mi retaguardia, esperando una oportunidad para clavar su daga en la nuca.

-Perdona, Queta, pero parece que no das de comer a los mosquitos. Se están ensañando conmigo.

Queta sonríe.

- La vida es agridulce, *fill meu*. Será que ahora yo debo de tener la sangre más agria que dulce y ya no me pican. Esta casa no es lo que era. Ya me han quitao hasta los cubitos de la nevera.

Mientras miro de esquivar el biplano, intento asimilar el amargo resabio de sus palabras que certifican la orden de desahucio, dictada por sus propios hijos. Necesitan reformar ya el edificio para alquilar el piso y así pagar la residencia. Es una historia que se repite en muchas familias.

-Lo... siento, Queta, no es juss... to.

Por fin, agarro bien el manojito de perejil y le doy la extremaunción al insecto, que cae, con honores, sobre una baldosa desportillada. Queta arranca a reír con frenesí.

-Ya te dije que el perejil era mano de santo -consigue decir, entre lágrimas.

-Y, si es fresco, más grande es su poder. Vaya si lo es... Yo te absuelvo, mosquito inmundo. Serviste fielmente a tu especie y diste mucho por culo a los humanos.

Por un instante, jugamos a creer que Einstein tenía razón y que todos nuestros problemas son relativos. Sin embargo, su teoría se viene abajo cuando el reloj sin pilas de la pared me recuerda que, aunque él no se mueva, mi taxímetro corre...

-Oye, Queta, yo he venido a verte, pero también a trabajar. En el papelico me dicen que hoy te toca ducha. ¿Qué me dices?

-Lo mismo que a mis hijos. Yo ya me he aseado un poco. Además, la chica vendrá mañana.

-Ya me imaginaba yo que no iba a necesitar alforjas pa' este viaje. Oye, pues no sé. ¿Necesitas que te vaya a comprar algo?

-Ya no cocino.

-Te puedo ir a recoger las pastillas a la farmacia...

-No hace falta. Las tengo en el cajón.

-¿Tienes algo por reparar?

-Hay mucho por reparar pero no vale la pena.

Mi torpeza no ha hecho sino sacar punta a la delicada salud emocional de Queta. Su respuesta amarga es una prueba más de que el mayor número de accidentes se comete en los trayectos cortos y conocidos.

Sé que no me queda gaseosa para más experimentos -otra metedura de pata podría dejarle un mal sabor de

boca-, así que decido ordenar ideas...

1. Estoy en un servicio de sustitución temporal. Por tanto, no puedo provocar cambios que entorpezcan el trabajo que ya está realizando Mariana.

2. Me queda una hora y media.

3. Queta ha sufrido, y sufre, varias pérdidas: Salvador, la pierna, sus hijos y pronto, su hogar. Tendencia a la resignación ante la fatalidad, que se acentúa con cada una de ellas. Su situación es la confirmación mental de un destino marcado por sus orígenes turbulentos. Su don es su cruz.

4. Riesgo de convertir los nudos emocionales en nudos gordianos que cronifiquen su estado depresivo.

Queta se impacienta ante mi silencio. Una vez más, se lleva la mano a la pierna ausente. El miembro fantasma. ¡Esos es! Ya tengo el hilo del que estirar. Ese dolor físico me lleva a pensar en una terapia que había visto realizar en el Instituto Guttman de Badalona y en algunos vídeos de youtube: la terapia del espejo.

-Queta, ¿me permites que vaya al lavabo?

-¡Pero pijo, Isidro! Que esta es tu casa. No está tan limpio como yo lo tenía...

-Tranquila, mujer, que en peores fregaos me he visto.

El lavabo se encuentra fuera, en el patio, a la derecha,

junto al calentador. Uno no se da cuenta de las limitaciones físicas de un domicilio hasta que llegan las limitaciones propias. Así, un día aparece por la puerta una silla de ruedas o un caminador con una etiqueta que pone *ahora dependes de mí*. Entonces, empieza el juego del tetrís con los muebles y sillas. Después, vienen las grandes reformas: se quitan las puertas que entorpecen el paso de la silla, se cambia la bañera por un plato de ducha; a veces, incluso, los inquilinos se ven obligados a cambiar de habitación para poder maniobrar y hacer la transferencia de la persona de silla a cama y viceversa. Son muchas pérdidas y, en el caso de Queta, en poco tiempo.

Y si no, que se lo digan al cuarto de baño, con una taza de váter abandonada - Queta lleva pañal y utiliza una cuña para las aguas mayores- y un espejo sucio al que ya no alcanza. Cuando entro en el cubículo de dos metros cuadrados, descuelgo el espejo con sumo cuidado.

-Tú, vienes conmigo. No te rompas, que no soy tan feo. Hoy me vas a ayudar.

De vuelta al comedor, su dueña me reprocha que ya tiene un espejito para peinarse en el cajón del mueble. Ya sea porque le pica la curiosidad o por unos pelos amotinados con alevosía y nocturnidad, Queta se rasca la cabeza y contempla el armatoste que acabo de dejar sobre la mesa

brasero, apoyado en la pared.

-No es para eso, mujer. Quiero probar una cosa.

-No me lo digas: es otro de tus inventos.

-Pues claro. Genio y figura, ya sabes. Mira, ahora, voy a separar la silla de ruedas de la mesa y vamos a retroceder hasta la otra pared. Con tu permiso, le voy a dar a la luz de la cocina, que falta nos hará. No te preocupes, la próxima factura la pago yo. Ya le echaré un euro a la hucha pa' la comunión de tus nietos.

-Anda ya, Isidre, que te has vuelto un tunante de cuidao.

-Tuve un buen maestro -yo suspiro.

-Tuve un gran marido -Queta suspira.

-Lo sé, mujer. Bueno, volvamos al asunto. Ahora, voy a acercar el espejo y te lo voy a colocar entre las piernas. Es un truco que me enseñaron hace tiempo. Veremos a ver qué pasa.

Mi intención es que el reflejo de la pierna sana cree la sensación visual de que la otra pierna, la ausente, vuelve a estar en su sitio. Así, espero reducir el dolor del miembro fantasma de Queta. Pero, justo en el momento en que doy al interruptor y pongo la mano en el espejo...

-¡Espera, Isidre! ¡Ven pa' acá!

-¿Qué ocurre, Queta?

Ella me estira de la manga y me acerca a la silla. Clava-

das en el espejo, sus pupilas centellean. Yo me agacho a su altura para contemplar el paisaje pero, a mis ojos, somos tan sólo dos seres y su reflejo.

-¡Mira, Isidre! ¡Fíjate bien!

Ella me aprieta la mano. ¿Cómo pretendo hacerle ver una pierna ausente si no soy capaz de ver aquello que sus ojos ven? Yo no tengo ningún don más que la imaginación, así que, puestos a imaginar, pienso que somos dos espectadores ante un cuadro -¿no es acaso el espejo un vivo retrato?-. De pronto, un escalofrío me recorre la espina: ella no está mirando a los dos personajes reflejados sino al espacio en blanco entre ellos. No puedo sino pensar en ese inquietante espacio triangular entre Jesús y su discípulo Juan que aparece en el cuadro de la Última Cena. Quizás, Leonardo pintara un óleo tan sobrecargado de vivos y luces para intentar dibujar lo indibujable y que, secretamente, le carcomía: el vacío. Como Queta, el pintor acababa de perder a un ser querido, su madre Caterina.

-¿No lo ves, *fill meu*?

Pero no puedo ver más allá. Tan sólo puedo interpretar la expresión de la murciana, que ahora sonrío, dócil. De pronto, su rostro palidece y dos lágrimas negras rasgan la túnica blanca de sus mejillas hasta caer sobre el gastado algodón de la bata. Después, Queta estira los brazos ha-

cia el espejo, con tal impulso que acaba sentada al filo del asiento. Yo la rescato justo a tiempo.

-Acércame.

Al llegar al espejo, Queta vuelve a enfilarse, para abrazarlo y besarlo. Es el largo beso de las despedidas. Y del reencuentro.

-Hola, Salva. ¿Te he echado tanto de menos!

De pronto, Queta gira el espejo hacia mí y me incorpora al cuadro. Reflejado, me sorprende riendo y llorando, apoyado en el respaldo de la silla. Ella sabe que el alzhéimer nos amputó el mismo miembro y que he pasado un año buscándolo en cada rincón. Y duele, ¡duele tanto!

-Hola, totanero. Yo también te he echado de menos.

Tal vez no tenga el don de esta vidente murciana para encontrar fantasmas en un espejo, pero no importa, porque puedo ver el amor de Salvador en sus ojos almendrados, que ahora dejan caer dos lágrimas. Y no son negras. Son limpias y cristalinas como su corazón.

Con la promesa de que volveré cada vez que me duela, salgo del domicilio. Ya voy camino a otro servicio, pero antes de abandonar la plaça Herenni, echo la vista atrás para despedirme de Santa Eulalia, con su perejil fresco.

Ahora, marchó, pensando en que la vida es un misterio,

como el huevo que baila sobre el chorrito de la fuente de la
catedral el día de Corpus. El día de San Salvador.

Índice

Cuando la realidad quiere volverse ficción <i>por Sergio Ferreira</i>	11
--	----

JOAN

El encuentro	19
Un cuento de navidad	41
Las valquirias	65
La costurera	77
El cigarrillo	81
Los secretos	95
Trampantojo	99
Último acto	121

ANNA

Anna en su matrioska	131
----------------------	-----

SALVADOR Y QUETA

Puesto por el ayuntamiento	155
Migas y migajas	175
Dos monaguillos y un tirachinas	195
Voces	213
La cuadrilla galáctica	233
El hilo de lana	251
El renglón torcido	265
El miembro fantasma	275

